DOS AÑOS DE LUCHA EN LA VIDA POLÍTICA DE MENÉNDEZPELAYO

I. INICIACIÓN POLÍTICA.

Recién salido a la vida pública, Menéndez Pelayo se vio forzado a las luchas políticas de la restauración alfonsina. D. Marcelino, ciertamente, estaba comprometido por los intereses personales con el grupo de Cánovas y el movimiento intermediario de D. Alejandro Pidal. Uno y otro habían intervenido vivamente en varios asuntos del joven catedrático: dispensa de edad para las oposiciones, trato social de gente culta, tertulias, antesalas, revistas, periódicos y círculos.

No cabe duda que la elección de académico se debió, en parte, a las buenas maneras de estos sus admirados mecenas.

D. Marcelino, como todos los humanos, necesitó de esa un tanto humillante protección de los poderosos, de los consagrados, casi siempre inferiores en méritos y en cualidades. Sería ingenuidad pensar que la fama de D. Marcelino se creó por generación espontánea, maravillosa, como las pompas de jabón. Esos tanteos, esas impacientes e incontenidas ansiedades de Menéndez Pelayo en busca de editores, esperando fallos de concursos diferidos, cartas y observaciones no contestadas, todo ese derroche de buena voluntad y de desesperanza, a veces, es, en la vida de D. Marcelino, un hecho real, vivo, profundo, que le obligó a intentar mil caminos antes de situarse de lleno en su propia senda.

Apuntamos todas estas cosas para recalcar «cierto compromiso social» adquirido por D. Marcelino al friso de estos dos años de triunfos y de amarguras. Fueron años claves para el buen montañés, que, en tan breve espacio, hubo de enfrentarse a una sociedad, que terminó por desconocerle pasmada de admiración.

Otro de los aspectos, que nos conviene señalar, es la situación original, y extraña un tanto a la vida española de aquel entonces, que sostuvo Menéndez Pelayo ante estos antagonismos.

Puede parecer como si en la actitud política de D. Marcelino hubiese cierta fluctuación, un regateo de posiciones más o menos extremas. La realidad es —creemos— muy distinta. En D. Marcelino no se da ninguna oscilación, sino una como ambivalencia dentro de aquella abigarrada vida política española. Todos los textos, la historia breve que vamos a relatar nos confirma en esta tesis.

Como el horizonte inmediato de estas ideas, podemos señalar los libros de Pérez Embid y Laín Entralgo: *Textos sobre España*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1955, págs. 76-87, y *Menéndez Pelayo*. Espasa-Calpe, S. A. Buenos Aires, 1952, págs. 80-113.

II. RECONCILIACIÓN CATÓLICA

A comienzos de 1881, un grupo de hombres políticos se decide a crear una asociación con intenciones un tanto pacíficas en pro de la reconciliación católica. La fórmula era simplicista y lo más mínimamente comprometedora, pero precisamente por esto muy a propósito para malas intenciones y susceptibilidades.

Cánovas del Castillo terminaba su turno político. Esto era cierto; Pidal y Mon tercia, a su vez, en el asunto, pretendiendo salvar un mínimo de «masas honradas» para la causa del catolicismo. Era un hecho evidente en la vida pública española de la Restauración que el catolicismo necesitaba un amparo político ante la actitud, o bien, agresiva de la revolución izquierdista, republicanos y radicales, o bien, aislacionista del liberalismo doctrinal. Los católicos defienden la fe «a su modo», y esta fue la gran cuestión de los partidos más o menos conservadores y tradicionalistas. Cánovas había intentado, a su manera, salvar el catolicismo con un régimen político de convivencia entre conservadores y liberales sin extremismos; ni aislacionismo liberal, ni absolutismo tradicional. El gobierno canovista era un régimen de excepcional protección a la religión del Estado. Al venir la inevitable alternativa, conservadores-liberales, el grupo más destacado en su ardiente fe católica y menos comprometido políticamente, el de D. Ale-

jandro Pidal y Mon, se sintió capaz de andar por sí solo, desligado del canovismo político y con las manos abiertas hacia el tradicionalismo moderado, de un Canga-Argüelles, por ejemplo. En ese preciso instante nace la Unión Católica; primero, como un ferviente homenaje de adhesión al obispo francés, Mr. Freppel; luego, creciendo en pretensiones, invitando a los obispos españoles a una aprobación colectiva de aquella actitud conciliatoria de todos los católicos españoles sin distinción de partidos; y, por último, el establecimiento de un organismo capaz de representar este movimiento dirigido conjuntamente por el Cardenal Primado y la Junta superior de hombres católicos. He aquí el caballo de batalla, pues resulta que, entre estos hombres católicos, faltaban nombres ilustres y harto conocidos en la vida española, como los señores Nocedal y compañía.

Menéndez Pelayo está interesado en la cuestión, y precisamente nos basamos en este hecho inicial para hacer resaltar las peripecias de una época crucial en el sentido biográfico del maestro. En este espacio de un año, Menéndez Pelayo concluye sus *Heterodoxos* e inicia definitivamente sus *Ideas Estéticas*. En marzo de 1881 diserta, en los círculos de la Unión Católica, sobre los últimos capítulos de su historia de la heterodoxia, y en marzo de 1882, en las mismas reuniones, habla sobre Aristóteles y Platón, primer capítulo de las *Ideas Estéticas*. Un año no es espacio definitivo para crear una nueva personalidad, aunque sí para definirla. Este fundamental trance es el que nos interesa ilustrar.

III. COMIENZOS DE UNA POLÉMICA

El Fénix, por el lado incondicional de la Unión Católica, ataca y contraataca, rasgándose sus carnes ante el escándalo de católicos puestos a condenar movimientos religiosos piadosísimos.

Por su parte, *El Siglo Futuro, La Revista Popular* y *El Correo Catalán* no se intimidan y repiten hasta la terquedad su obsesiva acusación de «mestizaje» y componendas liberaloides.

El Liberal hace de cronista en esta lucha fraternal de la gente conservadora. Comienza anunciando maliciosamente el establecimiento de la Unión Católica:

Algunos antiguos carlistas, ultramontanos sin marcada filiación política y moderados históricos o transigentes... han levantado una nueva bandera..., la de nuestros neocatólicos, señalando a los conservadores la necesidad de unirse en el terreno de las creencias religiosas y prescindiendo de sus diferencias políticas.

[Esto] será perjudicar los intereses de la Iglesia, trayéndola de una manera más real y efectiva a la arena de nuestras ardientes luchas, de donde todos debemos aspirar a alejarla. (*El Liberal*, 6-I-1881).

El Fénix da la bienvenida a la nueva institución, de la que se convierte en máximo defensor, a pesar de que las dos publicaciones oficiales de la Unión Católica son: *la Revista de Madrid* y el *Boletín de la Unión Católica.*

Todos los conflictos presentes van a parar en efecto al primero de los conflictos, al conflicto religioso, como los ríos van a la mar. No negamos su valor a las cuestiones políticas, pero cuando llegue su oportunidad práctica ya sabrán los católicos tomar acerca de cada una de ellas el comportamiento a que les inclinen su convicción y sus antecedentes.

Los católicos han vuelto pues a entrar en el camino que congrega a los dispersos. Hace años que estanse escribiendo artículos acerca de la organización y unión de los católicos, desideratum de la Iglesia y de todos los hombres de buena voluntad. Habrá quizá quien tenga interés en hacer creer que aquí se trata de la formación de un partido político. Muchos calificarán el acto de prematuro. (*El Fénix*, 8-1-1881).

Es curioso observar cómo en este nuevo movimiento católico se le compromete a D. Marcelino de una manera clara y maliciosa, llegándosele a atribuir el mismo texto de la felicitación.

Por de pronto no le gusta a *El liberal* cómo está escrita la felicitación y atribuye su redacción a Menéndez Pelayo. Implicatio in terminis. Sin duda echa de menos la cultura democrática de que él hace gala.

Todos cuantos han firmado el documento y *El Fénix* que lo ha prohijado, lo hacen como católicos y nada más que como católicos.

Es algo más que una manifestación política.

No diremos nosotros que este no sea un medio de venir más fácilmente a un acuerdo, pues la religión es por su naturaleza unificadora; pero mientras esto no suceda (lo cual sería un suceso fausto y el único medio conocido de que triunfen las aspiraciones políticas), no

hay motivo para que *La Epoca* oiga despedidas que nadie da. (*El Fénix*, 10-I-1881).

La lucha queda declarada, tanto por la parte de los liberales como por la de los tradicionalistas, con este texto amargo y en parte profético de la vida española. Los tiempos habían de hacer correr mucha sangre por las tierras de España por ideales de religión y de política.

> Como se ve, la celada que La Unión Católica, los "neos" de *El Fénix*, han querido armar a elementos tradicionalistas no ha resultado.
> Porque vemos los torrentes de sangre que han derramado en España los "neos" y todos los que hacen de la religión un comercio indigno y vergonzoso... nos oponemos a ellos. (*El Liberal*, 11-I-1881).

Ante los decididos ataques de *El Siglo Futuro*, *El Fénix* se ve forzado a declarar las intenciones de la Unión Católica, insistiendo en el sentido apolítico de esta asociación, y, sobre todo, en su desligamiento de la política canovista no puede ser más evidente el hecho que apuntábamos al comienzo de esta breve historia.

> Y si después de leídos y meditados esos conceptos insiste hoy *El Siglo Futuro* en decir que el documento es canovista, con el mismo derecho podemos afirmar nosotros que los canovistas se han hecho... manifestantes.
> No es pues de temer que los desengaños y las desilusiones formen y vigoricen un nuevo partido.
> Que los católicos deben unirse cuando se trate del triunfo del catolicismo.
> Que impera la revolución en España, quizá porque los católicos no están unidos.
> Que en lugar de cuestiones que desunan deben buscarse cuestiones que unan.
> Que el mensaje de adhesión al ilustre prelado ha defendido los sagrados fueros de la conciencia y de la libertad católica.
> Que es obra insana privar a la Iglesia, so pretexto de política, del concurso de todos sus hijos.
> Tales son y no otras, ni más bajas ni más altas, ni más a la derecha ni más a la izquierda, ni más al centro, las intenciones de la U. C. (*El Fénix*, 12-I-1881).

El asunto va tomando proporciones grandes. El episcopado no puede eludir la aceptación o el repudio de la Unión Católica. Al acep-

tarla, los tradicionalistas de Nocedal fruncen el ceño y se ven obligados a poner «peros» a las palabras de los obispos. *El Fénix,* enardecido por la aprobación de tres obispos, alardea de una causa que le llena de pundonor incontenido.

> Afirmamos que seguiremos propagando y defendiendo con las bendiciones de *todos los tres obispos* de Madrid, el pensamiento de la Unión Católica, porque en materia de orden religioso no reconoeemos otros jefes que el Papa y los obispos. (*El Fénix,* 14-I-1881).

El Fénix cuenta con un nuevo aliado, la *Revista de Madrid,* que asume la representación oficial de los intelectuales de la Unión Católica. Menéndez Pelayo toma parte decidida en la publicación de esta revista, que ocupa un puesto muy significativo en la vida cultural de aquella época. Es como un tanteo de los proyectos políticos de D. Marcelino.

> Hoy debe publicarse el primer número de la *Revista de Madrid,* publicación quincenal que dirigirá nuestro amigo el Sr. García Romero.
>
> Por hoy no podemos decir de ella mejor alabanza, que el anunciar que este primer número lleva las firmas de los señores Selgas, Menéndez Pelayo y Cañete, y que los demás escritores católicos de mayor nota serán colaboradores de dicha revista. (*El Fénix,* 15-I-1881).

La *Revista de Madrid* nos manifiesta ampliamente el sentido de la Unión Católica. (Vide n.º 1, vol. I, 1881, págs. 5-8, 34-42. En las págs. 46-48 se inserta el mensaje a Mr. Freppel, que dice así:

> *Monseñor:* Recibid con las felicitaciones que de todos los ámbitos de la cristiana Francia consuelan y confortan el paternal corazón del Prelado, prestando alientos nuevos á la varonil entereza del político, la muy cariñosa que os dirigen, juntamente con el testimonio de su más profundo respeto y de su más cordial simpatía, católicos españoles que un solo sentimiento liga y concierta en estos supremos instantes.
>
> Sea este saludo afectuosísimo, salvando la frontera en alas del espíritu de confraternidad cristiana, prenda de unión entre dos pueblos, que la Religión y la raza hicieron hermanos, y que en vano intenta convertir en enemigos del espíritu revolucionario.
>
> La católica España, que hoy vive en momentáneo reposo, entre una revolución que aún combate con éxito por defender sus posiciones,

y otra revolucion que amenaza con más pavorosos peligros para el catolicismo y para la patria, que los que envolvieron en la pasada tan sagrados y queridos objetos, tienen mucho que llorar, pero á la vez mucho que aprender en las desgracias de sus hermanos de Francia y en la cristiana energía con que las arrostran, consagrando todos sus alientos, su actividad toda, y hasta su reposo, su libertad y su sangre á conjurarlas.

Bien suena, en esta tierra clásica del catolicismo, que ha visto a sus Prelados sufrir las persecuciones y la muerte, para acudir á los primeros Concilios á combatir por la Fe y la Doctrina; ó alentar luego en las batallas la fe riligiosa y el ardor patriótico de sus guerreros, ó salvar más tarde la nave del Estado, encomendada á sus robustas y leales manos por la confianza de los reyes ó por la concertada y universal voluntad de los pueblos; bien suena, Monseñor, vuestro nombre, y el de vuestros venerables hermanos los Prelados franceses, perseguidores en todos los terrenos de la impiedad, debeladores de la hipócrita intriga, fuertes y serenos en la lucha, amparadores del débil contra el poderoso, y llevando cristianamente envuelta en universal espíritu de caridad su acción vivificadora de padres y maestros á todas las esferas de la actividad humana, llorando con los afligidos los males presentes, pero enseñando también á los que no desmayan, los anchos horizontes en que es lícito ver alboreando la esperanza de futuras regeneraciones.

Así Dios lo quiera en Francia, bendiciendo los generosos esfuerzos de tan bizarros adalides como los sois vos y vuestros hermanos, y el clero, la nobleza y el pueblo cristiano francés, que, en haz apretado, y deponiendo ante el comun peligro pasajeras y accidentales diferencias, afirman, acaso por primeza vez en este siglo, lo que puede la accion católica frente á frente de la accion revolucionaria, cuando á empresas tan universalmente salvadoras se encamina, y lábios tan autorizados y manos tan poderosas la alientan y dirigen.

Monseñor: Largos años de luto y tristeza moral, encubiertos á desiguales intérvalos por períodos de esplendor, más abrillantado que sólido y permanente, han desvanecido y postrado las fuerzas vivas de vuestra hermosa patria, en otros tiempos centinela avanzado de la civilización cristiana, convirtiéndola en vehículo de perniciosas doctrinas ó peligrosos ejemplos.

La unión de los católicos, que son la mayoría moral, inteligente y civilizada de tan generoso y desgraciado pueblo, puede obrar maravillas, no tan sólo en su generación social y política, base necesaria para la paz de Europa, sino también por la magnitud y solemnidad del ejemplo para la generación de otros pueblos y de otras razas, en los que la naturaleza y gravedad de sus infortunios no han demostrado

aún bastante este sencillo principio, que sólo se ganan batallas eficaces y decisivas cuando se lucha bajo la bandera de la cruz.

Vuestra elocuente voz expresando este pensamiento, cuando señalaba á los católicos franceses *el verdadero terreno de la defensa, a aquel en el que, a pesar de las tristes divisiones políticas, podían los hombres de buena voluntad entenderse y darse la mano*. y que vos considerábais *como la consigna para congregar á los dispersos*.

En todos los pueblos ruge ó amenaza la tormenta, ó con rayos homicidas ó con pavorosos anuncios: todo se discute, todo vacila, todo tiembla. La cuestión política se amengua y confunde en la cuestión social; una y otra se ventilan en la cuestión filosófica, y á todas abraza y comprende la cuestión religiosa. Por todas partes, al Norte como al Mediodía, en el nuevo continente, antes de tiempo envejecido, como en el viejo, solar nobilísimo de toda contienda moral y metafísica, se reduce esta providencial subrogacion de ideas y doctrinas á los dos principios que se han dividido el mundo desde su creacion.

La afirmación ó la negación de Dios.

El triunfo, pues, para los que creen como nosotros en la palabra divina, estriba en esa forma de plantear la lucha. Dios no desampara al que invoca su Santo Nombre. Que El nos proteja á todos, y empezando por los que más necesitan de su misericordia y de su omnipotencia infinitas, bendiga y corone vuestros generosos sacrificios.

Monseñor: en estos sagrados días, aniversario del más dulce y cariñoso vínculo de Dios con su humilde é ingrata criatura, descansad en esa hermosa tierra del Anjou, que gobernais con amor de padre, de las amarguras sufridas, de la contienda que aún vocea, de la persecucion que aún amenaza; y cobrando en la meditacion y el reposo nuevos brios para nuevas campañas, admitid á estos católicos españoles á la parte que como hermanos toman en vuestras aflicciones y trabajos, que Dios ha de convertir en triunfos y alegrías.

Admitirnos también al honor de besar vuestro anillo pastoral, y de ofreceros el testimonio del más cariñoso respeto y de la más cordial simpatía.—Aquí la fecha y todos los firmantes.

El Liberal burlonamente aprovecha estas discrepancias para aumentar los moros frente a los cristianos.

La *Revista de Madrid* o del Sr. Pidal (D. Alejandro), viene a interrumpir el monopolio del catolicismo y del ultramontanismo, ejercido por *El Siglo Futuro*, es decir, del Sr. Nocedal. (*El Liberal*, 17-I-1881).

El Fénix cree oportuno volver por la autoriadad de los obispos en vista de las complicaciones.

El mismo día en que firmó la carta a Mns. Freppel convínose redactar otra dirigida al episcopado español. (*El Fénix*, 18-I-1881).

Los de *El Liberal* cargan sin piedad sobre los de *El Fénix* recordándoles viejos vicios, cuando en otros tiempos trabajaban para aquéllos, de cuyo nombre quisieran no acordarse.

Indudablemente tiene razón *El Siglo Futuro: El Fénix* no está purificado: pues se le figura que vive todavía del presupuesto liberal-conservador y sirve de portaestandarte al Sr. Pidal, levantando una bandera católico-política de ancha base... (*El Liberal*, 18-I-1881).

IV. INTERVENCIÓN DE OBISPOS.

El Fénix muy satisfecho saca la mitra del episcopado como una batería en propia defensa.

Marchamos ya precedidos por la mitra y el báculo de nuestros legítimos pastores, hecho importante que puede ser fecundo en consecuencias. (*El Fénix*, 19-I-1881).

El golpe de los obispos regocija a los de *El Liberal* y se lo ponen delante de los tradicionalistas como un gesto más que insultante.

¿Qué va hacer *El Siglo Futuro* con esos prelados tocados de una política que no es íntegramente católica? (*El Liberal*, 19-I-1881).

Este sesgo de los asuntos religiosos hace crear un ambiente de incertidumbre, que *El Liberal* recoge a su manera.

El Siglo Futuro, el periódico que tan duramente calificó el pensamiento de la Unión Católica y que llamó mestizos a los firmantes de la felicitación dirigida a Mns. Freppel... recoge velas desde ayer... (*El Liberal*, 20-I-1881).

A partir de este momento la polémica entre los de la Unión Católica y los de *El Siglo Futuro* se torna solapada y bronca, forcejeando en demasía por no tropezar con la autoridad de los obispos.

Un periódico de Madrid, y dos de provincias, no dejan de combatir el pensamiento de la Unión Católica, dándole torcidas interpretaciones, pero hemos formado el propósito de no discutir mientras los prelados españoles están en el uso de la palabra. (*El Fénix*, 21-I- 1881).

La Revista Popular, en defensa de los tradicionalistas, refuerza las ideas de *El Siglo Futuro*.

En cuestión de doctrinas religiosas y de actos religiosos, en cuanto tales, el buen católico no reconoce más que un juez: la santa Iglesia católica, apostólica, romana, cuya cabeza invisible es Cristo Dios, cuya cabeza visible y maestro infalible es el Papa, cuyos órganos inmediatos para cada fiel son los respectivos prelados diocesanos en conformidad de doctrinas y unión de caridad con el supremo Pastor.

En cuestiones humanas que no caen (directamente al menos) bajo la jurisdicción autoritativa de la Iglesia, es libre el fiel de opinar como más acertado parezca a su particular criterio, siempre sujeto, por supuesto, a las reglas generales del buen sentido y de la sana filosofía.

Conforme a esta invitación, podemos asegurar que, tratándose de doctrinas dudosas, las más seguras, esto es, las menos dudosas, son las que más distantes están de las claras y terminantemente reprobadas.

Por lo mismo diremos también que el procedimiento práctico de cada católico ofrecerá más claras garantías de acierto y seguridad, cuanto más radicalmente se hallare en oposición con los procedimientos abiertamente reprobados. Es lo que san Ignacio llama, en sus admirables *Ejercicios* oposición "per diametrum". Esta, fuera de casos excepcionales que la prudencia ha de determinar, es la más cierta, la más segura, y por consiguiente también la más prudente y racional manera de proceder. Es por consecuencia también la más católica, si se pueden admitir los adverbios más y menos aplicados a este absoluto calificativo.

Para evitar ambigüismos (pásesenos la palabra), siniestras interpretaciones y escándalos "pusillorum", la conducta más segura y más acertada de los católicos seglares que por cualquier concepto deban ser guía de los demás, como son, padres de familia, profesores, autoridades, directores de periódicos, presidentes de asociaciones, etc., será naturalmente la que menos necesite sutiles disposiciones de concepto, abstracciones metafísicas o reservas de otra clase alguna. Lo más categórico y lo más incondicional es lo más práctico y lo más llano. Es, por consiguiente, lo más adaptado a la capacidad común de los pequeñuelos, a quienes principalmente se debe esta luz del buen ejemplo en las situaciones escabrosas.

La doctrina que se llama "anchas bases" es originaria y esencial-

mente de procedencia liberal, y por lo tanto "ex natura sua" sospechosa. Nunca debe aceptarse por un católico sin profundo recelo. El criterio católico es "ex se" más propenso en todo a la restricción que al ensanche de sus naturales fronteras. Claro está que no nos referimos al dogma, que éste las tiene ya terminantemente definidas. Sobre esto nunca es excesiva en estos tiempos la precaución; salva siempre la ley de la caridad, que aconseja facilitar y suavizar todo lo posible los caminos de la verdad y del bien a nuestros hermanos extraviados.

La primera condición de una suma es en buena aritmética que sean homogéneos todos los sumandos. Puede hacerse en verdad una suma con sumandos que sólo bajo un concepto tengan esta homogeneidad, pero será tanto más perfecta aquélla, cuanto ésta más lo sea. En todos casos vale más suma menor de elementos perfectamente y por todos conceptos homogéneos, que suma mayor de elementos que disientan en muchos puntos aunque convengan en lo principal. La humana flaqueza, ayudada por la diabólica astucia, hará en este caso que los sumandos todos choquen más frecuentemente por los muchos puntos en que unos de otros disientan, que no se armonicen por el único en que convienen entre sí. El buen sentido aconseja, pues, como más conducente y práctica la unión de los menos perfectamente concordes, que la unión de los más sólo concordes en parte. No obstante, la unión puede a veces procurarse como agregación fortuíta o accidental para un caso dado y pasajero; pero (nótese bien esta diferencia que aclara muchas confusiones), nunca como base formal y definitiva para todo un sistema de propaganda o acción. El proverbio latino "vis unita fortior" no puede tener más que este sentido.

El generoso cuanto manoseado lema "In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas", diéramos nosotros un ojo de la cara por oírselo explicar personalmente el glorioso San Agustín, su autor, genio el más audaz que han visto los siglos, a la par que fustigador el más intransigente y acerbo de toda herejía franca o embozada; puede que entonces dejase de traerlo siempre fastidiosamente en boca como apotegma propio de su escuela, la secta liberal. La intransigencia más absoluta puede mejor que aquélla escribirlo en nuestra santa bandera.

Toda escuela o secta conoce por cierta intuición propia o natural instinto (olfatus mentis, que dijo un filósofo), el procedimiento que les trae más cuenta para el desarrollo de sus ideas y destrucción de las que le son opuestas. El liberalismo en masa ha hecho como su grito de guerra del lema citado de San Agustín, interpretado a su especial manera. Los católicos hemos, de consiguiente, de verle claro el juego a este nuestro radical enemigo, y nunca, ni en realidad ni en apariencia, favorecerle con la aceptación de tal divisa sin muchas salvedades y restricciones. Lo que con ella se propone ganar el enemigo es indudable que nosotros lo hemos de perder. Empiezan, pues, por aventurar su terreno

propio los que para sostener el combate aceptan sin necesidad el que su rival ha escogido por serle a él más favorable. Fue sabia respuesta del Gran Capitán: "No he de dar la batalla donde convenga a mis enemigos, sino donde me convenga a mí".

Haríamos de buena gana un regular sermón o media docena de artículos sobre cada una de las precedentes indicaciones. Bastarán ellas, empero, para que comprendan todo nuestro modo de pensar sobre ciertas cuestiones del siglo actual hasta los menos avisados. F. S. y S. (*Revista Popular*, 22-I-1881, págs. 52 y 54).

Es un artículo de prevención y de cautela. Son normas lejanas que el más ingenuo lector puede aplicar al caso que le convenga.

El silencio forzado de *El Fénix* a duras penas contiene el resquemor de una polémica entre los partidarios de una misma fe.

Cosas están pasando en este momento a nuestra vista, capaces de dar vista a los ciegos; pero hemos de resistir la tentación, no sólo de comentarlas pero ni aún de consignarlas. (*El Fénix*, 26-I-1881).

El Liberal como buen Mefistófeles se frota las manos ante la escandalosa situación.

Quedamos en que indudablemente hay carta de D. Carlos; ratificando aquella excomunión que *El Siglo Futuro* fulminó contra los católicos "no íntegros", que firmaron la felicitacion...: carta dando la razón a *El Siglo Futuro* en contra de *El Fénix* y *La Fe;* carta en que se acusa de rebeldes a los caballeros de la Unión Católica y a *El Fénix* y a *La Fe* y a los prelados que aprueban y bendicen su conducta. (*El Liberal*, 26-I-1881).

Comentando la contestación de Mr. Freppel a los de la Unión Católica, *El Liberal* mantiene la leña junto al fuego.

Esto mismo ha defendido siempre el Sr. Pidal en la *España Católica*.

Don Carlos y *El Siglo Futuro* se quedan solos.

Mns. Freppel y el episcopado español parece que emprenden otro derrotero. (*El Liberal*, 27-I-1881).

Ante las interpretaciones de *El Siglo Futuro*, llevando el agua a su molino, los de *La Unión* reclaman para sí un texto que les pertenece.

> *El Siglo Futuro* ha convencido sin disputa ninguna a sus lectores de cómo Mns. Freppel y los prelados españoles salen del paso como pueden y bendicen y aprueban la Unión Católica haciendo muchas reservas. (*El Fénix,* 28-I-1881).
>
> Afirma Mns. Freppel "que no puede ser indiferente para un pueblo tener o no tener la forma de gobierno y las instituciones políticas o civiles que respondan mejor a su historia y a su temperamento, a sus costumbres o a sus intereses". Esto es evidente; Mns. Freppel asienta una verdad palmaria.
>
> Cualquiera que sea la importancia de esas cuestiones hay otra más vasta, más general y que domina a todas las demás, y esta es la cuestión religiosa. ¿No es preciso que todos los católicos de un mismo país se unan estrechamente en el terreno de la religión, cualquiera que por otra parte puedan ser las diferencias de opinión en otros puntos, que trabajen de consuno para el triunfo de la Fe? (*El Fénix,* 29-I--1881).

Las crónicas de Pidal y Mon en la *Revista de Madrid,* nos aclaran plenamente el sentido de todos estos textos. (Vide en n.° 2, vol. I, 1881, págs. 86-91 y en págs. 94-96 la respuesta del obispo de Angers al mensaje de felicitación).

Es lamentable la confusión creada en el campo netamente católico; vistas con la serenidad del tiempo, estas polémicas político-religiosas de nuestros abuelos, siente uno, sin querer, que tales incomprensiones lleguen a comprometer gravemente a hombre de fe tan pura como don Marcelino.

> La contradicción, en principio, salió toda armada de pudores religiosos, pero sorprendida en los primeros pasos por la voz serena y elocuente de los pastores de la Iglesia que aprobaban y bendecían la obra con ardor verdaderamente apostólico, se ve ahora reducida al terreno político, y argumenta contra ella por medio de insinuaciones del género político más definido. (*El Fénix,* 1-II-1881).

A *El Liberal* no le agrada que *El Siglo Futuro* le rechace sus buenos oficios.

> A *El Siglo Futuro* no le ha gustado que terciemos en este asunto y dícenos que cosemos mal y que al primer tirón se descose nuestra obra. (*El Liberal,* 2-II-1881).

Con esta lista de ilustres prelados *El Fénix* se escuda como quien no intenta ninguna mala faena.

Obispos que aprueban y bendicen la Unión Católica: arzobispos de Toledo, Indias, Santiago, Valencia, Tarragona, Burgos, Manila, Granada; obispos de Córdoba, Salamanca, Santander, Calahorra, León, Auxiliar de Madrid, Preconizado de Segorbe, Prior Ordenes Militares, Badajoz, Tarazona, Vitoria, Mondoñedo, Lérida, Segovia, Sigüenza, Preconizado de Vitoria, Barcelona, Guadix, Cartagena, Orihuela, Tuy, Pamplona, Urgel, Coria, Orense y Jaén. (*El Fénix,* 4-II-1881).

El Liberal, como buen terciador en el asunto, vuelve a recordar lo que significa la actitud de *El Siglo Futuro.*

El Sr. Nocedal, luchando de potencia a potencia con el cardenal Moreno, vuelve a declarar que no hay política "íntegramente" católica fuera de la comunión que acaudilla *El Siglo Futuro...* (*El Liberal,* 5-II-1881).

Más política.

Téngase en cuenta que esto es llover sobre mojado, porque recientemente había dicho *El Siglo Futuro* que a la famosa fusión, canovistas, moderados y extradicionalistas (católicos a medias), precedió una conferencia en que el señor Pidal obtuvo del señor Cánovas la promesa de darle diez actas de diputado para que las adjudicara a diez de los que se fundiesen... (*El Liberal,* 8-II-1881).

Como exponente amplio del pensamiento tradicionalista, leamos reposadamente este artículo de la *Revista Popular,* cauteloso en extremo como era natural, dado el estado de ánimo.

En el estado actual de indecisión y confusiones mil en que ha puesto a muchas almas lo que en los periódicos católicos españoles viene debatiéndose días ha, con motivo de cierta proyectada Unión Católica, de la que motivos de prudencia nos han aconsejado hasta hoy no hablar directamente, servirá de luz y guía segurísima la contestación que ha dado a los sin duda bien intencionados iniciadores de ella, nuestro Excmo. e Ilmo. prelado diocesano. Esta contestación, idéntica en el fondo a las que hasta el presente conocemos de los demás prelados españoles, es en el apostólico pastor de esta diócesis mucho más explícita y acentuada, y creemos resume ella el presente estado de la cuestión, y da, en cierto modo, su solución defintiva. Recomendamos por lo tanto a todos nuestros amigos su detenida lectura. Dice así:

Muy ilustres señores conde de Orgaz, marqués de Mirabel, don Alejandro Pidal y Mon, conde de Canga Argüelles, conde de Guaqui y D. León Carbonero y Sol.

Muy señores míos de mi más distinguida consideración: He recibido y leído con mucho aprecio la muy interesante carta que se han servido Vds. dirigirme, remitiéndome un ejemplar impreso de la felicitación que un número considerable de los católicos residentes en esa corte, han dirigido a Mons. Freppel, Obispo de Angers.

El pensamiento que Vds. han concebido de que todos los católicos se unan para defender los grandes intereses de la religión en que está vinculada realmente la vida de la sociedad, no puede ser más recomendable, y preciso es que todos los prelados y hasta el romano pontífice lo aplaudan y bendigan. Mas diré a Vds. no es posible el verdadero catolicismo sin que entre todos los que lo profesan haya unión perfecta, porque su esencia es la unidad, la profesión de una misma fe o doctrina, y la subordinación absoluta y sin reserva de ningún género a una misma autoridad.

Todos los intereses humanos, todos los compromisos y todos los sistemas políticos, deben someterse a esa unidad de doctrina o de dependencia para que haya catolicismo verdadero; cabalmente por eso se encuentra hoy entre individuos que se llaman católicos, tan desconcertada y dividida la religión: la causa de ello es el empeño de acomodarla los hombres a sus principios políticos, a sus opiniones, a sus empresas y a sus aspiraciones en el orden de la vida humana y social. Mientras que todo esto no se someta a la religión, mientras que ella no domine exclusivamente el corazón y reine por completo en el alma, no hay que hacerse ilusiones ni prometerse unión verdadera y estable entre los que la profesan. En la carta con que Vds. se han servido honrarme dan como una señal marcada de abrigar en sus almas esta unidad perfecta, cuando dicen que su credo o norma de conducta ha de ser la doctrina del *Syllabus,* cual la entienden, explican y aplican la santa sede y obispados.

Llámame, por tanto, la atención, que periódicos y personas que hacen gala de ser católicos, no corresponden al llamamiento de Vds. y se manifiestan en discordia con el pensamiento emitido, suscitándose con este motivo cuestiones que pueden dar un resultado enteramente contrario al bien que se busca.

¿Cuál podrá ser la causa de esto? Deseando yo atinar con ella, he meditado más de una vez sobre su dicha carta; y como Vds. hacen al fin de ella cierta salvedad cuando dicen que ni la dignidad, ni los compromisos, ni las afecciones, ni las convicciones tienen por esto nada que perder; que vale tanto como decir que no renuncian a ello para constituir esta Unión Católica, se me ocurre si acaso esta salvedad habrá podido dar ocasión a que se crea que la bandera que Vds. levantan

tiene algunos pliegues o reservas que pueden, al menos, ofrecer dificultades para sostener, sin limitación ni interpretación alguna, lo que en el *Syllabus* se define, o teman que en ese llamamiento religioso se envuelve alguna mirada política.

Para alejar, pues, semejante sospecha y remover todos los obstáculos que pueden embazarar la excelente empresa que Vds. han concebido, y a fin de que ella prospere entre los buenos católicos y dé los resultados a que se aspira, convendría mucho, según mi pobre juicio, que más bien que la unión de católicos se invocara la asociación de los que profesan la rigurosa unidad católica, "una fides, unus Dominus, unum baptisma"; esto es,. de los que renuncian a todo compromiso político y afección o convicción particular que no quepa dentro de esa unidad salvadora

Bajo una enseña de este género no puede rehusar congregarse ningún católico verdadero digno de tal nombre por la integridad de su fe y por su perfecta sumisión a la Iglesia, y es de creer, por lo mismo que todos los hombres de fe aplaudirán la empresa, y estimulados por el llamamiento, se agruparán en una unión perfectísima para trabajar con celo y prestar sus servicios a la religión. Vds., con buen criterio sabrán apreciar en lo que valgan estas ligeras indicaciones.

Cualquiera que sea el juicio que de ellas formen, deberán siempre estimarlas como una prueba de la sinceridad de mi corazón y del deseo ardiente que tengo de que, desligados todos los católicos de lo que a este mundo pertenece, con su corazón y pensamiento en el cielo, se asocien con vínculo indisoluble, sobreponiéndose a todas las pasiones e intereses humanos para trabajar con decidido empeño en favor de los grandes intereses de la religión, de cuyo triunfo depende el remedio de todos los males que tan mal parada traen hoy a la sociedad.

Cuenten Vds. con mi aprobación en todo lo que conciban y obren en defensa de la religión, y reciban mi bendición pastoral, con lo que deseo confirmarles en su buen espíritu y merecerles la protección de Dios.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme a las órdenes de Vds. como *su más atento servidor y capellán, Q. B. S. M.—José María, obispo de* Barcelona.

Ocioso es que añadamos nosotros palabra alguna a las tan autorizadas del venerable pastor. Queremos absolutamente se entienda en el sentido de este documento cuanto hayamos dicho o dijéramos en adelante nosotros sobre tan espinoso asunto. Coincide perfectamente el espíritu de él con el espíritu de las máximas de buen sentido cristiano, que hemos publicado en uno de los últimos números de la *Revista Popular*. Y porque teníamos en ésa completa seguridad (dada por quien nos la podía dar) las publicamos entonces. Y porque seguimos tenién-

dola hoy, nos ratificamos hoy en ellas. Créannos y obren nuestros amigos como ha procurado obrar siempre en tales casos y mucho más en el presente nuestra redacción.—F. S. y S.

Dadas ya a los cajistas las anteriores líneas, hemos visto publicada sobre este mismo asunto la preciosísima carta del Excmo e Iltmo. señor arzobispo de Granada, documento que a estas horas admira ya gran parte del pueblo español y que nosotros daremos a conocer, Dios mediante, en el próximo número. Por su profundidad, elevación de principios y amplias aplicaciones, es, más que simple contestación, un tratado completo sobre tan controvertida materia. Por hoy sólo diremos que el notabilísimo documento de nuestro esclarecido jefe de la primera romería española al Vaticano, expone con claridad y valentía sumas las mismas esperanzas y los mismos recelos que dejan entrever en sus respectivas contestaciones los demás prelados españoles, y que el dignísimo obispo de esta diócesis, como acaban de ver nuestros amigos, ha visto desde luego con tanta perspicacia y apuntado con tanta franqueza. Por la dicha carta se verá además cuán acertadamente nos guiaba en esta cuestión nuestro sencillo instinto católico a falta de más sutiles filosofías. F. S. y S. (*Revista Popular,* 10-II-1881, págs. 83-84).

Sinceramente todos estos textos reflejan bien a las claras la situación enmarañada y torpe de la vida pública española. Es posible que aquel revuelo de contradicciones no tuviera más trascendencia en la historia nacional, pero es curioso observar estos fenómenos de intrahistoria que ponen en evidencia muchos procesos oscuros y apenas dichos de la historia grande y memorable. La creación y desintegración de facciones políticas e institucionales, no es cuestión de poca monta en un país, sino que a veces refleja con más profundo sentido que los calendarios y membretes oficiales, las luchas internas que vivifican o mortifican las entrañas de una nación.

La cuestión de religión y vida pública no es problema baladí, aunque la solución del conflicto fuera de brevedad suma: sólo dos años. Pero lo más grave y significativo de este espinosísimo asunto quedó claramente señalado. (Vid. Apéndice I).

V. CONFLICTOS DE RELIGIÓN Y POLÍTICA.

Es curioso observar que el conflicto entre las cuestiones religiosas y la actitud política del Estado no se planteó en los tiempos de aquella España vieja por eclesiásticos y seglares, sino que surgió en

su ambiente natural. Fueron los laicos los mismos en presentar la cuestión en su vergonzosa desnudez. Era urgente saber si los cuidadanos católicos podían y debían defender su religión desde aquellos ángulos políticos que al juicio humano se remiten. Y éstos precisamente, los laicos, metieron en compromiso a los obispos, inquietos por resolver esta desagradable querella. Tomar posiciones ante infieles no es muy difícil para un cristiano; lo difícil, lo arduo es tener que quitar la razón a los de la misma fé, a los del mismo credo, donde tan fácilmente se involucran las cosas. Uno de estos problemas consiste en conciliar la política de educación nacional y la amplitud liberal de la ciencia. Las intervenciones excesivas del Estado, las excomuniones y los manejos humanos, suelen acarrear para los estudiosos una serie inacabable de fisuras y entorpecimientos, que ahogan, o al menos atrofian, la generosa y fecunda creación del intelectual, del sabio y del genio.

Los españoles de entonces opinaron sobre este asunto con bastante y, casi excesiva libertad. Unos creían que no era prudente la intervención del Estado; que la educación nacional era patrimonio exclusivo de la ciencia. Otros, en el extremo contrario, afirmaron muy convencidos que el Estado tenía gravísima e ineludible obligación de vigilar e imponer la enseñanza según los principios tradicionales de sus pueblos, principios, por supuesto, que tenían que ser los verdaderos, los inmutables, tales cuales eran los de la religión revelada, bajo la interpretación infalible de la Iglesia católica, apostólica y romana.

He aquí un núcleo de intransigencia. Hubo quienes opinaban que no era prudente llevar las cosas a los extremos. La realidad, buena o mala, fue que nadie se puso de acuerdo por aquellos días, y D. Marcelino por su parte, hubo de mantener sus propias ideas. Fue su política, su gran política. La educación del pueblo debe ser la raíz de toda buena política. Esta preocupación obsesionó a Menéndez Pelayo por crear una cultura española y moderna capaz de ser el fundamento de nuestra revolución educativa. De un modo inmediato se centró esta intención sobre la «reposición de catedráticos» y con ello el problema de los «heterodoxos en la educación universitaria», y más adelante como solución más equilibrada la formación de un Centro católico de estudios superiores.

Cánovas había expulsado de la Universidad a ciertos intelectua-

les, extremos en su ideología revolucionaria; a Sagasta, como primer ejercicio del poder, le faltó tiempo para reponerlos. Fieles a sus confesiones canovistas en este punto, los de la Unión Católica tomaron como suyo el ataque contra la reposición de los catedráticos. Menéndez Pelayo no pudo faltar a la obligada cita.

> Por de pronto ya es un hecho, según se nos asegura, que serán reintegrados en sus cátedras los profesores ateos que enseñaban oficialmente todos los errores y horrores del panteísmo germánico, convirtiendo la cátedra en barricada espantosa contra la religión. (*El Fénix*, 11-II 1881).

VI. FRENTE A LOS CATEDRÁTICOS LIBERALES.

Como un exponente de aquella situación, harto compleja, puede leerse la crónica de Pidal y Mon en la *Revista de Madrid*, n.º 3, vol. I, 1881, págs. 133-140 y en las siguientes páginas (141-144) las Bases constitutivas de la Unión Católica.

El Fénix alaba a D. Marcelino.

> Se ha publicado el tercer número de la *Revista de Madrid*, que contiene trabajos sobresalientes aunque de diversa índole firmados por los señores... Menéndez Pelayo. Estos nombres excusan todo elogio. (*El Fénix*, 18-II-1881).

El ataque contra los liberales se hace franco y bronco. Los motivos para aquellos católicos intransigentes, desesperados, eran insoslayables al rechazar rotundos la reposición de los heterodoxos. Por eso *El Fénix* lleno de una ingenuidad explicativa, dice:

> La enseñanza de estas doctrinas y las aun más heterodoxas y escandalosas del señor Salmerón y sus compañeros, es lo que se quiere llevar a toda costa a las cátedras de un Estado que declara ley y pacto internacional vigente un concordato en que se establece que la enseñanza ha de ser católica. (*El Fénix*, 21-II-1881).

Léanse en la *Revista de Madrid*, n.º 4, vol. I, 1881, el amplio comentario de D. Joaquín Sánchez de Toca (págs. 162-172); la crónica

de Pidal y Mon (págs. 185-194) y el comentario a la carta pastoral del arzobispo de Valencia (págs. 195-197).

Toda la trama polémica sobre la cuestión de la enseñanza se entrecruza con diatribas más o menos morbosas de partidismos y resentimientos.

En estos días de marzo, D. Marcelino ingresa en la Academia Española y prepara las conferencias sobre Calderón, preludio intencionado de su agresivo brindis. No debemos olvidar estos detalles cronológicos, pues en estos momentos pronuncia el discurso ante los académicos, que habría de resultar motivo de escándalo para cierto P. dominico y, lo que es más grave, para un amplio sector católico-escolástico. Estas discrepancias del humanista Menéndez Pelayo venían acusándose hacía bastante tiempo. Estas dos actitudes *simultáneas,* ultraconservador en materia de principios religiosos y generosamente abierto en Filosofía y Humanismo, constituyen el auténtico relieve de Menéndez Pelayo, tal y como en estos años se nos ofrece.

He aquí los textos, un tanto involucrados por el interés de salvar la cronología.

El Fénix nos expone la cuestión de los catedráticos como un hecho irremediable.

> Parece que está arreglado el asunto de la reposición de los catedráticos separados en 1875. Los señores Giner de los Ríos, Salmerón, Azcárate, Merelo y otros volverán a ocupar sus cátedras. (*El Fénix,* 1-III-1881).

El aplomo de las afirmaciones casi nos hace pensar en un D. Marcelino inspirador del redactor de *El Fénix,* que rompe lanzas, como nuestros bisabuelos, contra la turba mora.

> La solución universitaria ha venido a herir las entrañas del pueblo español, y nosotros, en nombre de la religión, de la mayoría que paga la enseñanza, en nombre del progreso católico que anatematiza y condena estas reacciones supremas de la anarquía, en nombre de los fundamentos sociales seriamente amenazados, declaramos guerra sin tregua ni cuartel a esta solución y consagraremos nuestra actividad a demostrar el abismo profundo que se ha abierto a nuestros pies para sepultar en él lo más preciado, grande, digno y glorioso del pueblo español..., a

> evitar que en los establecimientos del gobierno se enseñen doctrinas religiosas que no sean las del Estado... que favorezcan la investigación científica sin oponer obstáculos bajo ningún concepto al libre, entero y tranquilo desarrollo del estudio. (*El Fénix*, 5-III-1881).

La reacción de los liberales no puede ser más enérgica y dolorida ante la posición rígida del catolicismo español.

> Lo cierto es que en nombre de la religión y predicando mansedumbre, estos "neos" se dicen cada desvergüenza que canta el credo. (*El Liberal*, 5-III-1881).

VII. INTERMEDIO ACADÉMICO

Como intermedio leamos estos comentarios, un tanto piadosos cándidamente, de *El Fénix* sobre el ingreso de D. Marcelino en la Academia Española.

> Debemos empezar diciendo que la prensa liberal reconoce hoy la justicia y acierto de la Academia Española, que ha llamado a su seno a ese joven prodigioso a quien todo el mundo sabio conoce y admira. El concurso era igualmente extraordinario por la calidad que por el número de los asistentes, entre los cuales veíase con el rostro cubierto de dichosas lágrimas al padre del nuevo académico, que debía considerarse verdaderamente feliz. El Sr. Conde de Cheste, dijo que era el más joven que jamás había entrado en el docto cuerpo, y que no obstante sus pocos años, se presentaba con méritos que envidiarían las canas más provectas. El Sr. Menéndez Pelayo lee un poco de prisa y sin entonación brillante; pero las galas de su escrito cautivaron la atención del auditorio cuyos aplausos fervorosos estallaron de continuo. Al salir era grandemente alabado el discurso del señor Menéndez; y el del Sr. Valera, de indiscutible mérito literario, suscitó algunas controversias por no estar conformes con ciertas ideas de él la mayor parte de los oyentes. (*El Fénix*, 7-III-1881).

Como texto fundamental para nuestras afirmaciones releamos pausadamente el siguiente comentario, significativo en extremo, de las actitudes pasmosas de nuestra ortodoxia tradicional. Estos son los tiempos en que los de *El Siglo Futuro* no querían enterarse de la posición

política de D. Marcelino, pero la causa estaba ganada de antemano por los amigos de Cánovas, los unionistas de Pidal y Mon.

> *El Siglo Futuro* quiere hacer suyo al señor Menéndez Pelayo contra la voluntad del joven académico, y velis nolis se le apropia con esta pasmosa frescura en una reseña que hace de la sesión del domingo: "y pensamos que nuestro es el señor Menéndez Pelayo, y nuestro será siempre por la gracia de Dios, exclusivamente nuestro, aunque en el terreno puramente artístico le seduzca alguna vez la hermosura del Renacimiento, y aunque en el terreno político quiera engañarle la voz de la sirena y traigan y lleven su nombre los amigos de transacciones absurdas y componendas abominables, que el señor Menéndez Pelayo no puede menos de aborrecer en igual grado que ama la memoria de la Inquisición, perseguidora incansable de toda mezcla de error y arterías...". En efecto, el señor Menéndez Pelayo es de *El Siglo Futuro,* pero firmó la felicitación a Mns. Freppel. En efecto, el señor Menéndez Pelayo es de *El Siglo Futuro* pero asistió a la sesión inaugural de la Unión Católica. En efecto, el señor Menéndez Pelayo es de *El Siglo Futuro,* pero forma parte de las secciones de la junta directiva de la Unión. Así puede *El Siglo Futuro* hacer suya a toda la humanidad. *¿Cómo puede ser de El Siglo Futro* nadie que se pertenezca a sí propio? (*El Fénix,* 8-III-1881).

Esta situación al margen de los tradicionalistas de Nocedal no se acentúa hasta más adelante. Esta pausa de buena voluntad no aminora los antagonismos existentes a esa misma hora entre los íntegros de la Tradición y la «apertura» comprometida de Menéndez Pelayo.

VIII. REPOSICIÓN DE CATEDRÁTICOS.

Esta variación de tema queda patente en este otro texto, de los más decididos y francos del liberalismo español, reconcentrado en sí, haciendo pujanzas de política restauradora.

> Reposición de profesores.
>
> Si la religión católica apostólica romana es la religión del Estado, la ciencia no puede proclamar doctrinas que contradigan sus enseñanzas: La ciencia no puede ni debe ser libre.
>
> La llamada Unión Católica descubre la contradicción en toda su desnudez, religión oficial y libertad de la ciencia son lógicamente antitéticas.

Es un problema que debe resolverse y que el porvenir resolverá a gusto de nuestros nietos... (*El Liberal*, 9-III-1881).

En varias ocasiones estos liberales hacían de profetas, y no sin cierta inquietud se meditan sus reticencias finales.

Como explosión decidida y amplia podemos tomar las declaraciones de *El Liberal* frente al problema religioso de los españoles cuando dudaban de su unidad confesional.

Se dice que todo gobierno liberal piensa antes que en todo en "declarar la guerra a la Iglesia". Tal es la expresión de los conservadores y ultramontanos.

Esta expresión no es exacta. Los derechos de la religión católica, como los de cualquiera otra, dentro del Estado moderno, están reducidos a que se respete la libertad de sus ministros y que como asociación libre goce, en la esfera trazada por las leyes del país, de las facultades que se otorgan y reconocen a cualquier persona jurídica.

Lo que en él [Decreto de reposición de catedráticos] se anula es una medida injusta y arbitraria que arrojó del profesorado a gran número de catedráticos liberales...

Aquella medida no se inspiró en un interés religioso, sino en un interés político.

Los partidos reaccionarios procuran hábilmente usar el nombre de la Iglesia en esta lucha, para procurarse un apoyo sólido y fuerte. (*El Liberal*, 10-III-1881).

El Fénix no altera sus nervios y sigue hablando de su D. Marcelino.

Algunos de nuestros suscriptores desean conocer el discurso pronunciado por nuestro querido amigo el Sr. Menéndez Pelayo a su entrada en la Academia de la Lengua.

A fin de complacer a nuestros lectores, pensamos dedicar a la publicación de este notabilísimo trabajo, fruto maduro del vasto ingenio de este joven, verdaderamente extraordinario, dos hojas literarias que daremos el sábado próximo y el de la semana entrante. (*El Fénix*, 10-III-1881).

La *Revista de Madrid* nos ofrece el cuadro completo. Véase el largo artículo de D. Joaquín Sánchez de Toca en *Revista de Madrid*, n.º 5, vol. I, 1881, págs. 218-227; n.º 7, vol. I, págs. 318-326; la cró-

nica de Pidal y Mon en el citado n.º 5, págs. 240-245 y la exposición formulada por la Unión Católica contra la circular del Ministerio de Fomento (págs. 246-248). En el mismo número, págs. 233-239, se inserta el siguiente artículo de D. Manuel Cañete.

Menéndez Pelayo en la Real Acdaemia Española.—Los que no conocen bien la índole y organización de la Real Academia Española ni el amplio y generoso espíritu que la anima, la han tachado repetidas veces de poco afecta á la juventud; y tomando sin maduro examen por inconcusa verdad sus caprichosas ó interesadas figuraciones, se han desatado contra ella suponiéndola tenazmente aferrada á principios envejecidos, y por consiguiente enemiga de toda luz de progreso.

Con la misma falta de justicia han procedido comunmente al tratarse de la elección de académicos. Desentendiéndose por completo de lo que allí pasa y de los varios y aun opuestos elementos que constituyen la Academia (prueba de su constante imparcialidad), no bien honra ella con su elección al que considera en cada caso más á propósito y más útil para ayudarla á realizar los arduos fines de su instituto, se arrojan los descontentadizos á vulnerarla, porque no ha preferido á ninguno de los que le son más agradables. Hasta se ha llevado la exajeración de la hipérbole al extremo de aconsejar que algun académico se muera pronto, no solo como en tributo á la gran fama de un escritor amigo de los censores, sino para que éste pueda ocupar el sillón vacante. Convengamos en que si hubiera académico que tuviese la extraña longanimidad de seguir tan peregrino consejo, daría la mayor prueba de necedad ó de locura que se hubiese dado en el mundo.

No, la primera corporación literaria de España no es un conjunto de momias ajenas al movimiento de la vida intelectual de la nación y del mundo. Todo verdadero progreso, toda reforma racional en las materias que dan pasto á su actividad incesante, encuentra en ella siempre favorabilísima acojida. Y lo mismo que en este punto sucede en lo tocante á las personas. ¿Puede tacharse de exclusivista á una sociedad que elije sus individuos, y en la que sin embargo viven y colaboran fraternalmente hombres de tan opuestas ideas como Cánovas y Castelar, como Nocedal y Canalejas? ¿Puede creerse con razón que descuida abrir su seno á los hijos queridos de la fama el cuerpo literario que ilustran, amén de aquellos y de otros igualmente dignos, los autores de *El Trovador* y de *Virginia,* y al cual dan gloria escritores tan admirables como Valera y los dos Fernández-Guerra, novelistas de tanto mérito como Alarcón, personas de tan agudo y florido ingenio como Selgas, poetas líricos tan superiores, de tan justa y bien ganada popularidad como Núñez de Arce?

Yo, el menor de todos los académicos de la Española, el único tal vez que ha entrado allí, más que por el mérito propio, por la indulgente bondad de los individuos que la componen, no puedo menos de ver con cierto dolor á hombres de ingenio felicísimo aprovechar cualquier pretexto para lanzar pullas contra la corporación ilustre á quien debo tanto, y á quien quiero más que á las niñas de mis ojos. Bien sé que al hacerlo así, los que censuran las operaciones de la Academia ceden, por lo común, á sentimientos de amistad, de compañerismo ó de confraternidad política, disculpables y en cierto modo generosos; mas no por ello dejan de ser á todas luces injustos. El público, irresponsable de sus actos, como compuesto de elementos que se reunen y disgregan sin cesar renovándose á cada hora, sin ser nunca unos mismos en diversas ocasiones, puede rendir impunemente homenaje á los pies del ídolo que en momentos dados le satisfaga ó contente. La Academia necesita proceder con mayor mesura en sus determinaciones. Preferencias que en un particular son comprensibles y respetables, acaso no lo serían, ni lo parecerían, en una docta corporación. Hay, pues, que dar tiempo al tiempo y que no forzar la máquina.

No ha bastado á la Academia patentizar que sabe mostrarse amiga de la juventud otorgando á un mozo no llegado aún á mayor de edad el galardón que codician varones experimentados en toda suerte de disciplina literaria, para contener el mal humor de ciertos censores. Mas ya que estos no pueden negar el hecho, tratan de desvirtuarlo diciendo que el nuevo académico lleva en el alma la levadura de *ideas viejas y rancias*; que si *la juventud del cuerpo* es bella, lo es mucho más *la juventud del espíritu.* Quizás el haber entendido también que la juventud del espíritu es la más bella, sea causa de que la Academia Española haya preferido en esta ocasión á cualquiera otro el espíritu juvenil en quien se hermanan, por maravillosa virtud del Supremo Artífice, las más hermosas flores de la primavera y los frutos más saludables y gustosos del otoño de la vida.

El domingo 6 de marzo de 1881 será, pues, dia perpétuamente memorable en los fastos de la primera corporación literaria de España, porque en él tomó posesión de su plaza de académico, á los veinticuatro años de edad, el Dr. D. Marcelino Menendez Pelayo, catedrático de *Historia crítica de la literatura española* en la Universidad heredera de la Complutense. En los ciento sesenta y ocho años transcurridos desde que se fundó la Real Academia Española no se habia dado caso igual.

Como el mérito verdadero acaba siempre por cautivar á cuantos sienten y piensan desnudos de prevenciones injustas ó de engañosas preocupaciones, son contadísimos los que hoy desafinan en el coro universal de alabanzas tributadas al extraordinario talento é imponderable saber de Menendez Pelayo. Estampo sin recelo estos calificativos lau-

datorios, que no parecerán exajerados á nadie que conozca ó haya hojeado siquiera alguno de los importantes libros del jóven profesor y académico, porque es tal la superioridad de su espíritu, que no hay miedo de que incurra en la flaqueza de engreírse ó desvanecerse con los elogios. Los que le ha dispensado en esta ocasión casi unánimemente la prensa madrileña, por más que sean debidos á las facultades fenomenales del profundo filósofo, del elocuente historiador, del sabio humanista, del erudito infatigable, del crítico sagaz, del poeta elegantísimo (que todo eso es ya Menendez Pelayo, á pesar de su extremada juventud), hablan muy alto en pró del entusiasmo y cordura, de la discreción y buena fe de los escritores españoles.

Ni han sido los últimos en encomiarle periódicos de ideas tan opuestas á las suyas como *El Imparcial* y *El Globo*, dando así hermoso ejemplo de rectitud y de nobleza de ánimo, que me gozo en reconocer y proclamar. Mírese desde el punto de vista que se quiera, sean cuales fueren nuestras opiniones, habremos de convenir en que Menendez Pelayo, por su temprana juventud y por el valor excepcional de sus dotes intelectivas, debe ser considerado y apreciado como alta gloria de la pátria. Podrán muchos no estar de acuerdo con él en puntos de doctrina religiosa, filosófica ó literaria, aun siendo las suyas tan sólidas y verdaderas; pero cerrar los ojos á la luz que brota en su entendimiento, al resplandor de su fantasía, á la claridad de su juicio, á su prodigiosa memoria, á la viril independencia de su carácter, á los valiosos elementos que reunidos en armónica proporción constituyen su individualidad, poderosísima en las regiones intelecutales, valdría tanto como suponer que es noche oscura cuando el sol inunda con uss rayos la tierra, prestándonos vida y calor desde la mitad del firmamento.

Estamos ya tan acostumbrados á ver con cuánta facilidad se habla aquí de lo que no se sabe bien ó se ignora completamente, y de qué modo escritores ayunos de conocimientos se atreven á decidir de una plumada, con ínfulas magistrales, sobre lo que está muy por encima de su ciencia y hasta de su comprensión, que apenas damos importancia á este cáncer de nuestra cultura. Con pena lo digo: creo que hacemos mal en permanecer indiferentes á tan contínuo y dañoso procedimiento. Abiertas para sabios é ignorantes las puertas de la publicidad en los periódicos diarios; convertidos en *sacerdotes de la civilización* mozalbetes desahuciados en las aulas, pero bastante ambiciosos é inquietos para no detenerse ante ninguna consideración, con tal de hacer pronto su camino; persuadidos los menos audaces de que han de obtener con la exajeración y el escándalo una notoriedad que les sería muy difícil adquirir por mejores medios, juzgo peligrosísimo salir denodadamenet al encuentro de tal polilla, para patentizar el móvil de sus opiniones y la vanidad de sus juicios.

Hay también otro riesgo muy atendible, y que debe tenerse en cuenta para ponerle el correctivo indispensable. Los fautores de la revolución no descansan: conocen harto el valor de la juventud, saben el gran auxilio que puede prestarles en sus manejos, y no perdonan recurso alguno para deslumbrarla, inflamarla y hacerla suya. De aquí el afán con que procuran influir en ella, validos de la inexperiencia natural en los pocos años. De aquí también la docilidad con que se prestan ciertos jóvenes á servirles de instrumento, prendados de lo que halaga su vanidad ó sus pasiones. Y como la instrucción superficial suele ser más nociva que la falta de instrucción, porque solo crea pedantes y eruditos á la violeta, los incautos para quienes las ideas demoledoras é impías con que les han viciado el corazón y la mente son *la útima palabra* del saber humano, miran con irrisorio desdén á todos cuantos han tenido la fortuna de amamantarse y nutrirse á los pechos de la verdadera ciencia. Es, pues, necesario desenmascarar á los unos y desengañar á los otros, convenciéndolos de que aquello que toman cándidamente por signo infalible de progreso en materia de ideas religiosas, filosóficas, políticas, sociales ó literarias, cuando no son negaciones ó absurdos funestos, son utopias desacreditadas ó lastimosos errores que los avasallan y extravían.

Si la ignorancia y el atrevimiento de que suele ir siempre acompañada, ,no escudasen á los que fulminan sentencias condenatorias contra hombres que han madurado su opinión con el estudio, con la experiencia, con ejemplos de la realidad, tan elocuentes para quien sabe buscar en ellos enseñanza provechosa, ¿cómo podríamos hallar ni la menor sombra de disculpa á semejantes procederes? ¿Cómo no llenarse de indignación al ver investidas con el carácter de jueces árbitros de fama y gloria, sin más autoridad que la que donosamente se atribuyen, á personas incapaces de apreciar con exactitud el mérito de aquellos á quienes juzgan? Pero dejemos esto, que descorazona y aflje, y volvamos á lo que consuela y rejuvenece.

El triunfo que Menendez Pelayo ha obtenido con su Discurso de recepción en la Real Academia Española es muy grande para él, pero no lo es menos para la docta corporación que le ha recibido por suyo. ¿Dónde prueba más fehaciente del acierto con que la Academia ha procedido? ¿Qué hombre de edad, si tiene el corazón bien puesto, no verá con gusto que se le haya adelantado en conseguir tan codiciados honores un mozo que tanto vale? ¿Y qué joven de alma noble y desinteresada dejará de sentir satisfacción y orgullo al considerar de qué modo la más antigua de nuesras corporaciones sabias, la que tiene como vinculado el hermoso nombre de *Española,* se complace en llamar á sí á la juventud que lo merece? De mí sé decir que he visto con envidia el brillante Discurso de Menendez Pelayo; mas no con la envidia miserable y rastrera que consiste en dolerse del bien ajeno,

sino con aquella otra que nos hace admirar al envidiado y reconocer humildemente la propia inferioridad. Valera lo ha dicho con la claridad y elegancia con que sabe decirlo todo: "las ideas salen en tropel á buscar á Menendez Pelayo, y la palabra adecuada para expresarlas acude ligera y solícita á su labio ó á su pluma." Conociéndolo bien, ¿cómo no había de afirmar que "a través del conjunto de sus escritos se distingue y señala su persona en la república de las letras, con fisonomía propia y hasta con misión determinada, por donde acaso, en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, llegue á marcar período?

Valera tiene mucha razón: el académico más jóven de cuantos ha habido hasta hoy día, es lo que se llama vulgarmente un pozo de ciencia, sin perder por ello ni el aliento, ni la ingenuidad, ni la frescura, patrimonio de la juventud. Con ser tanto y tan grande el caudal de sus conocimientos, con ser tanta y tan variada su lectura, todo cuanto ha estudiado lo ha dijerido y hecho suyo, ordenándolo, metodizándolo convenientemente, y fecundizándolo además al calor de sus propias ideas. Inteligencia superior, criterio firme y seguro, Menendez Pelayo sabe bien el valor de las cosas, y por qué son buenas ó malas, y cuáles se deben admitir, y cuáles importa desatender. No haya miedo que su espíritu vacile nunca en lo que es esencial y fundamental.

¡Y de un mozo de estas cualidades que hoy residen en tan pocos hombres, se ha dicho con aire de menosprecio, tratando de rectificar nobilísimas palabras del Conde de Cheste en honra de la juventud, que lleva en el alma la levadura de ideas viejas y rancias! ¡Ay del que pretenda ser útil y adquirir renombre como escritor ó poeta, y no lleve en su alma esa levadura! ¿Acaso la suma total del saber humano es cosa nacida, como por generación espontánea, en la época presente? Pues si no lo es, dicho se está que los frutos del saber y experiencia de otros tiempos, depurados en el crisol de los siglos, son los que forman esa levadura de viejas ideas indispensable para labrar la primera masa de nuestros conocimientos, sin la cual. andaríamos á ciegas y nos faltaría punto de apoyo para descubrir ideas nuevas ó comprender y apreciar debidamente las que descubriesen los demás. ¿Qué cosa más vieja que la verdad, que ha sido siempre una misma y nunca dejará de serlo? ¿Ni qué espíritu más bello y lozano que el que se enriquezca y adorne con mayor copia de verdades?

Menendez Pelayo es uno de estos. Porque lo es aun á juicio de sus adversarios, brilla en él sobre todo la hermosa juventud del espíritu engalanada con flores de aromas puros é inextinguibles. A diferencia de los infelices que creen marchar al frente del progreso y figurar entre los más fieles representantes de la civilización, porque han aridecido su alma despojándola de toda santa creencia, dejándose deslumbrar por el oropel de soñadores ó utopistas, amarrándose incons-

cientemente á su carro para ir dando tumbos por el pedregal de los desvaríos que usurpan nombre de ciencia, el nuevo académico marcha con paso firme y penetrante mirada por el sendero de acrisolado saber, no solo apartando desdeñosamente la broza de corrupturas teorías, sino buscando y hallando con luz superior el oro de inmutables verdades, única fuente de progreso legítimo y racional.

MANUEL CAÑETE

IX. CATÓLICOS DE DERECHAS Y DE IZQUIERDAS.

Los de *El Liberal* se toman el desquite azuzando la discordia entre las dos tendencias del catolicismo español con la insinuación maliciosa de una postura alternativa por parte del Vaticano. Este aspecto comprometedor de la jerarquía romana nos brinda la oportunidad de conocer aquellas impresiones intrincadas de ideologías y creencias en torno a la actitud humana de la vida pública.

Ambos [D. Carlos y *El Siglo Futuro*] maliciaron que los de la Unión Católica no iban con buenos fines: doctoraron que no prosperaría la Unión, y el Vaticano vota con *El Siglo Futuro* y con D. Carlos.

Lo sentimos por el Sr. Pidal, por el Sr. Cánovas y por las honradas masas. (*El Liberal*, 16-III-1881).

En medio de este resquemor volvamos a saborear los curiosísimos comentarios que la *Revista Popular*, filial de *El Siglo Futuro*, nos propina con una candidez asombrosa. A pesar de la filiación política de D. Marcelino, los tradicionalistas de Nocedal todavía no se atreven a repudiarle, sino todo lo contrario, como hemos visto.

El domingo 6 del corriente tomó asiento en el sillón de la Academia el joven escritor católico Menéndez Pelayo, a quien ya conocen de vista todos nuestros lectores. Su discurso fue como debía esperarse de tal ingenio, y versó sobre la poesía mística española cabiéndole un buen lugar en él a la catalana y al que es hoy en ella su principal personificación, nuestro insigne Verdaguer. Los periódicos todos vuelven a hacerse lenguas estos días del nuevo académico y de su fenomenal talento. He aquí unos cuantos párrafos recortados de uno de ellos, precisamente el más calificado en el campo racionalista, y por consiguiente el menos sospechoso de entusiasmo por las sanas ideas de nuestro esclarecido escritor:

Nuestros lectores, dice, saben ya quién es Marcelino Menéndez Pelayo.

Porque no hay ya nadie en España que no sepa quién es este verdadero fenómeno literario.

Ayer sólo le conocían los porteros de las Bibliotecas. Hoy le conoce todo el mundo.

Y en honor de la verdad, a excepción del bozo, Menéndez Pelayo no ha cambiado nada desde que es tan conocido.

Su aire, su facha y hasta su traje son los mismos hoy, después de solemnes votaciones en las Cámaras a su favor, después de las reñidas y brillantes oposiciones de la Universidad, después de sus alabanzas cantadas por los sabios y literatos extranjeros y españoles, después de sus triunfos científicos y artísticos en los salones aristocráticos y en los círculos literarios, como ayer cuando sentado en una mala silla, con los pies colgando por no poderlos llegar al suelo con infolios delante y manuscritos detrás, lo olvidaba todo en el rincón de algún Archivo en amoroso coloquio con los ratones y con la polilla.

Y este es el mérito principal de Marcelino.

¡Cosa extraña que el mérito principial de un sabio consista en su ignorancia!

Porque Marcelino, que lo sabe todo, se ignora a sí mismo, lo que para los que sepan que el conocimiento de sí propio es el compendio de la sabiduría, equivale a decir que Marcelino no sabe nada.

¡Ignorancia dichosa! El día en que Menéndez Pelayo se conozca, se estime y se ensalce, el día en que reparando que todos le señalan con el dedo, murmurando "ése es", se señale a sí mismo diciéndose: "yo soy", aquel día Marcelino dejará de ser él para ser otro, como otro fue Adán cuando, después de saberlo todo, quiso saber la ciencia del bien y del mal, que aprendió tan a su propia costa.

Tal es el compendio, y sin hipérbole, la labor de ese niño de veinte años que acaba de ingresar en la Academia. Pero ¿qué hace, sin embargo, ese mozo, os estoy oyendo decir, sumido en ese sillón monumental, y sentado entre el majestuoso coro de esos ancianos venerables?

Sus pies, que apenas han hollado el virgen sendero de su vida se mueven rebeldes a la tranquila quietud a que momentáneamente se les condena; sus manos ociosas se agitan en busca de la pluma; su rostro, apenas sombreado por el bozo de la juventud, afrenta las hondas arrugas que el penoso trabajo y la cansada vejez imprimieron en las venerables frentes de los ancianos que le rodean.

¿Qué hace ahí, pues, ese mozo sentado en el centro de la gloria, en vez de pelear en sus umbrales por la esperanza de conseguir algún día el honor de penetrar en su recinto? ¿Qué hace? Esperad que le interroguen sobre cualquiera cuestión y escuchadle.

Su voz de adolescente vacila, y su lengua nerviosa tropieza en el incesante aluvión de ideas que se agolpan en tropel en su cerebro y en el riquísimo caudal de palabras que se precipita y amontona sobre sus labios; pero no temáis; las edades y los sistemas, los datos de la historia y las razones de la filosofía esperarán su vez, detenidas por la inflexible diestra de la lógica, y ordenados en haces los argumentos, saldrán en vistosa formación y darán irresistibles cargas al error, a la voz de mando de su clarísimo criterio.

Marcelino es católico a lo español, esto es, a macha-martillo; en filosofía es vivista, porque Vives armonizó, combinándolos a Aristóteles y Platón, estudiados en sus fuentes completas y originales; utilizó a San Agustín, a Santo Tomás, y añadió un elemento crítico a este conjunto, sellándolo todo con el sello del genio filosófico del Renacimiento español; y en suma, Marcelino es ultramontano, porque los hechos lo son y siéndolo también sus principios, no halla modo de dejarlo de ser, aunque lo intente; cosa en que por gracia y misericorlia de Dios no ha dado todavía ni espera dar en lo venidero.

Pero es un ultramontanismo especial el ultramontanismo de Marcelino.

La inquisición y el olimpo: he aquí los dos componentes de la civilización para Menéndez Pelayo, o sea el olimpo purificado por la inquisición. Y este Marcelino, más que un pozo de ciencia, antes qu' un monstruo de erudición, es un artista: la luz que irradia la belleza le atrae, lo deslumbra y lo fascina; le asustan las nieblas del error como precursoras de la barbarie destructora del arte y engendradoras de la deformidad y las hogueras del santo oficio, desvaneciendo las tinieblas de la bárbara herejía y reflejando su luz sobre las obras maestras del ingenio humano, constituye para él uno de los más esplendorosos faros de la luz de la civilización en el mar tenebroso de la historia.

La inquisición, a los ojos de Menéndez Pelayo, no defendió menos que la pureza de la fe y que la nacionalidad de la patria, la ciencia, las letras y las artes, de la barbarie del error y del vandalismo de la herejía.

En medio de sus famosos autos de fe, sólo temibles para herejes vulgares y malos clérigos, para brujos y sodomitas, ve atravesar incólume los genios de Sócrates y de Séneça, de Aristóteles y de Platón, no con el sambenito de los relapsos, sino con la toga de los inquisidores, y en aquellos odiados índices ve proscritos los libros que niegan la providencia de Dios y la libertad del alma humana, los tratados de brujería y los de torpe obscenidad, dejando a salvo, propter elegantiam sermonis, los de Homero y de Safo, los de Horacio y Virgilio y toda la docta antigüedad, corona del arte y del saber y prólogo humano del Evangelio. Porque para el genio artístico de Marcelino, la reforma y el libre examen, lejos de ser la emancipación de la razón humana, son una

nueva invasión más de la barbarie del septentrion contra la cultura del mediodía, personificada en el renacimiento español e italiano.

De las brumosas nieblas del Norte, de sus bosque añosos y de sus desiertos de hielo ve venir, como nuevo Atila sobre Roma, al genio maléfico de Lutero, representante de la barbarie germánica, y tras él las hordas de tudescos, la jerga alemanesca, el materialismo y el nihilismo brutal, que sin cesar arrojan aquellas ásperas regiones sobre las playas de oro bañadas por las ondas de plata y azul del mar Mediterráneo, donde entona himnos a la belleza el alegre coro de las islas griegas, y donde Italia canta con voz sonora su genio y su saber, y donde España se viste su armadura mientras apresta las escuadras de su fe, para llevar la civilización al universo mundo.

Por eso, Marcelino, se entusiasma ante el inquisidor que, después de haber pasado la noche entera entre la oración y el estudio de los grandes genios de la antigüdad, vestido con el hábito artístico de la virtud, fulmina en correcto lenguaje el anatema contra el grosero iluminado que, en bárbaro latín excita a licenciosa soldadesca al incendio del templo monumental y de sus artísticas imágenes en aras de un misticismo estrecho y material, destructor de la misericordia divina y de la libertad humana.

Marcelino no oculta sus opiniones; en casa de un opulento banquero israelita defendió la expulsión de los judíos; en un círculo liberal ensalzó la Inquisición; enfrente de los tétricos y cejijuntos krausistas defiende la supremac'a del genio filosófico español; pero como lo hace con autoridad, como lo prueba con razón y lo demuestra don hechos sin mira alguna personal, política o de escuela, nadie lo lleva a mal ni lo censura como falta de cortesía; y aunque al principio lo repugnan acaban todos por rendirle el tributo que merece. (*Revista Popular,* 17-III-1881, págs. 179-180.)

Estas palabras de un buen amigo liberal fueron para D. Marcelino un estímulo en su actitud polémica frente a los liberales extremos en el caso del brindis, al poco tiempo famoso. Nos asombra leer claramente en letras de molde de hace ya muchos años —1881— la misma tesis que nos hemos atrevido a señalar como trasfondo de estos diseños.

Pero sigamos con los textos recortados de la *Revista Popular.*

Crónica general.—Contra la reposición de varios catedráticos racionalista en sus cátedras ha protestado en nombre de la Constitución y del Concordato una parte de la nueva asociación llamada Unión Católica. Firman además esta protesta algunos ilustrísimos prelados, y al frente de ellos el eminentísimo cardenal de Toledo. La misma asociación ha recibido del cardenal Jacobini, en contestación al mensaje

elevado a Su Santidad, pidiéndole la aprobación de sus bases y la bendición para la obra, la siguiente carta que copiamos de los periódicos de Madrid y que va dirigida a su eminencia el Sr. cardenal arzobispo de Toledo. Dice así:

"Eminentísimo y reverendísimo señor:

He recibido con la estimada carta de V. Ema., fecha 13 de febrero último pasado, el mensaje que la acompaña de la junta directiva de la Unión Católica para el Padre Santo, y me he apresurado a ponerlo en sus manos veneradas. No es necesario asegurar a V. Ema. que Su Santidad no podía menos de experimentar la impresión más favorable al conocer cuáles eran los pensamientos que tan notables personajes se proponen llevar a cabo con la nueva sociedad bajo la dirección de V. Ema. y de los demás obispos españoles. Mas antes de emitir juicios sobre asuntos de tanta importancia, anhela el Padre Santo enterarse exactamente de todo lo que se refiere a la Unión Católica, la cual ha llamado ya la atención no sólo en España sino también en otros países.

Al dar a conocer a V. Ema. esta disposición del augusto pontífice, hago votos porque V. Ema., sus colegas y la junta directiva logren con su celo poner en práctica y de manifiesto los designios de la sociedad, conciliándose siempre más el favor de los buenos y la benevolencia de la Sede Apostólica.

Con los sentimientos de mi más profunda veneración, besándole humildemente las manos, me cabe el honor de reiterarme de V. Ema. devotísimo y verdadero servidor.—L. Card. Jacobini.

Roma, 3 de marzo de 1881.—Eminentísimo y reverendísimo señor cardenal arzobispo de Toledo".—(Es copia). (*Revista Popular*, págs. 381-82).

Sigue el problema de la Unión Católica y ese otro espinoso asunto de la reposición de catedráticos. Por fin el Vaticano, como diría *El Liberal*, se manifiesta ante los españoles, ansiosos por saber la actitud pontificia.

Crónica general.—He aquí el rescripto pontificio que de Su Santidad acaba de recibir la nueva asociación Unión Católica recientemente fundada en Madrid; los términos generales con que la aprueba y bendice el Padre común, la colocan desde hoy para nosotros, considerándola como mera asociación religiosa, en el terreno general y común de las demás asociaciones lícitas que para fines religiosos funcionan años hace en nuestra patria, y a ninguna de las cuales hemos negado nuestra humilde cooperación. Aunque no formemos, como no formamos, parte de la presente, secundaremos cuanto bueno emprendan en el orden religioso, objeto único de nuestros trabajos. Dice así el referido rescripto:

"Amados hijos: Salud y apostólica bendición. Con singular complacencia hemos recibido la obsequiosísima carta que nos enviásteis al llegar el día de nuestra exaltación al trono pontificio. En ella nos significáis vuestro designio de crear en España una sociedad a que habéis puesto el nombre de Unión Católica, y de organizarla con el objeto de fomentar los intereses católicos y combatir esforzadamente en defensa de nuestra religión augusta.

Y por cierto nos hemos llenado le gozo al veros, acordándoos de las tradiciones de vuestros mayores, que sobre todo se gloriaban del nombre de católicos, unir vuestras fuerzas y proponeros utilizar todos los medios que permiten las leyes, para defender valerosos a la que es inmaculada esposa de Cristo y madre vuestra amantísima, perseguida y lacerada en todo el orbe.

Estimamos, pues, que de nuestra parte merece recomendarse con peculiar alabanza, el cuidado que os proponéis tener, así de informar en la verdad y en la virtud a la adolescencia, tan acosada en torno por las asechanzas del error y del vicio, como de cultivar el corazón y el entendimiento de los artesanos, cooperar a los fines de los institutos de caridad, difundir escritos y libros ricos en sana doctrina y atender a las necesidades de los obispos y de los párrocos.

Y para que la nueva sociedad no se pierda ni se ofusque en el laberinto de cavilaciones vanas, con excelente acuerdo habéis establecido que la condición precisa e indispensable para el ingreso ha de ser la firme y fiel adhesión a los preceptos y doctrinas propuestos en documentos solemnes de esta Sede Apostólica; y que sean expulsados del número de los socios aquellos que por sus palabras o por sus obras resulte que sinceramente no profesan aquellas doctrinas, o se desvían de tales mandatos.

Sobre todo aprobamos, y esto ha de contribuir sobremanera a la concordia y acrecentamiento de la misma sociedad, que, teniendo, como queréis tener, por presidentes vuestros a los pastores de la Iglesia, sujetéis enteramente a su dirección y consejo todos vuestros proyectos y todos vuestros trabajos. Esta, con efecto, es la institución divina de la Iglesia: que sea propio de los obispos dictar las reglas y preceder en todo con la doctrina y el ejemplo. Es, en cambio, obligación de los fieles seguir las huellas de sus pastores, abrazar con dócil ánimo sus preceptos y mostrarles su amor de hijos, afanándose en obras útiles con asiduidad y eficacia.

Sí, pues, vosotros, sin acepción de personas, os desvivís por obedecer los mandatos y consejos de vuestros prelados,manteniendo concorde el pensamiento y unidos los corazones con estrecho vínculo de caridad, vuestra sociedad, logrando de día en día mayor número de adictos y favorecedores, producirá hermosos y abundantísimos fru-

tos con los cuales será por extremo benemérita de la Iglesia y del Estado mismo.

Con esta esperanza, y presagiándoos de lo hondo de nuestro ánimo tamaño bien, recomendamos eficazmente vuestra empresa, y anhelamos que se lleve pronto a cabo y que ámpliamente se difunda.

Y a fin de que Dios clementísimo otorgue a vuestros propósitos el incremento deseado, le pedimos cordialmente que sobre vuestra sociedad derrame copia de celestiales dones; y a vosotros amados hijos, y a todos aquellos que en lo sucesivo con vosotros se asociaren, enviamos amantísimamente nuestra apostólica bendición, nuncio del favor divino y prenda de nuestra benevolencia paternal.

Dado en Roma, en San Pedro, a los 19 de marzo de 1881; año IV de nuestro pontificado. *León Papa XIII.*

A los amados hijos conde de Orgaz y demás individuos del supremo Consejo de la Asociación española denominada Unión Católica en Madrid". (*Revista popular,* 24 de marzo de 1881).

Terminemos estos días de marzo con las crónicas políticas de la *Revista de Madrid,* por D. Alejandro Pidal y Mon, n.° 6, vol. I, 1881, págs. 291-297 y la contestación de León XIII al mensaje que le dirigió la Unión Católica (en id. id., págs. 298-300).

X. PREMEDITACIÓN DE UN BRINDIS.

A primeros de abril vemos a Menéndez Pelayo iniciar una de sus actividades más llamativas en esta su época de epifanía. Son las conferencias sobre Calderón. Por los textos podrá observarse la exactitud de lo que en otro artículo de este mismo *Boletín* sostuve hace algún tiempo. Las conferencias sobre Calderón de la Barca no fueron pronunciadas y escritas después del brindis, en el último trimestre del año, como los biógrafos de D. Marcelino han dicho hasta ahora, sino en el mes de abril, cuando además se hizo la primera edición en fascículos sueltos. Más tarde, eso sí, se reeditó en un solo volumen. Hemos de hacer notar que el texto que ofrecemos pertenece a una publicación prácticamente desconocida. Se trata del *Boletín de la Unión Católica.* Era representación oficial de la Unión Católica y a quien desee conocer plenamente todos los detalles de esta asociación, fácil le será repasando sus breves números.

Conferencias del Sr. Menéndez Pelayo.—El joven académico, cuyo nombre dispensa ya de todo elogio, ha inaugurado en el local de la Unión Católica, por encargo de la Sección de Literatura y Ciencias de que es Secretario, una serie de conferencias sobre Calderón y su teatro, que serán publicadas conforme se vayan pronunciando. Las tres primeras que han sobrepujado por el saber y la novedad de su crítica a cuanto pudiera esperarse de su autor, han versado sucesivamente sobre los críticos de Calderón, sobre el hombre, la sociedad y el arte dramático en su tiempo y sobre los autos sacramentales. En la próxima, se ocupará en el examen de los dramas religiosos de Calderón, comparándolos con los demás de este género de nuestro teatro y de los extranjeros.

Las conferencias, tomadas taquigráficamente, se pondrán a la venta separadamente, hallándose en prensa las dos primeras. (*Boletín de la Unión Católica,* n.º 1-3, págs. 97-98, enero-marzo, 1881).

El Fénix también nos relata esos triunfos caseros de D. Marcelino disertando sobre Calderón.

Ayer noche dio su segunda conferencia sobre Calderón, en las habitaciones donde tiene establecida su secretaría la Unión Católica, el señor Menéndez Pelayo. La concurrencia era todo lo numerosa que permitía la angustia del local, pero en cambio era escogidísima.

Durante hora y media y sin que pudieran seguirle los taquígrafos, estuvo vertiendo el prodigioso joven doctrina y erudición acerca de lo poco que se sabe de la vida del gran dramaturgo, de las costumbres y espíritu de su tiempo, del estado del teatro por aquel entonces, reservando para sucesivas conferencias el examen crítico de sus obras.

El público inteligente que le oía, estuvo literalmente suspendido de sus labios, admirando tan portentoso caudal de conocimientos y tan segura y meditada crítica, en edad en que los demás hombres empiezan a saber algo y formar ideas.

Los amantes de las buenas letras tendrán una satisfacción al saber que las conferencias del señor Menéndez Pelayo se publicarán a su tiempo. (*El Fénix,* 5-IV-1881).

Pidal y Mon nos mantiene al tanto de aquellas politiquerías haciendo gestos de hombre bueno. (Vide *Revista de Madrid,* n.º 7, vol. I, 1881, págs. 347-351).

Los de *El Liberal* no ceden en su intento de renovar las disensiones católicas y su gozo ante la incertidumbre curial eclesiástica.

Los partidarios del antiguo régimen despótico e intolerante de la unidad religiosa y el absolutismo político, divididos en dos grandes fracciones: la de los ultramontanos y la de los legitimistas.

La división es más honda de de lo que a primera vista pudiera creerse y tiene su raíz en el Vaticano.

La división ha nacido de la situación en que se encuentra el papado desde que lo ocupa el actual Pontífice.

Pío IX formaba causa común con todos los soberanos a quienes sus pueblos han negado obediencia.

León XIII es un hombre de nuestros tiempos..., piensa que conviene más a la tranquilidad de la Iglesia aceptar los hechos consumados.

Los más, opinan todavía como pensaba Pío IX. Los menos, siguen a León XIII.

Entre nosotros la han planteado con motivo de la organización de la Unión Católica.

La Iglesia, dicen los legitimistas, es un carro triunfal en torno del que se deben agrupar todas las banderas de la legitimidad para conspirar al restablecimiento de los reyes destronados.

Los ultramontanos... dicen que a la religión le son indiferentes todas las formas de gobierno y cualesquiera que sea el régimen o el partido que gobierne el país, puede trabajarse porque favorezca los intereses de la Iglesia.

Que es León XIII quien apoye a los ultramontanos puros, no puede ponerse en duda.

Los legitimistas lo han comprendido así y empiezan a dirigir sus tiros al Papa mismo... (*El Liberal*, 6-IV-1881).

El Fénix se siente feliz con aquellas tertulias intelectuales que habrían de convertirse primero en círculos de la Unión Católica y, lo que es más asombroso, en estudios superiores a finales de año, como un preludio enamorado de la universidad católica en ciernes. No se les puede negar a estos hombres de la restauración cierto don de profecía. Sinceramente, esta idea fue una de las más íntimas de D. Marcelino.

Anoche dio su cuarta conferencia sobre Calderón el eminente académico Sr. Menéndez Pelayo, secretario de la Sección de Literatura y Ciencias de la misma.

Entre los numerosos concurrentes que acudieron a oír las eruditas explicaciones del sabio profesor, los había pertenecientes a todas las clases sociales...

Esto hace esperar que las sesiones del naciente Círculo Católico

se inaugurarán solemnemente el sábado próximo, crecerán cada día en interés... (*El Fénix*, 19-IV-1881).

Los lauros de poeta también abrían la frente asombrada de don Marcelino.

El egregio y eminente Sr. Menéndez Pelayo, en cuya frente juvenil lucen ya tantos laureles, leyó también una poesía titulada "La Galerna del Sábado Santo". (*El Fénix*, 25-IV-1881).

Pidal y Mon carga con los sonrojos que *El Liberal* acentúa sobre los de la Unión. (Vide *Revista de Madrid*, n.º 8, vol. I, 1881, págs. 393-399).

XI. LOS EXTREMISTAS LIBERALES

Si en el mes de abril se plantean las cuestiones de modo muy definitivo, en mayo este proceso de políticas y creencias se entrecruza y estalla aparatosamente. La Unión Católica había logrado el reconocimiento de la jerarquía católica. Los tradicionalistas del señor Nocedal meditaban los gestos amanerados del señor Pidal. Don Marcelino hacía como punto de apoyo en el balancín. Todos le estimaban y se deshacían en alabanzas y ditirambos. Un puesto en la Academia era demasiado para no cubrirle generosamente; sus conferencias eran de un sabor ultramontano subidísimo. Sólo los liberales se encontraban incómodos y desazonados. Un decreto de reposición era el mejor desquite contra la política de Cánovas; sólo que aquellos ultramontanos se inquietaban en demasía. Calderón pudiera haber sido un buen estandarte para la intransigencia, pero ellos se las apañaron para cubrirle con las galas de un gobierno tal como el de Sagasta. D. Marcelino Menéndez Pelayo hizo de D. Quijote rompiendo lanzas, decidido por todos los ultramontanos, integristas y moderados, y casi lograron ponerse de acuerdo. La discrepancia subsistía y de ello se dan buena cuenta los de *El Liberal*, y a su modo les echan el humo a su propio fuego. Insiste sobre el carácter peligrosamente liberal de la Unión Católica, él, precisamente, que era liberal por denominación, pero tampoco ellos, los liberales, querían mestizos.

A las asociaciones católicas de Roma les "exhorta" Su Santidad a que tomen parte en los trabajos electorales.

Y figúrese *El Siglo Futuro* todos los regocijos del partido canovista-pidalista, si la Unión Católica de Madrid recibe una exhortación para que "presente candidaturas en las elecciones municipales y legislativas". (*El Liberal*, 27-IV-1881).

Nosotros no hemos medrado a costa de los curas y de los frailes, como algunos amigos de *El Fénix* tienen en la Unión Católica.

Nosotros somos los que éramos antes, y *El Fénix* no. *El Fénix* fue liberal... Después le dejaron cesante y cuando se quedó sin destino cayó en la cuenta de que los liberales son enemigos de la Iglesia.

El programa del Sr. Pidal y la política de la España del Sr. Pidal, triunfando en toda la línea... (*El Liberal*, 28-IV-1881).

En la Unión Católica estuvo representado el partido liberal-conservador...

Ahora bien. ¿Entiende *La Fe* que la política liberal-conservadora está en armonía y se conforma con las declaraciones del *Syllabus?* (*El Liberal*, 4-V-1881).

Don Marcelino sigue inmutable sus conferencias sobre Calderón, que publica sueltas para sus admiradores.

En elegantes folletos se han publicado la primera y segunda conferencia del Sr. Menéndez Pelayo acerca de Calderón de la Barca. Con la publicación de estas conferencias, las personas que no hayan oído en la Unión Católica al eminente académico, pueden aprovecharse de sus vastos estudios sobre el insigne poeta. (*El Fénix*, 11-V-1881).

Continúan los comentarios de Pidal y Mon sobre los temas de actualidad un tanto movedizos, llenos de picardía para las honradas masas. (Vide *Revista de Madrid*, n.º 9, vol. I, 1881, págs. 443-452).

Por fin, claro y en castellano, *El Liberal* se desahoga contra don Marcelino por su intransigente y retrógrada actitud. ¡No admitir a los grandes pensadores del liberalismo en la suprema cátedra de la sabiduría española!

Ha sorprendido a varios colegas que los catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras, señores Orti y Lara y Menéndez Pelayo hayan votado contra el acuerdo ya adoptado de manifestar a los catedráticos repuestos la satisfacción de la Facultad por su vuelta al profesorado.

A pensadores como los rechazados por el Sr. Menéndez Pelayo deba éste una buena parte de su precoz encumbramiento.

La ingratitud es virtud de los príncipes, se ha dicho más de una vez.

Y de los ultramontanos, se añadirá en lo sucesivo. (*El Liberal*, 15-V-1881).

Ante esta desenfadada agresión de *El Liberal*, *El Fénix* les contesta que no existe tal ingratitud en el rotundo no de D. Marcelino.

Dice *El Liberal*: (texto 16 mayo).

"Completamente autorizados para ello, podemos declarar que en la Universidad no se ha celebrado junta ni tampoco acuerdo alguno para felicitar a los catedráticos separados y que vuelven hoy a sus cátedras".

Y es lástima que tal cuestión no se haya tratado, porque también podemos asegurar que no hubieran sido sólos los señores Orti y Lara y Menéndez Pelayo en votar en contra de semejante felicitación, sino que alguien más les hubiera seguido, cumpliendo todos ellos con su deber de buenos católicos y de amantes de la verdadera cultura de España, para la cual es calamidad insigne la vuelta de esos que *El Liberal* llama pensadores.

En cuanto a la ingratitud del Sr. Menéndez Pelayo de que tanto se lamenta el colega, sólo diremos que ese "su precoz encumbramiento" (que por cierto no es para dar celos a ningún redactor de *El Liberal*), se reduce a una cátedra ganada en pública oposición, sin que ninguno de esos señores fuera juez suyo

Y aun podemos afirmar que, ellos y sus amigos, lejos de ayudar al Sr. Menéndez Pelayo, le pusieron todo género de estorbos y piedras en su camino.

Además, ni aun de vista conoce el Sr. Menéndez a la mayor parte de "esos pensadores", excepto dos que fueron catedráticos suyos y de los cuales no conserva ciertamente motivo particular de agradecimiento. Uno de ellos fue (según voz pública y notoria) el único académico de la Española que le negó su sufragio.

Y por remate de todo, conocemos bastante al Sr. Menéndez Pelayo para creer que, aun siendo amigos suyos los expulsos, hubiera votado una y cien veces contra ellos, porque sobre todas las amistades del mundo está la conciencia y están los fueros de la religión y de la justicia. (*El Fénix*, 17-V-1881).

No falta pieza en esta curiosísima polémica. Cada frase tiene su cumplida respuesta, y por eso *El Liberal* machaca encima de las pia-

dosas páginas de *El Fénix* estas sarcásticas chanzas sobre la presunta beatería de D. Marcelino.

> La conciencia de los ultramontanos es como el cauchout, susceptible de todo acomodamiento.
>
> No ha votado el Sr. Menéndez Pelayo contra los profesores restituídos a sus cátedras, dice *El Fénix,* porque no se ha reunido la Facultad para tomar el acuerdo que inexactamente publicaron varios colegas, pero si llegara el caso, votaría en ese sentido, a pesar de haber tenido a dos de ellos como catedráticos, porque la conciencia está por encima de todas las amistades y respetos.
>
> Buenas conciencias son esas que solicitan el amparo y la protección de los liberales para solicitar medros, que jamás logró el mérito, sino acompañado de la autoridad y de los años.
>
> Y puesto que *El Fénix* atribuye al Sr. Menéndez Pelayo el propósito inquebrantable de votar siempre contra la amistad, la ciencia y el mérito, si se presenta enfrente de la religión, sepan los padres que mandan sus hijos a la Universidad Central que cuando ese señor constituya parte de un tribunal no aprobará a ningún alumno si antes no ha tranquilizado la conciencia del juez con un acto de fe católica.
>
> Déjense, pues, de Historias críticas de la literatura y tengan ya por sabido que tras una papeleta de comunión mensual puede fácilmente hallarse una nota sobresaliente. (*El Liberal*, 18-V-1881).

Por fin se olvidan de estos incidentes, y *El Fénix* prosigue feliz con los triunfos poéticos de su admirado Menéndez Pelayo.

> Al Sr. Fernández Guerra sucedió el Sr. Menéndez Pelayo, que recitó de memoria una de sus mejores poesías, que parece escrita por Virgilio. (*El Fénix*, 21-V- 1881).

XII. EL BRINDIS.

En víspera del brindis los comentarios de D. Alejandro se mantienen pacíficos. (Vide *Revista de Madrid*, n.º 10, vol. I, 1881, páginas 503-510).

Por fin, el brindis. No insistiremos sobre el tema a no ser hilvanando estos pasajes por el capricho de releer las discordias de nuestros animadísimos abuelos. El primer informe es de *El Liberal.*

Después de este brindis de unión y de concordia, se levantó el señor Menéndez Pelayo y pronunció entre otras cosas las siguientes frases:

(Texto del brindis).

Declaraciones tan inoportunas e inconvenientes desde el punto de vista nacional, tan groseras en un festín dado en favor de extranjeros, entre los que asistían alemanes y portugueses, fueron recibidas primero con asombro, después con interrupciones, gritos de protesta y con pruebas de marcado disgusto de todos los asistentes, que veían por tan intempestiva e intemperante manera interrumpido el concierto armonioso de la unión y cortesía hasta entonces reinantes.

Bien quisieron muchos de los presentes, Srs. Merelo, Chamorro, poner un correctivo a aquellas palabras inspiradas sin duda, por un desatentado afán de notoriedad y de escándalo.

El acto, pues, terminó en medio de animadas conversaciones, en que casi todos se esforzaban en deshacer ante los catedráticos extranjeros la mala impresión que las descorteses palabras del Sr. Menéndez Pelayo pudieran haberles causado, y en criticar la intransigencia e intemperancia de este señor al traer cuestiones tan vetustas y ajenas al lugar y objeto de la reunión. (*El Liberal,* 31-V-1881).

El Fénix contesta directamente a *El Globo* con palabras duras y reconciliables. Menéndez Pelayo era un héroe indiscutible.

Insiste *El Globo* en renovar el asunto del Sr. Menéndez Pelayo y consagra a su brindis reflexiones campanudas...

El Sr. Menéndez Pelayo español y patriota como ninguno, oyó con amargura tan imprudente discurso y sólo a la excitación de los concurrentes se decidió a pronunciar algunas palabras en son de protesta contra el brindis enunciado, expresando el concepto de la civilización católica que se ha conmemorado estos días, tal y como puede y debe expresarlo un católico.

Un periódico titulado *La Prensa Moderna* y que en efecto justifica su título, escribe ayer a propósito del brindis del Sr. Menéndez Pelayo: (Inserta el texto y añade *El Fénix*:)

Harto, se conoce que el Sr. Menéndez Pelayo dio donde los duele a los simios científicos, según exprimen el magín para abortar chistes insulsos...

Gracias a Menéndez Pelayo ese Sr. Magnaval, que ha venido a España a profanar las glorias de Calderón, queriéndole barajar con los de M. Ferry, cuando vuelva a París puede decirle a su patrón que hay todavía en España profesores que saben historia y otra porción de cosas... (*El Fénix,* 1-VI-1881).

El Liberal tampoco replica a *El Fénix,* sino a *El Cronista.* Es un buen pugilato de indirectas.

> Si el señor Menéndez Pelayo dio una pitada defendiendo la inquisición y excomulgando a Calderón de la Barca, hay que disculparle, según el cronista, por estas peregrinas razones.
>
> Entiende poco el comercio de la vida...
>
> Esto no lo ha aceptado nadie como buenos oficios, sino los conservadores. Ellos armaron todos esos enredos en la Academia y en las Cortes.
>
> Pero después de todo, si el Sr. Menéndez Pelayo no es un hombre, ni entiende de formas y deberes sociales, debe estarse en su casa aprendiendo todas esas cosas que según el cronista ignora. (*El Liberal,* 2-VI-1881).

Otra vez *El Fénix* en indirectas rechaza las descortesías de don Marcelino y propina un mandoble a izquierda y a derecha.

> Los periódicos liberales alteran lastimosamente el brindis del señor Menéndez Pelayo y hacen consistir la cuestión en si faltó o no faltó a los deberes de cortesía. No es eso sólo lo que escuece a los periódicos liberalastros, sino que el Sr. Menéndez Pelayo dio a los librepensadores donde les duele.
>
> En el *Boletín de la Librería Católica Internacional* de los señores G. Tejado y Compañía, al anunciar las conferencias sobre Calderón de la Barca, del señor Menéndez Pelayo, se afecta omitir puerilmente el nombre de la Unión Católica y en vez de decir que estas conferencias se están dando, como anuncia el título de cada una de ellas, en el Círculo de la Unión Católica, se dice que se dan "en un Círculo de Madrid".
>
> ¡Pequeñeces de hombres grandes! (*El Fénix,* 2-VI-1881).

Más sobre *El Globo.* Había que hablar, y mucho, pues no es nada tolerable que se trate de descortesías e improvisados arrebatos. Ciertamente tenía más que calculado el contenido de su ímpetu con espuma y todo sobre los despavoridos comensales del Buen Retiro. Léanse las conferencias sobre Calderón. Compárense textos y se verá lo premeditado de una monarquía democrática, de un germanismo bárbaro, de un latinismo culto, hasta las molestas reticencias de un iberísmo separatista. Todo eso ya estaba pensado.

> ¿De dónde saca *El Globo* que nuestro amigo el Sr. Menéndez Pelayo se dejó llevar de un arrebato injustificable? El Sr. Menéndez Pelayo

habló en el banquete del Retiro con perfecta calma, con perfecto conocimiento de lo que hacía, sustentando opiniones que profesa, que está dispuesto a sustentar y defender en la tribuna y en la prensa, en todo lugar donde juzgue necesario enunciarlas.

En *El Correo Catalán* vemos con gran satisfacción que allí se rinde tributo al saber y al valor con que da testimonio de su ciencia y de su fe el Sr. Menéndez Pelayo.

Desde que nació la Unión Católica, el ilustrado catedrático es uno de sus miembros, y de aquí que nos doliera verle, en unión con tantas otras dignísimas personas, hechos blanco de los ataques de *El Correo Catalán,* en otro tiempo eco de *El Siglo Futuro.*

Merece nuestros plácemes lo que ahora hace *El Correo Catalán,* que verá satisfechos sus deseos al saber que los católicos hoy representados por una asociación que preside el episcopado español, ha resuelto dar una prueba de su justo agradecimiento al sabio catedrático. (*El Fénix,* 4-VI-1881).

El Liberal no se resigna a silenciar la cuestión sin pedradas muy bien medidas. No podemos dejar de hacer hincapié sobre ese sentido de profecía en las palabras amargas de los pesarosos liberales.

Hace algún tiempo que es menos viva la campaña entre los partidarios de la Unión Católica y sus contradictores.

La Unión Católica, pues, es una sociedad formada, hoy por hoy, por el alto clero y los ultramontanos acomodaticios, para ir nutriendo y engrosando la conspiración, que ha de estallar cuando la opinión llegue por cualquier medio al poder aquí.

Está dispuesta a combatir sin piedad ni cuartel a los demócratas el día que la democracia impere.

Los socios de la Unión Católica han abierto una suscripción con objeto de hacer un regalo al Sr. Menéndez Pelayo, que le sea mientras viva testimonio de los sentimientos que ha despertado en todos los corazones católicos y amantes de las glorias patrias su imprudente brindis.

Bien hecho.

Compárese nuestra conducta con la de los ultramontanos. Nosotros abrimos una sucripción para honrar a un autor dramático eminente y los ultramontanos se escandalizan.

Los ultramontanos abren una suscripción para que no se olvide nunca una osadía del chiquitín de la casa y nosotros aplaudimos.

Si quieren más, es avaricia. (*El Liberal,* 5-VI-1881).

El Fénix, que va quedando solo en el campo, amontona sus comentarios sobre el indiscutible revuelo de D. Marcelino.

El brindis del Sr. Menéndez Pelayo ha removido el limo revolucionario, pero, en cambio, está suscitando magníficas adhesiones, ecos elocuentes que han de servirle de gran consuelo y darle fuerza para soportar las injustísimas agresiones de que está siendo blanco por parte de los enemigos declarados de la verdad. [Textos de los obispos de Santander y León]

Asuntos de más alto interés nos han obligado a pasar por alto en estos últimos días un pobre y rebuscadísimo desahogo que ha salido a la luz en la *Correspondencia Ilustrada* contra el Sr. Menéndez Pelayo. fue convidado a pagar su cubierto, como los demás profesores asistentes.

Aunque de buenas formas y en términos prudentes, *El Imparcial* se cree también obligado a reconvenir al Sr. Menéndez Pelayo, y supone que no mostró éste mucho agradecimiento, ofendiendo las ideas de los que le convidaron al famoso banquete.

En primer lugar, y según nuestras noticias, el Sr. Menéndez Pelayo
[*El D. Quijote del neo-catolicismo*]
(*El Fénix*, 6-VI-1881).

No sólo sus amigos incondicionales, sino hasta sus medios amigos, los del señor Nocedal, escribieron entusiasmados ante el arrojo y entereza de nuestro paisano.

Ante los ojos atónitos de los tradicionalistas, aparece al día siguiente y en letras de molde, una serie de preguntas a cual más enredosas para los «no mestizos».

Un respetable suscriptor de Madrid nos dirige la siguiente carta:

"Leo los elogios (esta vez justos) que *El Siglo Futuro* tributa al señor Menéndez Pelayo por su valeroso brindis. Recuerdo que no hace mucho tiempo intentó el mismo periódico hacer suyo al sabio catedrático por medio de esos argumentos artificiosos de que hace uso y abuso diariamente.

Sin embargo, el Sr. Menéndez Pelayo es miembro de la Unión Católica, en ella ha hecho eco con frecuencia su sabia y elocuente voz, está con ella de corazón y de mente y hace tres días, cuando tuvo necesidad de desahogar su espíritu aflijido por los indignos ataques de que había sido objeto, allí fue, en el Círculo de la Unión Católica entre sus amigos, donde afirmó todos los principios y las ideas que había sustentado en el banquete de los catedráticos. De paso, el Sr. Menéndez Pelayo, que sabe, como suele decirse, poner los puntos sobre las íes, explicó los principios en que se informa la Unión Católica en términos de la más calurosa y entusiasta adhesión.

Lo cual quiere decir que al Sr. Menéndez Pelayo le cogen de lleno, como a todos los miembros de la Unión Católica, los denigrantes

calificativos con que diariamente nos obsequia *El Siglo Futuro*. El señor Menéndez Pelayo es un "afin", un "oportunista", un "católico-liberal" para decirlo de una vez.

De modo que si mañana los electores católicos tuvieran que nombrar diputado al Sr. Menéndez Pelayo (yo aplaudiría a dos manos, y se me figura que conmigo todos los que tienen amor a Dios, a España y a la ciencia de verdad) veríamos a *El Siglo Futuro* haciéndole guerra sin cuartel, a no ser que sus propias declaraciones, que pretende sean obligatorias e indiscutibles para todos los "católicos íntegros", únicamente para él sean letra muerta. (*El Fénix*, 8-VI-1881).

Todo ello tenía demasiada malicia para los suspicaces seguidores de Nocedal. Aquí tenemos sin querer el comienzo de un final muy amargo para la historia del catolicismo español. Casi podemos comenzar a llamar por su nombre el odio incontenido, los recelos infundados, el insulto, y, por qué no, la calumnia brutal de unos católicos contra otros y entre éstos D. Marcelino Menéndez Pelayo, acusado de «mestizo-católico-liberal y masón empedernido». ¡A tanto llegan las pasiones en la vida política de los hombres!

El Correo Catalán dice:

"Su extrañeza porque hayamos ensalzado el acto del Sr. Menéndez Pelayo es sólo un pretexto... porque nunca la pasión nos ha impedido hacer justicia a las acciones nobles y santas de quienquiera que las haya practicado, mucho más tratándose de un amigo tan ilustrado y tan heroico, que supo reducir a su verdadero terreno una manifestación explotada por el liberalismo..." (*El Fénix*, 9-VI-1881).

No sólo es este texto. Leamos esta otra condenación implícita, que los tradicionalistas de Nocedal, los íntegros, lanzaron contra los mestizos de Pidal y Mon, por ejemplo D. Marcelino.

El catolicismo del Sr. Menéndez Pelayo no le huele bien, no es para él un catolicismo íntegro...

La interpretación más benévola que se puede dar a estas palabras es que todos los que componemos la Unión Católica somos herejes... (*El Fénix*, 11-VI-1881).

Las crónicas de la *Revista de Madrid* son siempre el colofón de estas divagaciones. (N.° 11, vol. I, 1881, págs. 550-554). Y los comentarios al brindis del Retiro en el mismo número (págs. 555-560).

En este, como hemos dicho, colofón, preludio de peores tiempos, tenemos un poco de todo. La *Revista Popular* tiene también su grato recuerdo para D. Marcelino.

Punto final.—Lo ha sido de las fiestas del Centenario de Calderón, el brindis católico de Menéndez Pelayo. Y decimos punto final, porque tras esta enérgica protesta del joven y esclarecido catedrático, verdadera personificación del espíritu genuinamente nacional, en oposición de la corriente francmasónica que ha dominado en casi todos los actos de dichas fiestas, ya nada le queda que añadir por parte nuestra a tan valiosa protesta, ni le queda nada que hacer a la impiedad sino retorcerse de ira y desatarse en denuestos e improperios contra ella. Dejémoslo referir a nuestro buen compañero de Madrid *El Siglo Futuro*.

El Sr. Menéndez Pelayo, dice, recibió una invitación para que fuese a obsequiar con sus compañeros de Universidad a los catedráticos extranjeros que han venido al Centenario:

"Cogióle de buen humor la invitación al señor Menéndez Pelayo, y fue a ver qué pasaba en la casa persa del Retiro, donde se celebró el festín.

"A los postres empezaron los brindis, y excusamos decir a nuestros lectores lo que con motivo de Calderón se le ocurriría decir a la flor y nata de la ciencia... krausista, positivista y liberal.

"Oíalo pacientemente el Sr. Menéndez Pelayo, y cuando empezaba a pensar que ya era cosa de levantarse a confesar a Jesucristo, comenzaron a llover sobre él alusiones, y, en fin, se oyeron voces pidiendo que hablase.

"Levantóse entonces el Sr. Menéndez Pelayo y habló con noble y cristiana elocuencia.

"Los asistentes, liberales todos, que tienen por base y fundamento de sus doctrinas el respeto a todas las opiniones, que además estaban reunidos en *fraternal* banquete, no pudieron resistir el sonido de la santa verdad. Y al ver que las creencias, las doctrinas y los sentimientos de Calderón tomaban cuerpo y vida entre ellos, en la elocuente peroración, gritaron, chillaron, silbaron con furia y descortesía verdaderamente liberales.

"El Sr. Menéndez Pelayo, animado con los estímulos, fue mejorando y acentuando el discurso, con enérgica voz y fácil palabra, de la siguiente manera: [Texto del brindis]

Después de esto, sólo nos resta a nosotros exclamar: ¡Vengan fiestas francmasónicas, con tal que tengamos en reserva un Menéndez Pelayo para ponerles el debido comentario! ¡Este rasgo es digno del esclarecido joven que ante todo el racionalismo sabio de Madrid em-

pezó su acto de brillante oposición profesoral haciendo humildemente la señal de la cruz! F. S. y S. *Revista Popular*, 20-VI-1881, (páginas 376-378.)

Los de *El Liberal* usan su tono. Les habían dolido en demasía los fervores inquisitoriales frente a los rehabilitados.

La libertad de Enseñanza.

Los profesores liberales arrojados de la Universidad; los textos liberales proscriptos de la Universidad; los alumnos liberales postergados en la Universidad..., y el Sr. Menéndez Pelayo entrando en ella merced a una serie de actos de favoritismo y de privilegio, esa ha sido la libertad de enseñanza de que gozábamos en 1875-1881. (*El Liberal*, 24-VI-1881).

Para que esto no nos acabe de amargar, *El Fénix* nos regala un eco de sus tertulias, llenas de «heterodoxos y de sabios».

El Sr. Menéndez Pelayo, a petición de sus amigos y con oportunidad que no hay necesidad de encarecer, leyó uno de los capítulos de su magnífica *Historia de los Heterodoxos*, que trata de la expulsión de los judíos, demostrando de una manera que no admite refutación, que aquella medida obedeció a una necesidad política y social de primer orden.

En la obra de los *Heterodoxos* quedan reducidas a la nada todas las huecas declamaciones sobre la expulsión de los judíos, que en estos últimos días ha sacado a relucir cierta prensa, y el público que asistió anoche a la velada del Círculo Católico agradeció con sus aplausos la oportuna idea del sabio catedrático que Dante llamaría: Maestro dei color che sanno. (*El Fénix*, 25-VI-1881).

Pero las alternativas forman ley en las alabanzas humanas, y *El Liberal* se lamenta también de cosas.

El Sr. Menéndez Pelayo, en un artículo que ha publcado recientemente en la *Revista de Madrid*, lamenta que nuestros tiempos sean tan miserables.

Nunca lamentará tanto como las personas sensatas lamentan que en estos tiempos sea el Sr. Menéndez Pelayo académico. (*El Liberal*, 26-VI-1881).

Mientras tanto no faltan tampoco las Misceláneas de la *Revista de Madrid*. (En la del n.º 12, vol. I, 1881, págs. 610-612, se inserta la

felicitación a Menéndez Pelayo del obispo de Segorbe y la de los estudiantes de Santiago de Compostela).

Uno de los textos más amargos tal vez sea este de *El Liberal*. No sin cierto estupor se leen estas palabras llenas de resentimiento y mal humor.

> Cuenta un periódico que después de una aguda enfermedad quedó completamente idiota un desgraciado joven. Pero lo raro del caso consiste en que a pesar de la completa extinción de sus facultades mentales, goza de una memoria tan admirable que puede repetir, palabra por palabra cualquier discurso o poesía, con sólo oírlo una vez.
>
> *El Estandarte* pide un asiento en la Academia para ese joven, en atención a que no han tenido otros más méritos.
>
> ¿Lo dice el apreciable colega señalando a Menéndez Pelayo? (*El Liberal*, 31-VI-1881).

Sería un tanto desabrido terminar con este agrio comentario de los liberales intransigentes. En el *Boletín de la Unión Católica* se refleja aquella su ilusionada actividad de conferenciante, un Menéndez Pelayo iniciador y gozoso.

> *Lecciones del señor Menéndez Pelayo.*—El joven e ilustre catedrático de la Universidad Central ha terminado ya las conferencias que sobre Calderón y su teatro se propuso dar en el Círculo Católico: ocho han sido las noches empleadas en ellas, y no es posible decir cuál admiró más a sus oyentes por el prodigio de memoria, de erudición y de buena crítica con que trató los ocho aspectos de la vida dramática de Calderón de la Barca.
>
> Versó la primera sobre Calderón y sus críticos; la segunda, sobre el hombre, la época y el arte; la tercera, sobre autos sacramentales; la cuarta, sobre dramas religiosos; la quinta, sobre dramas filosóficos; la sexta, sobre dramas trágicos; la séptima, sobre comedias de capa y espada y géneros inferiores; y la octava fue un resumen y síntesis. Innecesario será añadir que el público le demostró constantemente su entusiasmo, y vivamente desea que el próximo invierno se repitan veladas tan interesantes como instructivas. (*Boletín de la Unión Católica*, n.º 4-6, pág. 158, abril-junio, 1881.

XIII. HACIA POSICIONES PROPIAS.

La situación de D. Marcelino al mediar en estas escaramuzas políticas va tomando un carácter cada vez más personal y comprometedor. Poco a poco su figura intelectual se impone, tal vez en demasía

para ciertos amigos del Círculo. Aquel recién salido académico, catedrático de pocos años, protegido casi imberbe, se siente hombre, seguro de sí, firme en posiciones propias.

Frente a los liberales extremistas mantiene una actitud irreconciliable. Niega la confesionalidad de la ciencia, cuando se trata de educar; y sin embargo habla y sueña con la universidad libre sin trabas inútiles, sin intrusismos políticos, generosa en opiniones libres, sin exclusivismos personales, ni prejuicios interesados. Menéndez Pelayo no renunció jamás a su libertad científica. He aquí una de las claves de su pensamiento amplio; la fecunda libertad de un humanismo cristiano. No es fácil conciliar estas ideas, un tanto complejas, con mentalidades tan extremas como las de aquellos liberales y tradicionalistas sin quicio. Para los liberales no cabía otra solución que la total restricción de toda traba tradicional que limitara la espontánea intervención de los ciudadanos en la vida pública de la nación. Esto suponía suprimir toda clase de privilegios y someter a la ley inapelable de una constitución democrática toda institución o compromiso. El catolicismo no podía trascender de una simple institución más o menos privada, sin privilegios ni excepciones. Cada cual vivía su vida, siempre que públicamente fuera un perfecto caballero. Ni religión, ni sangre podrían dotar de apellidos mayores.

Menéndez Pelayo no era hombre de privilegios. De origen sencillo, sin pretensiones de caudillaje, sólo amaba la tradición cultural y religiosa de su raza. Por eso no admitía un liberalismo que rebajara la religión a institución privada y en paridad a cualquier otra confesión falsa. Más aún, él, como español, creía en un patrimonio nacionalista de cultura e historia que nos condicionaba inexorable a la tradición de un pueblo. Por todo esto le resultaba inconcebible un sistema político que prescindiera de esos principios en su labor científica y formativa. Rechazar el mantenimiento de una cultura nacional era un suicidio inaceptable.

Lo que no podemos olvidar, al mismo tiempo, es que Menéndez Pelayo rechazaba igualmente una descalificada y embrutecedora intransigencia absolutista, sobre cuestiones y opiniones humanas donde sólo cabe la tradición de la liberalidad. El absolutismo de las facciones tradicionalistas le molestaba, pues hacía de su posición algo ambivalente y escurridizo, complicándolo en demasía.

Menéndez Pelayo había escrito, hacía bastante, contra la inoportuna intervención de los agentes de la inquisición española por esa ínfima condición de los intereses innobles, que abusando de las instituciones satisfacen sus instintos bajos. Léase su estudio sobre el Brocense. Está fechado en 1875. Como hombre sensato no podía justificar las aberraciones humanas que se apoyan en las instituciones legales para la inmoral satisfacción de sus ambiciones. No hay absolutismo, ni tradición, ni facción capaz de encubrir esas insensateces. Menéndez Pelayo no las encubrió, aunque dolorosamente tuviera que callarse por no comprometer ideas inviolables.

Este sentido generosamente humanista, esta amplitud comprensiva y acogedora, trajo muchos dolores a D. Marcelino. En su espíritu no estaba en pugna la firme convicción de sus creencias y su entrañable amor a toda verdad y a toda belleza, incluso esa benigna acogida de todo lo humano cuando entre flaquezas se vislumbra la profundidad de nuestro ser forzadamente escondido. Hay algo en Menéndez Pelayo que para los tradicionalistas, incluso los más moderados, tiene sabor y olor a liberal; pero al mismo tiempo, para los liberales poseía demasiada memoria de cosas viejas.

Ninguno de aquellos dos bandos pudo imaginar otros rumbos que los opuestos. Sin duda la Restauración se debe a los mediadores entre los dos extremos, pero no se olvide que se sitúan en la misma línea de incomprensión mutua. Don Marcelino rompió ese aplanado horizonte y se puso de espaldas, de cara a un presente apenas venidero.

Antes de comprobar estas afirmaciones seremos un tanto morosos sobre el intermedio de los dos años 1881-1882.

XIV. INICIATIVAS QUE PUDIERAN SER POLÍTICAS.

El grupo de la Unión Católica marchaba sumamente animado hacia un movimiento total de la vida católica del país. Para ello se contaba con una serie de hombres políticos muy capaces y con el prestigio de unos cuantos intelectuales. Los políticos se dedicaban a fijar el carácter apolítico de la asociación, cosa un tanto asombrosa, no sólo por el juego de palabras, sino por los supuestos intereses de partido. Los integristas no se fiaban mucho, y es posible que con razón. *El Fénix* procura decirnos que sí.

Dice el Sr. obispo que la reconciliación puede hacerse porque gracias a la prudencia del cardenal primado "ha quedado reducida a la antigua asociación de católicos, destinada a proteger exclusivamente los intereses de la religión". (*El Fénix*, 22-IX-1881).

El grupo de intelectuales tomó el camino más atrevido e intentó realizar su verdadero ideario: un movimiento intelectual católico.

No es de admirar que el cardenal Moreno, presidente de la Asociación, pusiera todo su calor en este aspecto de la Unión Católica. Para ello se pensó en algo que D. Marcelino traía en su magín: los estudios superiores católicos, como un anticipo de la sonada universidad libre católica.

Menéndez Pelayo ocupó su cátedra en aquella ilusionada pre-universidad.

Estudios Superiores: 1881-1882.

Estudios filosóficos y exegéticos: Menéndez Pelayo (D. Marcelino), catedrático de la Universidad Central: *Ideas enciclopedistas en el siglo XVIII y su influencia y desarrollo en España.* (*El Fénix*, 17-X-1881).

Menéndez Pelayo inició sus tareas académicas con una magnífica lección sobre el P. Feijoo.

Fue una calamidad perder esta espléndida ocasión de haber iniciado definitivamente algo trascendental para el catolicismo español.

El sábado tuvo lugar en el Círculo de la Unión Católica la velada literaria anunciada. La concurrencia fue numerosa. El Sr. Menéndez Pelayo leyó un estudio sobre el P. Feijoo, lleno de penetrantes observaciones y escrito con aquella amenidad y fluidez que caracteriza todo cuanto sale de la pluma del erudito y sabio profesor. El auditorio le escuchó con el deleite y atención de siempre. (*El Fénix*, 31-X-1881).

Ayer dio el Sr. Menéndez Pelayo en el Círculo de la Unión Católica su segunda conferencia sobre *Los enciclopedistas*.

Ocupó casi toda la conferencia la lectura de un trozo magistral que forma parte de la introducción al tomo tercero de la *Historia de los Heterodoxos*, que está ya imprimiendo y que saldrá muy pronto a la luz...

En las próximas conferencias hablará el Sr. Menéndez Pelayo de la influencia de la Enciclopedia en nuestra patria. Invitamos a todas las personas de gusto a que vayan a oirle, a la juventud sobre todo, tan solicitada en otros sitios por maestros hueros de ciencia y de ver-

dad. En el Sr. Menéndez Pelayo hallarán ciencia sólida y arte verdadero, el "utile dulci" de Horacio. (*El Fénix,* 8-XI-1881).

El crear esta universidad libre católica, constituía una medida enérgica dentro de un Estado forzado por el liberalismo. El movimiento liberal había estructurado sus propios recursos culturales, en algún aspecto de un modo ejemplar. Los católicos estaban inútilmente a la zaga.

En el caso de España de 1881, con un gobierno liberal al frente, no se podía entregar la formación de los intelectuales católicos al libre placet de catedráticos repuestos o favorecidos. Siempre sería un peligro para los católicos el vincularse excesivamente a la vida estatal de la nación, dada la inevitable oposición organizada, oculta o manifiesta. Esto los canovistas, como Pidal y Mon, no lo comprendían tan claramente, y por eso no secundaron debidamente los proyectos, en verdad políticos, de D. Marcelino. Para ellos, tanto la Unión Católica como la academia o universidad libre católica era, sinceramente, un intermedio mientras durase la dominación gubernamental de los Sagasta. Cánovas como católico, si bien no «íntegro», tornaría a expulsar de la universidad, así convertida en católica, aunque estatal y no libre, a todo lo que no fuera «ortodoxo». Y cierto es que la Unión Católica se deshizo cuando los canovistas recuperaron el poder y D. Alejandro Pidal y Mon tenía más cercano el Ministerio. D. Marcelino se había ilusionado con un poco de exceso.

El mismo público que aplaudía, hoy hace ocho días, la viva y atinada palabra del que ya podemos llamar príncipe de nuestros críticos en asuntos de historia, el erudito a la par que profundo profesor señor Menéndez Pelayo...

La ciencia católica expuesta por profesores católicos frente a frente de la falsa ciencia revolucionaria y atea es para la cuestión religiosa "el verdadero terreno de la defensa, aquel en que todos los hombres de buena voluntad pueden entenderse y darse la mano", y he aquí cómo próximo a finalizar el año en que —a la voz del prelado francés, que se resume en esas palabras—, la Unión Católica las realiza prácticamente...

¿Qué no lograrán juntos, cuando en local a propósito y a horas convenientes, funden entre todos la universidad o academia católica que las necesidades de la época reclaman y que el buen deseo de todos está preparando?

Menéndez Pelayo combate la falsa ciencia que nos trajo a España la impotente mueca de Voltaire. (*El Fénix*, 14-XI-1881).

Da gozo oir a *El Fénix* relatarnos aquellos triunfos académicos de D. Marcelino.

Sentimos que la falta de espacio nos impida dar una idea de la doctísima conferencia dada ayer en el Círculo de la Unión Católica por el Sr. Menéndez Pelayo. Unicamente diremos a nuestros lectores que el Sr. Menéndez Pelayo trazó una historia sucinta y detallada del regalismo en España, y que la concurrencia que llenaba, no sólo la sala, aplaudió repetidísimas veces al sabio catedrático de la Universidad Central. (*El Fénix, 15-XI-1881*).

Pero algo tenemos que escuchar a los de *El Liberal*, pues las excesivas alabanzas nos hacen odiosos incluso a los genios.

Un Sr. que habla en el piso segundo de la casa de Astrarena de las ideas enciclopedistas —así trata *El Siglo Futuro* a los de la Unión Católica— se dispone a publicar en el tercer tomo de cierta historia de herejes una *Vindicación de Jove-Llanos*.

Jove-Llanos; figúrense bien nuestros lectores.

Hasta ahora se había escrito Jovellanos pero el Sr. Menéndez Pelayo lo ha arreglado de otro modo, y por separarse de lo que dice el vulgo, ha dividido en dos el apellido de aquel meritísimo varón.

Al lucero del alba dividirá el mejor día el Sr. Me-Néndez Pe-Layo. (*El Liberal*, 22-XI-1881).

No le faltan tampoco palabras a los de *El Fénix* para disculpar los incipientes despistes de nuestro sabio.

Gran concurso ayer noche en el Círculo a escuchar al Sr. Menéndez Pelayo. Mucha parte del auditorio tuvo que oir de pie desde los pasillos. El Sr. Menéndez Pelayo expuso magistralmente los progresos de la enciclopedia regalista y cesarista en España y Portugal, trazando un cuadro vigoroso de la tiranía de Pombal y de la expulsión de los jesuítas en el vecino país. A pesar de que la conferencia no empezó hasta las diez menos cuarto, a causa de una ocupación imprevista que entretuvo al Sr. Menéndez Pelayo, el público esperó pacientemente cerca de una hora al sabio profesor, a quien aplaudió con el entusiasmo de siempre. (*El Fénix*, 22-XI-1881).

El triunfo del regalismo y expulsión de los jesuítas... he aquí el

importantísimo tema que trató ayer noche el señor Menéndez Pelayo en su conferencia del Círculo de la Unión Católica.

Ocupó la conferencia de ayer la lectura de dos o tres capítulos de la *Historia de los Heterodoxos*. (*El Fénix*, 1-XII-1881).

De nuevo *El Liberal* a por el desquite.

A propósito de ciertas peroraciones del joven Sr. Menéndez Pelayo, dícenos *El Fénix:*

"No haría mal *El Liberal* en oírle. Tal vez entendería cosas que está dando diariamente pruebas de ignorar".

No nos hace falta oírle. Le oímos ya en cierto banquete que se dio con motivo del centenario de Calderón...

Y francamente, entonces aprendimos cosas que hasta aquel momento habíamos ignorado.

Que hubiese por ejemplo alguien capaz de hablar de la "barbarie germánica" al tributarse un obsequio a los sabios alemanes, que honraban la cultura española. (*El Liberal*, 10-XII-1881).

El Fénix, sin embargo, se siente feliz al terminar el año con la palabra mágica de D. Marcelino, que les suspende el espíritu deliciosamente.

Esta conferencia sobre Aranda, como las anteriores, fue seguida con ardiente interés por el auditorio, que oyó con sentimiento, de labios del sabio catedrático, que se veía obligado a suspenderlas para continuarlas después de Reyes. (*El Fénix*, 15-XII-1881).

Tampoco quiere despedirse mal *El Liberal* y les trae zumbonamente el recuerdo de sus gustos báquicos.

Un detalle de la reunión celebrada ayer por la Unión Católica. Sobre una mesa se ostentaba una magnífica copa de plata cincelada, con que han obsequiado los socios al Sr. Menéndez Pelayo, y en esta obra de arte se lee la inscripción siguiente:

"A Menéndez Pelayo por su brindis en el Banquete del 31 de mayo de 1881. Los amigos de la Unión Católica".

He aquí un regalo simbólico; pero de poca aplicación práctica para el Sr. Menéndez si sus amigos no le regalan algo con qué llenarle la copa.

Así podrá el joven profesor repetir brindis sobre brindis, ya que los de cierta especie agradan tanto a los "mestizos". (*El Liberal*, 16-XII-1881).

Por último, un gran acontecimiento: desaparece *El Fénix* y se preludia *La Unión.*

Canga-Argüelles hace la presentación del nuevo periódico, corto en vida y largo en lucha.

> *El Fénix* desaparece del campo de batalla y del puesto de combate, que durante tres años ha mantenido con honor, contra enemigos de fuera y de dentro, pero dejando en su lugar quien haga con ventaja sus veces. Pero que conste que si como empresa el periódico que cesa no es el periódico que nace, en lo que se refiere a la idea no hay entre uno y otro solución de continuidad. (*El Fénix,* 31-XII-1881).

Comentando el manifiesto, los de *El Liberal* atizan el fuego a su placer, y además, repetimos, profetizan:

> Como primera manifestación católica es un cañonazo contra *El Siglo Futuro,* porque el proyecto trae consigo todos los sacramentos de la comunión mestiza. (*El Liberal,* 30-XII-1881).

Dejemos que *El Fénix* se nos despida y en su alternativa con los de *La Unión,* leamos la continuidad de una lucha tenaz entre los dos bandos de católicos, a cual más facciosos por lo inútil y absurdo de la disputa. Así es nuestra historia desde hace unos años; esto es de 1881-1882.

XV. FRENTE A LOS TRADICIONALISTAS.

Uno de los más asombrosos recursos en las polémicas entre católicos, ha sido la acusación ridícula y sarcástica de «mestizo», «liberaloide», «masón», «mano-tendida», «irenismo», etc., sobre la conciencia, muchas veces heroica, de quien no se conforma con extremismos fáciles o interesados.

El relato de todos estos textos lleva por trasfondo esa tremenda realidad de nuestro catolicismo español. Nada más infundado e injurioso para un buen católico como D. Marcelino, que verse zaherido por sus mismos hermanos en la fe. Profunda fue la desilusión que, como hombre de vida católica, sufrió Menéndez Pelayo. En su actitud, a partir de estos recortados años, D. Marcelino se resume cada día

a su estricta labor personal de investigador científico, con esporádicas intervenciones públicas. Resulta excesivamente abrumador para un seglar sentirse acusado enérgicamente por sospechas de «heterodoxia».

Menéndez Pelayo se decidió por esa prudente distancia del tema polémico religioso Mucho más, si no olvidamos que D. Marcelino, humano y pecador, reconocía sus limitaciones ascéticas. Es tremendo y abrumador para un intelectual católico el pensar que su labor no sólo debe estar pendiente de un esfuerzo de inteligencia y trabajo, sino, ante todo, de un heroísmo moral nada fácil y halladero.

Pero volvamos a escuchar la bronca voz de aquellos tiempos. Los de *El Liberal* son los primeros en iniciar el año. Guerra y más guerra entre católicos, fue el deleite de aquellos traviesos redactores de un periódico que se hacía ya viejo.

> *El Fénix* desaparece cediendo su puesto a *La Unión,* al cual da el diario del Sr. Nocedal unos dos años de vida... (*El Liberal,* 1-I-1882).
>
> Cualquier cosa se puede apostar a que los neos no promueven suscripción ninguna para regalar ningún objeto de arte al P. Planas por su brindis, como hicieron en obsequio del Sr. Menéndez Pelayo por el suyo del Retiro.
>
> Ayer salió el nuevo periódico *La Union,* o mejor dicho, *La Unión* como pone en la cabezera, rindiendo honores a las novísimas prescripciones de la Academia.
>
> Dentro de los de su laya parécenos un periódico de poco color, olor y sabor.
>
> Ya se encargará *El Siglo Futuro* de salpimentarle... (*El Liberal,* 3-I-1882).

Esta serie de sugerencias y de malicias pronto sirvieron de materia muy propicia para los intentos de *El Liberal.* Un nuevo periódico nos ofrece el regalo al oído con buenas agudezas en torno a la raza de los mestizos. *Rigoleto*

> Sabemos quiénes van a escribir en *La Unión* y sabemos quiénes le costean; esto es: los moderados y canovistas de la especie más echada para atrás.
>
> Sólo que de ella se deduce que uno de los enemigos capitales de quienes tiene que guardarse el carlismo con más insistencia es del conde de Canga-Argüelles, porque parece que abraza como para estrangular. (*Rigoleto,* 5-I-1882).

XVI. ROMERÍA O PLEITO

Aquí tenemos el tema: nada menos que una romería con todo el alarde de los intransigentes e «integristas».

> El oráculo de los divinos decretos que liga y desliga lo que ha de quedar eternamente ligado en el cielo levanta las manos y nos bendice y nos dice que está satisfecho de nosotros. (*El Siglo Futuro*, 7-I-1882).

Estas exclamaciones de gozo incontenible nos reflejan un estado de ánimo inquieto en la facción de los tradicionalistas del señor Nocedal. Resultaba un tanto incómoda la postura del catolicismo tradicionalista después de su actitud frente a la Unión Católica, bendecida y dirigida desde el Vaticano y por el episcopado. Los integristas de *El Siglo Futuro* tenían que dar una muestra de firmeza apostólica inconfundible y definitiva. La gente de entonces, un tanto maliciosamente desconcertada, quiso decir que era una maniobra política del carlismo, cuando en realidad era todo lo contrario. Era un gesto urgente de religiosidad estricta reclamado por las circunstancias a un partido político, entre cuya máxima fuerza pública estaba el catolicismo apasionado. No podían ser menos los católicos del Sr. Nocedal que los partidarios de la Unión Católica. Si éstos habían organizado círculos y revistas, honrados constantemente por la presencia y la firma de los obispos, aquéllos no podían apropiarse nada mejor que una romería nacional bajo la mayestática bendición del Romano Pontífice; era la religiosidad de unos políticos puesta de manifiesto ante unas masas honradas de españoles, que dudaban un tanto del «integrismo». Veamos más textos.

> *Sin careta.*—Ningún periódico en Madrid ha publicado la carta de Su Santidad que nuestros lectores conocen ni el mensaje a que dicha carta contesta; ningún periódico, ni *La Fe* ni *La Unión* que se limitan, como *La Correspondencia*, a decir de prisa y corriendo en el lugar menos visible que se trata de organizar una romería, sin decir cómo, por quién, ni por qué, y ocultando lo que hay de esencial y de importante en el asunto, que es el contenido del mensaje y sobre todo lo que dice el Papa. No puede confesarse más vergonzante y torpemente que no se quiere decir a los lectores lo que ha sucedido, lo que ni al Vicario de Jesucristo le ha dado aliento y consuelo, ni lo que el

Papa desea, ni lo que León XIII dice y ansía con regocijo. Nosotros, gracias a Dios, jamás hemos dejado de publicar, ni lo dejaremos de publicar nunca, la palabra del Papa. Nosotros, gracias a Dios, siempre hemos acatado y respetado lo que ha bendecido y aprobado el Papa y los obispos. No sería, pues, ninguna maravilla que a nosotros nos asombrara la conducta de ciertos periódicos y ciertas gentes; sin embargo, después de todo lo pasado, no nos puede asombrar nada, después de todo lo que hemos dicho en recientes polémicas. Sólo nos ocurre decir: ¿Lo ven Vds.? Es triste que ciertas facciones sean lo que son. Pero puesto que desgraciadamente son de esa manera, más vale que se muestren así. Sin careta.

Ni *La Fe* ni *La Unión* que se limitan a decir que se trata de organizar una romería...; no puede confesarse más vergonzosamente que no se quiere decir lo que ha sucedido ni lo que al Vicario de Jesucristo le ha dado aliento y consuelo. (*El Siglo Futuro,* 10-I-1882).

Asegurados por este avance en su polémica religiosa con los de la *Unión Católica,* se entabla la lucha sin ambages.

Los hombres del periódico *La Unión,* católicos sin apellidos, que por ende nos denunciaban como reos de agregar a nuestras creencias religiosas convicciones políticas, hacen hoy como si no hubieran oído la palabra del Papa. (*El Siglo Futuro,* 13-I-1882).

Veamos cómo aumenta el gozo de los integristas de Nocedal. Estas exaltaciones de triunfo tuvieron su final «apoteósico», digno de meditarlo más de una vez.

Romería.—No acertamos a decir a los nuestros el entusiasmo, la alegría, la confianza en lo porvenir que encienden en nuestras almas las innumerables cartas que de todas partes estamos recibiendo.

Es imposible leerlas con ojos enjutos; es imposible leerlas sin que el corazón palpite entusiasmado y sin bendecir a Dios, y darle gracias porque todavía España es la España católica que admiró el mundo, grande y poderosa en mejores días.

La carta de Su Santidad ha sido como una voz del cielo que ha conmovido honda y profundamente al católico pueblo español; y en todas partes despiertan los católicos españoles a la voz del Papa con grito unánime que ya se extiende por toda España, que muy pronto se dirá por todo el mundo y, no tardando, resonará en las inmensas bóvedas de la Basílica Vaticana ¡León XIII! ¡viva León XIII! ¡viva León XIII! ¡viva León XIII!

Bendito sea Dios, una y mil veces bendito. A las preguntas que

muchos nos dirigen y a las consultas que nos hacen las juntas ya formadas, contestaremos detalladísimamente en cuanto se termine el primer paso que debemos dar y que, como nuestros lectores comprenden tratándose de tantas provincias, no se ha podido dar en un día, Enseguida, y mañana si Dios quiere, se publicarán los nombres de la junta central ya formada, así como los nombres de las juntas que ya conocemos, y acto continuo se irá contando a todos.

Entre tanto, adelante católicos españoles, adelante, adelante, adelante.

La obra comenzada con la bendición de Dios promete ser con la divina gracia tal que sobrepuje a los deseos y a las esperanzas manifestados por el Papa en su carta. ¡Viva León XIII!, ¡viva León XIII! (*El Siglo Futuro,* 13-I-1882).

Como entretenimiento de este gravísimo asunto, podemos contemplar a los de *El Liberal* y a los de *La Unión* en una querella sobre las dotes poéticas de D. Marcelino. Sobre este punto, en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* (1958, 5-40), tengo un estudio, en el cual se ve ese profundo resquemor de las luchas políticas.

Añadirémos un texto que en aquella ocasión no pudimos incluír.

A vuela pluma.—Con este título escribe *El Liberal* hoy un artículo enderezado a negar al señor Menéndez Pelayo las altísimas dotes de poeta que adornan a nuestro sabio amigo.

¿Piensa el lector que por ventura examina el crítico en cuestión la *Epístola a Horacio,* donde acertó Menéndez Pelayo a robar al arte grecorromano los primores de su forma incomparable, la sobriedad de pensamiento, la tersura de la dicción y la no regular elegancia de sus giros? ¿Quizá la emprenda el articulista con alguna poesía que dio a luz nuestro amigo con el modesto título de *Estudios Poéticos?* Creemos que ni los conoce este desfacedor de agravios, el cual topó por casualidad con un número de la *Revista de Madrid,* vio traducidas aquellas soberbias odas del lírico de Venusa, las del libro segundo que empieza *Septimi Gades,* y como no lo entendiera (de lo cual se holgará mucho el verdadero traductor) y viese al pie de la susodicha oda una M., aquí tenemos dijo, orgulloso de sí mismo, al señor Menéndez Pelayo. Y tomó la pluma, barajeó unas cuantas generalidades y desagravió a Horacio de las ofensas que le hiciera el atrevido autor de los *Heterodoxos españoles,* quien con efecto no había vertido al castellano ni la obra *Septimi...* ni la *Suum cuique...*

Quédese el señor Menéndez Pelayo con lo que de derecho le corresponde y el articulista del diario de la calle de la Almudena con ese maravilloso instinto crítico y no superada perspicacia de que aca-

ba de darnos gallarda muestra al extender el vuelo hacia las cumbres de la belleza.

Reciba el dómine de *El Liberal* nuestra entusiasta enhorabuena, pero todavía se la enviamos más cumplidamente a nuestro respetable amigo M., traductor de las citadas odas horacianas. (*La Unión*, 14-I-1882).

Los otros textos los ofrecemos en nota bibliográfica, por no repetir lo anteriormente indicado. (BBMP., 1958, 16-26).

En este último podemos leer una agria anotación de *La Unión* sobre la dirección jerárquica de la romería tradicionalista.

Exige Su Santidad que la peregrinación sea pura y exclusivamente católica y que no tenga más que fines católicos. (*La Unión*, 16-I-1882).

Otro texto por conocer sobre este asunto es el que nos ofrece *El Liberal* con un sentido amargamente burlón.

La Unión escribe un largo artículo dirigido al sutilísimo crítico de *El Liberal*

Todas las personas —se atreve a decir— que puedan dar su voto en el asunto, han de confesar que de derecho corresponde a Menéndez Pelayo puesto preeminente en la cima del Parnaso.

¿Por qué? Porque sus traducciones "hácenle en extremo apto para sembrar con flores de extrañas literaturas el jardín amenísimo de la poesía española".

El diario de los sacristanes grises cree por lo visto que el Parnaso es un jardín de aclimatación o un establecimiento de horticultura.

Desde este punto de vista, convenimos en que el Sr. Menéndez Pelayo, mejor que en la Academia, haría lucir sus facultades en la Quinta de la Esperanza y en los viveros del Ayuntamiento. (*El Liberal*, 17-I-1882).

El Siglo Futuro torna a la carga y dice nada menos que estas palabras sobre *La Unión*, considerada peor que los revolucionarios franceses.

Pues claro. ¿Por qué? ¿Siendo peores, mucho peores que los monstruos de la Comune? ¿Por qué habían de ser excluídos de una junta organizadora? (*El Siglo Futuro*, 18 de enero de 1882).

Los de *El Liberal* seguían con D. Marcelino. (BBMP., 1958, 26-27). La carga de *Rigoleto* es sangrienta sobre los de *La Unión* a propósito de la romería.

> La prensa, puesta al servicio del enemigo, no deja de barajar lasimosamente "A la Romería", para despojarla de sus virtudes saludables, señalándose en tan execrable labor los periódicos que blasonan de católicos con apellido. (*Rigoleto,* 20-I-1882).

El Siglo Futuro refuerza esta condena echándoles encima la autoridad del Papa. Era un modo de superarse entre católicos: contra los obispos, el Papa.

> Su Santidad quiere una sola peregrinación, pero *La Unión* le enmienda la plana y quiere que sean varias. Y, sin embargo, no será más que una. (*El Siglo Futuro,* 26-I-1882).

También *El Liberal* interviene en esta creciente tensión de romeros y no romeros.

> La prensa en masa da cuenta de los despachos recibidos de Roma y da a la vez como cosa hecha la derrota de Nocedal...
>
> A consecuencia de las observaciones de nuestro gobierno, el Papa ha expresado... su sentimiento al ver que se atribuye significación política a la proyectada peregrinación nacional.
>
> El Papa ha manifestado que su deseo es que lo organicen los obispos... (*El Liberal,* 30-I-1882).

Este golpe fue muy duro para el carlismo. En sí, no era de gran importancia una romería más o menos, era la actitud de Roma, la decisión del Pontífice frente a integristas y unionistas, Pidal con Cánovas del Castillo, y Nocedal con D. Carlos de Borbón. *El Liberal* se goza de todo ello.

> Con obispos o sin ellos, la romería no perderá el carácter político que se le ha atribuido desde el punto y hora en que se inició... (*El Liberal,* 31-I-1882).

Como una nota al margen, recordemos algo sobre D. Marcelino, pues su presencia en la Unión Católica es la clave de estos relatos.

> El Sr. Menéndez Pelayo continuó ayer sus interesantísimas conferencias acerca de las ideas enciclopedistas. La seguridad de juicio, el profundo estudio y la precisión de lenguaje y la galanura del señor Menéndez Pelayo fueron como siempre recompensadas por el inteligente y numeroso público con reiteradas muestras de aprobación y respeto. (*La Unión*, 3-II-1882).

El Siglo Futuro publicó un largo artículo sobre la maniobra liberal en contra de la romería. Queda incluído en el Apéndice II. Léase detenidamente.

El Liberal interpreta todas estas variaciones. Difícil para el Vaticano, se busca la fórmula de no comprometer a nadie y, sin embargo, todo el mundo queda comprometido

> El cardenal Moreno manifestó al nuncio que la peregrinación encomendada a los elementos de *La Unión*, correría el gran riesgo de ser muy reducida; que para corresponder a los deseos del Papa, esto es, para que fuera un acto de gran resonancia, era menester contar con los elementos carlistas y que para atraerse a estos elementos debía encomendarse la peregrinación al Sr. Nocedal. (*El Liberal*, 8-II-1882).

A punto de estallar el cisma moral entre los católicos, suenan las palabras de *El Liberal* más cargadas y zumbonas.

> De modo que todos andábamos equivocados, bajo la fe de la palabra del Sr. obispo de Daulia.
>
> La peregrinación que éste nos aseguró que era un acto de piedad, ha sido, según nos dicen ahora los señores obispos de Santander, Segorbe, Zamora y Teruel, una conspiración. (*El Liberal*, 12-II-1882).

El Siglo Futuro se da por aludido con una descarga cerrada para los «mestizos» de la Unión Católica.

> Todos los periódicos liberales, desde los más revolucionarios hasta los más mestizos, cantan y celebran nuestra derrota... (*El Siglo Futuro*, 15-II-1882).

Nos podemos ahorrar todo comentario e interpretación ante lo evidente de unos textos escritos hace muchísimos años. Los liberales se empeñaban en ver razones políticas en todo este asunto. Los católicos

se obsesionaban en su recta intención de superar políticas y partidos. Pero la realidad suena a Nocedales, Cánovas, peregrinaciones...

> La tan ponderada, sobada y cacareada peregrinación nocedalesca, en último resultado no ha sido más que una venganza-desquite del asendereado Nocedal contra los "mestizos" y parte del episcopado, por la "jugarreta" de la llamada Unión Católica, impulsada y fomentada tenebrosamente por el clásico malagueño, D. Antonio Cánovas del Castillo; con el piadoso fin de desbaratar y descomponer el partido carlista y formarse una reserva para un caso dado de su partido conservador. (*El Liberal,* 17-II-1882).

Como contrapunto e insistiendo en la presencia, por ahora pacífica, de D. Marcelino, ofrecemos este texto.

> Hoy vamos a hablar únicamente de la conferencia dada por el señor Menéndez Pelayo, continuación de las que vienen oyéndose de sus labios desde que comenzó el curso bajo el título de *Los Enciclopedistas.* Los miércoles, ocupa la cátedra ese portentoso joven, de cuya erudición y profundo juicio a sus años no conocemos otro ejemplo, y constantemente atrae al círculo numerosa concurrencia que llena el salón y gabinetes contiguos, en donde se ven personas de todas edades. El miércoles habló de los afrancesados en los primeros años del siglo, y en particular de D. Juan A. Llorente, a quien se han esforzado, no sin cierto éxito, en crear fama los liberales, y con este motivo, el señor Menéndez Pelayo, aunque incidentalmente, se ocupó del tan traído y llevado Tribunal del santo oficio.
>
> Al terminar el orador este magnífico párrafo, estalló en el salón un aplauso general. (*La Unión,* 17-II-1882).

Como trágico final de este primer lance, leamos resignados estas frases agrias, mortificantes y comprometedoras de *El Siglo Futuro.*

> Los odios manifestados contra *El Siglo Futuro,* como órgano del partido tradicionalista, se habían encerrado hasta ahora en artículos de periódicos. Pero, desde hoy, algunos prelados descienden a la arena ardiente del mezquino combate. (*El Siglo Futuro,* 18-II-1882).

No cabe otro comentario a este lamentabilísimo hecho que un silencio respetuoso. Un amplio artículo podría escribirse con este gérmen cismático del catolicismo español no precisamente con Roma, sino in-

terno, tradicional entre nosotros. Otra observación profunda de la historia patria es este asombro de una raza que goza y sufre combatiéndose a sí misma en cualquier momento. El episcopado se dividió ardiente ante la situación de católicos abiertos y católicos integristas. La lección es de envergadura. Por eso nos libraremos de sugerencias propias y entre líneas sepamos vivificar cada uno de estos textos.

Como indicio peligroso dentro de *La Unión Católica* tengamos presente esto que apenas nos dice *El Siglo Futuro*. Se trata del señor Carulla, miembro de la Unión Católica.

> Este infatigable publicista acaba de dibujar un cuadro al desnudo del elemeno laico de *La Unión Católica*. (*El Siglo Futuro*, 21-II-1882).

XVII. TU QUOQUE MARCELLINE!

Aquella estridente reacción de los católicos frente a la inevitable situación de convivir con el liberalismo, revelaba todo lo grave de un proceso histórico. Se dividieron los seglares y se encontraron los obispos. Las posiciones fueron tercas e irreductibles. Oigamos la versión del tradicionalismo irónico de *Rigoleto*.

> Desde el primer día, desde cuando unos cuantos caballeros seglares se propusieron fundar una asociación religiosa para hacer a su sombra una política acomodaticia, su "pensamiento" se convirtió en arma homicida contra la unidad católica. Ocultando el tenebroso pensamiento político, los caballeros seglares excluyeron deliberadamente a los Sres. Nocedal. "Aquella exclusión de católicos tan caracterizados representaba un grave desaire".
>
> Por las bases aprobadas y bendecidas por el episcopado, y en última instancia por Su Santidad, quedó reducida *La Unión* a los límites restringidos de la órbita sagrada; pero he aquí que el periódico mestizo nos enseña hoy que sus facultades se han extendido también a las obras políticas.
>
> Durante las batallas que acabamos de reñir por la peregrinación nacional, *La Unión* ha hecho todo lo posible por atacar a sus promotores. (*Rigoleto*, 1-III-1882).

El Liberal usa una sarcástica finura en ponerles ante sus ojos palabras de obispo.

> La pastoral del Sr. Obispo de Córdoba revela que el daño está más dentro de la comunión católica de nuestro país, que fuera de ella. Hay periodistas católicos que atacan y combaten y tal vez calumnian a otros católicos, sólo porque éstos no se amoldan en todo a sus ideas y aspiraciones, siquiera sean hijos obedientes y sumisos de la Iglesia... (*El Liberal*, 7-III-1882).

Las consecuencias de todo aquello no se hicieron esperar. Dentro de la Unión Católica se creó un malestar, una como imprecisión, inseguridad quizá, o tal vez mutuo recelo. Atento *El Siglo Futuro* a cualquier brote de fricción entre sus enemigos, se deja decir.

> De las palabras del señor Carulla se desprende claramente "que se hace poquísimo, que los que dirigen no son los prelados, sino otros que no deben serlo..." (*El Siglo Futuro*, 10-III-1882).

Esta acusación era muy grave para una asociación que ponía su máxima garantía en el episcopado. Esto pudiera ser por parte del señor Carulla. Pero dentro del grupo intelectual surgieron divisiones más hondas y es posible que la actitud personalista de D. Marcelino creara más de una dificultad. La más gruesa fue, sin duda, la del señor Orti y Lara. Este buen catedrático había colaborado con D. Marcelino. Los dos eran catedráticos de la Central, con las notorias diferencias de ser uno mucho mayor que el otro; para colmo de males, uno tomista acérrimo y otro humanista abierto, antitéticos en sus apreciaciones estéticas por añadidura. Referente a este personaje podemos leer los pasajes muy significativos que sobre él nos ha dejado D. Marcelino. El primero pertenece a los *Heterodoxos*. Precisamente se redactó por aquellos mismos días En la edición nacional corresponde al tomo XL, pág. 492. Decía entonces Menéndez Pelayo que el tomismo del señor Orti y Lara «puede llevarnos a exclusivismos e intolerancias perniciosas y a convertir en dogma las opiniones de escuela...»

En las *Ideas Estéticas*, tomo IV, 278, su palabra es más dura e indica un resquemor más profundo. «Orti y Lara ha traducido este libro que lejos de ser conforme al escolasticismo rígido, al tomismo inmaculado que él blasona, convertido siempre en atalaya vigilante de la torre de Dios y en «guía de extraviados» (como diría Maimónides), implica por el contrario una desviación radical y absoluta de... Santo Tomás..., por lo cual el señor Orti y Lara, si es lógico, debe recoger to-

dos los ejemplares de su versión, con la cual lo único que ha venido a traer son géneros de ilícito comercio entre los escolásticos...»

A *Rigoleto* no se le pasó la ocasión de hacerlo notar dentro de su limitada información.

> Un día, es el señor Carulla, miembro de la Unión Católica y vicepresidente de una sección, el que se pone en jarras y los dispara un escopetazo; otro el cardenal Moreno, para que no infrinjan sus leyes; y, últimamente, el Sr. Orti y Lara, miembro de la Junta Superior, docto y eminente filósofo, la sale al encuentro y la aplica un revulsivo... sobre el libre cambio. (*Rigoleto,* 10-V-1882).

Por si nuestras afirmaciones pudieran haber sido imprecisas y no muy convincentes, rogamos se lean estas líneas de *Rigoleto.* Son ellos, los mismos tradicionalistas «íntegros», los que nos van a decir lo que pensaban de D. Marcelino. Es curioso observar que siendo *Rigoleto* un periódico agrio y agresivo, sin embargo en el caso de Menéndez Pelayo mantiene un equilibrio un tanto asombroso, dado el apasionamiento de su propio colega *El Siglo Futuro.* Tal vez se deba a influjos de los muchos buenos amigos que dentro de los integristas conservaba D. Marcelino, a pesar de esta violenta rencilla.

> Llegó a nuestras manos el tomo III y último de los *Heterodoxos,* escrito por el prodigioso joven, D. Marcelino Menéndez Pelayo, publicado recientemente por la Librería Religiosa de San José.
>
> Este hermoso libro, protesta viva en muchos pasajes, y singularmente en los que a la hecatombe del 17 de julio se refiere, de la filiación política del autor, que se condena a sí mismo condenando a los moderados, entre quienes por desgracia suya figura, tal vez, sin vocación para ello, como lo denuncian sus vacilaciones y el poco arraigo de su convencimiento, manifestado en esta última parte de su obra; hallamos el siguiente esbozo de la degollina de los frailes, y cedemos el puesto que había de ocupar el nuestro por parecernos pintura de mano maestra y de brillante pincel:
>
> "Amaneció...".
>
> ¿Quién que fije su atención en este cuadro vigoroso y en el robusto apóstrofe que le sirve de apéndice, calcados ambos en el realismo macabro, podrá concebir que el que ha trazado ambas cosas se halla inscrito en la milicia de los católicos "con apellido", partidarios de indignas bulas de composición con el liberalismo que desolló a los frailes, saqueó los conventos y despojó a la Iglesia?

Séanos lícito lamentar aberraciones tan incomprensibles y esperar que el que está con nosotros en el sentimiento que en tan hermosas páginas resplandece, ha de estarlo también algún día con la inteligencia, en que Dios ha desarrollado dones tan preciosos y privilegiados, tan singulares, rompiendo las ligaduras que le aferran en las actuales circunstancias al doctrinarismo decrépito y corrompido, enemigo jurado de la causa de la religión y de la patria. (*Rigoleto,* 20-VII-1882).

Creemos sencillamente no haber dicho más que lo histórico y probado. Pero añadiremos otro texto del que nunca falta a la cita, *El Liberal.*

El Sr. Menéndez Pelayo y los católicos intransigentes.

La Unión ha enlazado opiniones nuestras a propósito de la *Historia de los Heterodoxos,* con las de un periódico carlista que se cifran y compendian en esta sustanciosa semblanza del desenfadado catedrático de La Unión Católica:

"Es un individuo de una mala compañía cómico-equilibrista, que pertenece a la escuela clásico-heterodoxa y que llevando una Biblioteca en la cabeza como otros un sombrero, se suele olvidar de ponérsela o de ponérsele al revés".

Y *El Siglo Futuro,* después de declarar que esas líneas no son suyas —como ha querido dar a entender *La Unión*—, remacha el clavo con estas otras:

"...desde que ha visto la luz el tomo III de los *Heterodoxos, El Siglo Futuro* no ha dicho una palabra por cuenta propia del Sr. Menéndez Pelayo.

Lo único que ha hecho que tenga relación con dicho señor ha sido publicar en su revista religiosa y elogiar, como es justo, en el periódico, el magnífico trabajo en que el P. Fita, volviendo por los fueros de la verdad y de las glorias católicas, ha refutado y deshecho documentalmente la errada y vulgar opinión de que el siglo XIV fue un siglo de decadencia y barbarie, sustentada por Don Vicente de la Fuente en su *Historia eclesiástica* y por el Sr. Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos.*

Antes llamaban los absolutistas al Sr. Menéndez el "asombroso joven".

Por lo visto, van volviendo de su asombro.

Ya se cobrarán con creces todas las alabanzas que habían gastado en favor del que fue su Benjamín. (*El Liberal,* 30-VII-1882).

La densidad de todos estos pasajes nos libera de una enojosa perífrasis. Prosigue *El Liberal.*

> *El Siglo Futuro* sigue entregado a la tarea de revolver una con otra a la Unión Católica y a la francmosonería. Mucha afición es la que el diario carlista tiene a los gazpachos.
>
> Y al Sr. Menéndez Pelayo que es un verdadero gazpacho de sabiduría.
>
> El otro día nos sorprendió *El Siglo Futuro* con la noticia de que el P. Fita había dado un varapalo científico al autor de *Los Heterodoxos.*
>
> Anoche discutiendo con la Unión acerca de los méritos del desenfadado joven, nos sorprende de nuevo hablando del "ilustre, sabio y virtuosísimo dominico, R. P. Fonseca, que al publicar un magnífico panegírico de Santo Tomás se consideró obligado a volver por los fueros de la verdad y de las glorias católicas, rectificando y refutando en una nota erradísimos conceptos del Sr. Menéndez Pelayo acerca de las doctrinas de Santo Tomás".
>
> Cero y van dos: el P. Fita y el P. Fonseca.
>
> Muchos padres le van saliendo al Sr. Menéndez Pelayo... Pero no para disputárselo, sino para renegar de él. Sólo faltaba que se arrepintiera también de su obra el Sr. Cánovas, diciendo como Quevedo:
>
> *Yo el menos padre de todos*
> *los que hicieron este niño...* (*El Liberal,* 2-VIII-1882)

La defensa de Menéndez Pelayo corrió a cargo de los redactores de *La Unión,* aunque sospechamos que la «información» procede del mismo D. Marcelino.

> *El Sr. Menéndez Pelayo y sus detractores.*—Vemos con gusto que *El Liberal* no insiste acerca de la respuesta que le dimos sobre los ataques que el diario revolucionario y los que en distintos campos, al parecer, le hacen coro, dirigieron al ilustre joven D. Marcelino Menéndez Pelayo.
>
> Que la envidia, gusano roedor que atormenta a tantos corazones, se goce en atacar al Sr. Menéndez Pelayo, que es una verdadera gloria católica, no lo extrañamos. ¿Por dónde ni por qué había de ser el señor Menéndez Pelayo una excepción entre los infinitos católicos de verdad, que, porque prefieren defender a la Iglesia estudiando y haciendo bien, a mortificarla, usurpando sus atribuciones y presentándola como institución odiosa, están siendo víctimas de toda clase de ataques y calumnias?
>
> Pero de eso a buscar para atacarle razones (llamémoslas así por

caridad) del calibre de que el Sr. Menéndez Pelayo ataca a las glorias católicas porque dice que el siglo XIV fue un siglo de decadencia, va tanta distancia como de una pasioncilla mezquina a un desatino.

Todo el periódico necesitaríamos para dar a conocer a los que, por perder el tiempo en atacar a los católicos, no lo tienen para estudiar la historia, los textos de escritores católicos pertenecientes a las órdenes religiosas más afamadas, donde se clasifica de siglo de gran decadencia al siglo XIV, como recientemente ha visto la luz el *Curso de historia eclesiástica* para el uso de los Colegios de la Orden de Predicadores, perteneciente a la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas (donde, entre paréntesis, estudió y enseñó el R. P. Fonseca), debido a la ilustrada pluma del P. Rivas, que empieza el capítulo XX, en que trata del siglo XIV con estas palabras: "Preñado de tempestades y desgracias, apareció para la Iglesia el horizonte, en la aurora del siglo XIV".

Y no podía calificarse de otro modo el siglo en que, rompiéndose la magnífica idea de la cristiandad, comienza la emancipación y secularización de los poderes civiles; el siglo de Bonifacio VIII, abofeteado por Felipe el Hermoso y Nogareto, el siglo de Wicleff y de Juan Huss; el siglo de la cautividad de Babilonia; el siglo de los cuatro Pedros, del gran cisma de Occidente, de Luis de Baviera y de otros males y desórdenes lamentados elocuentemente por tantos santos y santas que se veneran en los altares.

En cambio, Renan se entusiasmó con este siglo, precisamente por lo que en él sufrió la Iglesia.

Y, claro está, que en esto no aludimos a tal o cual erudito de esta o de otra orden religiosa, que usa libremente en sus apreciaciones de los fueros de la crítica, sino a los que torciendo sus intenciones se valen de sus palabras para presentar como enemigos de los fueros de la verdad y de las glorias católicas a escritores como el Sr. Menéndez Pelayo y como D. Vicente Lafuente.

De ellos, en verdad, no lo extrañamos; les fue muy mal con los prelados de casi todos los siglos, les va muy mal con los del presente, y darían, si algo tuvieran ya que dar, cualquier cosa al diablo para que les depararan prelados de aquellos altivos, cortesanos y vanidosos, amigos del lujo y de la usura, que tanta tristeza ocasionaron a la Iglesia del siglo XIV.

Respecto a la ciencia, ¡ah! respecto a la ciencia, el siglo XIV fue un siglo de "gran progreso" sobre el siglo XIII, como que el siglo XIII fue el siglo de Santo Tomás, y el siglo XIV el siglo del nominalismo. Por eso, nuestro gran filósofo tomista Fray Ceferino González, dice en su *Historia de la Filosofía* que "el movimiento de de-

cadencia (de la escolástica), se inició y tomó cuerpo durante el primer tercio del siglo XIV". (*La Unión*, 3-VIII-1882).

Pondremos como Apéndice un artículo de *La Fe*, reflejo de aquella intensa confusión en el campo tradicional. (Vid. Apéndice III).

Amplios sobradamente son todos los textos que podemos ofrecer, pero su contenido histórico es tan expresivo que no dudamos incluirlos aunque interrumpa este relato.

Lafuente y Menéndez Pelayo.—El ánimo se complace en juntar los nombres ilustres de los autores de dos obras de las más completas que han producido quizá las letras católicas en España en nuestros días, en los momentos mismos en que ambos se ven atacados y escarnecidos a la vez, aun por quienes no han sabido hacer en toda su vida otra cosa que fomentar odios y discordias entre los católicos, y atraerse con este motivo públicas y severas censuras de ilustres prelados de la Iglesia.

Lo oirán y no lo creerán muchos hijos cuando al acabar la lectura de la *Historia Eclesiástica de España*, de D. Vicente Lafuente, y de los *Heterodoxos Españoles*, de D. Marcelino Menéndez Pelayo, se les diga que el premio de tantas fatigas, de tanto esfuerzo de erudición y de crítica, puesto por estos hombres al servicio de la Iglesia, es la censura y el odio, no ya de los enemigos de la Iglesia y de la civilización católica y de España, sino de los que se preciaban de ser los católicos más puros, los únicos verdaderamente católicos que existían a la sazón en nuestra patria.

Por fortuna, tales aberraciones nunca duran. Los hechos, y hasta el nombre de los detractores, se borran de la memoria de todos, y queda sólo en pie, para gloria de Dios y honra de España, la memoria y el nombre de los que supieron elevar tales monumentos a la religión y a la civilización.

Fuerza es, sin embargo, decirlo alguna vez, y sobre todo en los momentos en que el mal adquiere mayores proporciones.

Estamos presenciando un espectáculo increíble y nunca visto en los países católicos, en sus luchas contra la impiedad y la revolución contemporánea.

Cuantas obras de propagación y de defensa se emprenden para sostener y reanimar en la sociedad española la fe y el espíritu católico, aunque tengan un fin público y evidentemente honesto y cristiano, aunque vayan revestidas de la sanción pontificia y de la aprobación e intervención de la autoridad episcopal, si no llevan impreso el sello de fábrica y expedido el visto bueno del jefe accidental de una fracción de las muchas en que se dividen nuestros partidos políticos,

a más de la natural oposición de los libres pensadores revolucionarios, se ven sañuda y encarnecidamente combatidas, apelándose a toda clase de armas, por lo que se proclaman no sólo mejores sino los únicos católicos dignos de este nombre.

Consideremos, sin ir más lejos, lo que tenemos a nuestra vista, lo que ha pasado y está pasando desde hace poco más de un año.

Levántase a hablar en el Parlamento en favor de la Santa Sede un orador que por su ardor, sinceridad y desinterés evidente, cautiva el respeto y atrae la atención de sus mismos adversarios, a quienes, cortés pero implacablemente, combate; las altas autoridades de la Iglesia y de España acuden personalmente a felicitarle, y el Padre Santo le manifiesta su satisfacción al leerlo. En este momento aparecen los católicos íntegros, puros y sin mezclas; los católicos únicos, y ocultando y volviendo del revés este discurso, dicen y repiten en sus periódicos que el orador en cuestión ha hablado contra el Papa, y que, como en todas las cosas, no ha tenido presente el bien de la Santa Sede, sino un interés político, bastardo y mezquino.

Fúndase un diario exclusivamente destinado a la defensa de la Iglesia; sujeta todos sus números a la corrección y a la censura eclesiástica, se abstiene de toda polémica contra los diarios que se llaman católicos; es públicamente recomendada por este motivo su lectura en los Boletines eclesiásticos de muchas diócesis de España; y este diario, en estas condiciones publicado y escrito, es calificado un día y otro día de diario anti-católico, diario masónico, diario liberal.

Tratan de unirse los católicos bajo la dirección exclusiva de los obispos; someten su pensamiento y las bases todas de su organización a Su Santidad, que la aprueba, la bendice y anhela que ampliamente se difunda; concurren, en primer término, a esta unión, con bien cortas excepciones, cuantos católicos convencidos y fervorosos ocupan un lugar preeminente por su posición social, por su talento y por sus servicios a España, Presidentes de las asociaciones católicas, directores de casi todos los diarios y revistas católicas de Madrid y de muchas provincias, catedráticos de las Universidades, etc.

Y a esta unión de tal modo formada y compuesta, o se intenta rebajarla diciendo con espíritu y frases bien poco católicas que no es más que una "cofradía", o se la difama, asentando sin prueba ninguna que es una conjuración y una intriga política en que ¡candidez insigne! Papa y obispos, asociaciones y periódicos, hombres independientes y sabios, se han dejado sorprender y engañar por unos cuantos aburridos, díscolos y ambiciosos.

Fúndase, también con la aprobación del prelado y la bendición de Su Santidad, un círculo católico abierto a todos los eclesiásticos y seglares católicos españoles, que honran con su visita... casi todos los obispos de España que pasan por Madrid; establécense allí confe-

rencias canónicas y solemnemente encomendadas por el cardenal primado a los hombres más eminentes que en ciencia, letras y artes tiene el catolicismo en España, y este círculo es, a los ojos de estos católicos íntegros, un centro católico-liberal, un circo hípico en que actúa una mala compañía cómico-equilibrista; sus cátedras se dice, y se repite falsamente y con fruición, están desiertas a pesar de lo que se hace por atraer a la gente, y sus profesores son objeto de befa y escarnio.

Trátase de crear una universidad, una institución católica de enseñanza, que contraríe y compense la acción y la propaganda racionalista de la institución libre, y al solo anuncio de este proyecto, confiado hoy a los arzobispos de Toledo y de Santiago y al obispo de Salamanca, los católicos íntegros, renovando las tradiciones regalistas y revolucionarias sobre el alto y bajo clero, pretenden alarmar y sublevar a los párrocos contra sus obispos, porque de lo que se trata, se les dice, es de sacar de la triste, exigua dotación de los curas un sueldo para los catedráticos de la futura institución, que no ha podido lograr otros destinos.

Organízase una colecta para el dinero de San Pedro que venga a aumentar la recaudación que anualmente se hace en las iglesias; llegan las limosnas, hasta ahora, a más de catorce mil duros, cantidad a que no había ascendido nunca en otras ocasiones, y los católicos íntegros creen que el modo de servir a la Iglesia y al Papa es no tomar parte en esta suscripción, negarla los medios de publicidad de que dispone, hacer en torno de ella la conspiración del silencio o sacarla a plaza tan sólo para decir que es echar al Padre Santo en cara su pobreza, para zaherir y ridiculizar como de costumbre a los que contribuyen a ella, diciéndoles que ni con eso ni con mucho más lograrán resarcir los males que ellos o sus abuelos causaron a la Iglesia al afiliarse a partidos más o menos liberales.

Llama el cardenal arzobispo de Toledo por orden de Su Santidad a los católicos más distinguidos para organizar bajo su dirección y presidencia una peregrinación diocesana a Roma; excúsanse unos, aceptan los más. Y a los que aceptan se les maltrata y zahiere diariamente sin piedad, y de la peregrinación se dice que ofende al cielo.

Trátase de celebrar el centenario de Santa Teresa de Jesús; se disponen a acudir a él católicos de todas las naciones de Europa, y este centenario y sus juntas, en que están los obispos, son un centenario y unas juntas masónicas, una profanación horrible y sacrílega.

Así la acción social de los católicos en el Parlamento y en la prensa; unión de los católicos para la defensa de la Iglesia y del orden social cristiano; círculos católicos; conferencias y catedráticos instituídos por el prelado; establecimientos de enseñanza católica; peregrinaciones diocesanas; centenario de Santa Teresa, cuantas obras se han emprendido y se emprenden, todo, todo se ha visto y se ve diaria-

mente combatido; sobre todo se intenta hacer caer el desprestigio y el ridículo.

Y como dejamos dicho y hemos visto, no son sólo las obras, sino las personas y sus intenciones las que, faltando abiertamente a las prescripciones de Su Santidad León XIII a los periódicos católicos y a los particulares; del prelado, para los periódicos de sus diócesis, aparecen todos los días zaheridas, ridiculizadas y difamadas hasta en sus defectos físicos.

Galindo, el gran jurisconsulto católico, es para ellos "un tal Galindo"; Orti y Lara, el filósofo, un "mi(sti)co"; Vadillo, el catedrático que combate el matrimonio civil y defiende el poder temporal, una "badila"; Fernández Guerra un... Pero, ¿para qué seguir? Ni los muertos, por ilustres y católicos que hayan sido, se libran de esta saña; y estos días mismos, al grande y malogrado Selgas se le cita en un suelto burlesco con estas incalificables palabras:

"Un poeta místico que hoy es polvo...;" (!!!)

Hemos salido de nuestra reserva en estas materias, para denunciar el mal, y poner al desnudo estos hechos, que ya en más de una ocasión han despertado la atención y merecido públicas y severas censuras de insignes prelados de la iglesia de España.

Hecho ésto, nosotros no podemos ni debemos hacer más, y en nada podía hacérsenos responsables de las consecuencias que produzca este estado de cosas que por tan excepcional y lastimosa manera viene a agravar y a complicar la crisis religiosa, que, como a las demás naciones modernas, trabaja a España.

Antes por el contrario, prescindiendo de los que a la derecha y a la izquierda intenten ponernos obstáculos, dejando en la arena a los espíritus inquietos y pusilánimes, a quienes la persecución contrista o abate, tranquilos con el testimonio de nuestra conciencia y con nuestra ciega sumisión a los prelados, "a todo prontos, y de nada seguros", según la hermosa divisa del ilustre Maestre, proseguiremos nuestra obra de defensa y de unión contra la descristianización de España, saludando con cariño y agradecimiento a cuantos, como en el momento actual (el Sr. Lafuente, con sus doctos e innumerables trabajos en favor de la Iglesia, y el Sr. Menéndez Pelayo, con el prodigioso poder de su erudición y de su crítica), nos sirven de poderosa ayuda en tan santa y salvadora tarea. (*La Unión*, 4-VIII-1882).

A este artículo replica *El Liberal* sin perder su más que maliciosa sonrisa.

La Unión (Texto transcrito).

Y tenía razón al fin y a la postre en preciarse de ello. No han

sido solamente los redactores de *El Siglo Futuro*, del *Rigoleto* y del *Papelito*, los que han censurado al Sr. Lafuente y al Sr. Menéndez Pelayo, sino el P. Fita, S. J., y el P. Fonseca, O. P.

Esto es lo que La Unión debe enseñar a sus hijos piadosamente. (*El Liberal*, 6-VIII-1882).

XVIII. CATÓLICOS Y LIBERALES.

Denso, densísimo va resultando este sumario de forcejeos inquisitoriales. Llegamos al meollo de la cuestión entre liberales y fe católica. El liberalismo se había situado en un plano de radical transformación de la vida nacional abriendo el contenido cultural hacia nuevos rumbos humanitarios e intelectuales. En esta rotunda desviación del rumbo tradicional, peligraba en mayor o menor extremo el contenido religioso. Para el mundo que aun se aferraba al pasado como verdad indiscutible e inapelable, tal posición era doblemente corrosiva contra la fe y contra la patria. Con tenacidad asombrosa esta facción tradicionalista no admitía la menor tibieza o diálogo con todo aquel que no se confesara incondicional de sus postulados político-religiosos. Tal extremismo, justificado o no, puso en trance de rebeldía a muchos católicos sinceros pero no apegados de tal manera a fórmulas pasadas.

El grupo a que pertenecía Menéndez Pelayo se había definido como una postura católica abierta a toda reforma sensata e inevitable. Tanto las instituciones como el quehacer nacional necesitaban una renovación, un vitalizarlas de nuevo, un volverlas a dar pleno impulso a la altura de los tiempos; a esto entonces se llamó Restauración. En cierto modo se confesaba cierta senilidad adherida a las formas tradicionales. Esto para los «integristas» de Nocedal era una confesión absurda e impía, peor aun, un juego del liberalismo, pues en definitiva era reconocer su razón, la tradición era ya vieja.

Esta fórmula media, muy moderada y un tanto indefinida, pronto dio síntomas de excesiva ambigüedad. El grupo más político, Pidal y Mon, Canga-Argüelles, la transformó en valor de compromiso, de alternativas gubernamentales, una especie de interregno, que por no comprometer a nadie comprometía a todos. El sector intelectual más definitivo y menos compromisario, tardó muy poco en poner las cartas boca arriba y entablar la lucha. A estos pertenecían Menéndez Pelayo

y Orti y Lara. Orti y Lara se aferró al escolasticismo intransigente, repudiando a los de la Unión Católica por su ambigüedad filosófica. Entre ellos había uno con carácter de «heterodoxo», y este era D. Marcelino. La ruptura entre estos dos compañeros de círculos y planes académicos fue violenta y un tanto turbia. Orti y Lara no se lanzó plenamente sobre el humanismo pagano de D. Marcelino, sino que taimadamente provoca al P. Fonseca y al P. Fita a una polémica desagradable con Menéndez Pelayo.

En forma general el problema se presenta con amplitud. Veamos en Apéndice las afirmaciones de *La Unión.* (Vide. Apéndice IV).

Uno de los mejores comentarios a esta embarazosa situación nos la ofrece *La Fe.* Difícil resultaba para aquellos católicos resolver su postura ante la inminencia del liberalismo desplegado desde el poder.

> *Tres palabras nada más.*—Hace pocos días supimos por *La Correspondencia* que el Sr. Orti y Lara había presentado la dimisión del cargo de Vocal de la Junta Superior de la Unión Católica, y sin comentarios de ninguna especie reprodujimos la noticia.
>
> Anteayer recibimos el número correspondiente a ese día, de la acreditada revista que dirige el docto catedrático de la Universidad, y nos llamó poderosamente la atención un largo artículo así encabezado: *La Unión fautora del liberalismo.* El artículo llevaba al pie la firma del Sr. Orti y Lara, y era, como todos los suyos, notable por más de un concepto.
>
> Debíamos suponer que no quedaría sin respuesta, y ayer se la da *La Unión,* de Madrid, en otro sin firma, y aunque largo, no tanto como el del Sr. Orti y Lara.
>
> Verdad es que el articulista de *La Unión* repite varias veces que no se propone refutar detenidametne al que apareció en *La ciencia cristiana.*
>
> No hemos de entrar hoy en el fondo de la cuestión que se ventila, tan antigua como el mismo liberalismo, y que se ha debatido con más o menos calor, según las circunstancias y el carácter de los contendientes en todas partes, y de un modo especial en España, donde a poco de terminar la guerra de los siete años, comenzó a formarse un partido que, rechazando nuestras soluciones políticas, presumía de más católico que el carlista, al que acusaba de no servir a la Iglesia como la Iglesia quería ser servida.
>
> "Tú confundes —le decía— lo principal con lo accidental, sacrificando aquello a esto. Si, como dices, eres católico sobre todo, sígueme y no te pesará. ¿No me sigues porque me supones contamina-

do con la revolución? Pues conste que si ésta triunfa, tú y sólo tú serás el responsable de los males que sobrevengan".

A esto se reducía la argumentación de los neo-católicos, los cuales, después, justo es decirlo en su obsequio, confesaron que ellos y no nosotros eran los equivocados.

Pues bien; hoy se reproduce esta cuestión que nosotros temíamos ver de nuevo planteada en España. Para impedirlo propusimos un medio que se desechó, pero se desechó de tal manera, que a la hora presente, por efecto del imperio de las pasiones sobrexcitadas, a cuyo influjo obedecen, sin darse cuenta de ello, la generalidad de los hombres, aparecen en el campo opuesto al nuestro personas que han estado identificadas con nosotros, y que con nosotros han reñido, en sentido contrario, rudas batallas contra los mismos que hoy las combaten sin piedad.

He aquí el riesgo que queríamos conjurar y que todavía procuramos disminuir, he aquí lo que explica nuestra actitud en las presentes circunstancias. (*La Fe,* 8-VIII-1882).

En este momento aparece el reto a D. Marcelino. Un tanto incomprensible resulta para nosotros el que haya permanecido desconocido en todas las ediciones de la *Ciencia Española.* Esta deficiencia ha sido corregida con la publicación del III tomo de *Varia,* (64-70). Hace años, al comenzar estos estudios, dí con el texto, que podemos leer en la referencia dada.

Pertenece este texto al periódico *La Unión,* 8-VIII-1882.

La compleja situación del momento podemos comprenderla ante la actitud azarada de *El Siglo Futuro* y *La Fe,* incapaces de soslayar la tragedia que se les venía encima. (Vid. Apéndice V).

El Liberal nos sirve de intermedio con sus intervenciónes siempre llenas de un amargo humor. Ahora se imagina a D. Marcelino como una verdadera alegoría grotesca. Imagínense que ese pobre señor entre gracias y rosarios, es al mismo tiempo mestizo, masón y ultramontano.

El Siglo Futuro llevando el son a los P.P. Fita y Fonseca, sigue zarandeando al Sr. Menéndez Pelayo con gran desenvoltura y poco donaire. El Sr. Menéndez Pelayo ha hablado sin empacho del más inmenso escándalo por que permitió Dios que pasara la Iglesia en los siglos me dios, dirigiendo de paso dulces requiebros a las Musas y a las Gracias.

He aquí el pecado del joven y descaminado escritor, ligero en todos sus juicios y extravagante en todos sus gustos.

Su ideal es el de una imaginación enferma. ¡Venus rezando el ro-

sario y a sus pies Torquemada, el inquisidor, bebiendo en la copa de Anacreonte! (*El Liberal*, 15-VIII-1882).

Este es el lugar apropiado para la lectura de las cartas de Menéndez Pelayo al P. Fonseca, O. P. En ellas se pueden comprender mil alusiones, que aclaran y profundizan todo lo que venimos diciendo. Los lectores de D. Marcelino sabrán hacerlo. Por eso omitimos su inserción; únicamente anotamos su bibliografía (Vid. *Ciencia Española*, t. LIX de O. C., 119-273).

El liberalismo comenta estas cartas de D. Marcelino con el conocido tono menor.

El Sr. Menéndez Pelayo ha contestado en una segunda carta a las graves censuras que le ha dirigido el P. Fonseca.

El Siglo Futuro critica acerbamente "los desenfados, los desahogos, los desdenes, las irreverencias que hay en la carta del Sr. Menéndez Pelayo y las lecciones que supliendo el empacho, la falta de edad, se permite dar el joven escritor al P. Fonseca, a Santo Tomás y a la Orden de Predicadores.

Como si esto fuera poco, el periódico absolutista dice que la carta en cuestión es una diatriba de las que el más inhábil periodista ensarta en dos palotadas.

A esto ha venido a parar el Sr. Menéndez Pelayo en manos de sus amigos y encomiadores.

Todavía publicará algún otro que se titule *El Buñolero y Menéndez Pelayo*. (*El Liberal*, 18-VIII-1882).

Como remate doctrinal de todo este intrincado proceso séanos permitido remitir al Apéndice VI un amplio desarrollo que los de *La Unión* juzgaron oportuno presentar ante las acusaciones calumniosas de Orti y Lara, convertido en eco doliente de *El Siglo Futuro*. (Vide Apéndice VI).

Después de este inmenso alegato en defensa de *La Unión Católica*, sería momento oportuno de descansar. Pero añadamos estas notas de historia para que a fuer de pesadas refuercen nuestra objetividad.

Para historia.—No vamos a escribir un artículo, sino a exponer hechos, con el mayor laconismo posible y la mayor sencillez.

Nuestros lectores creerán probablemente que *El Siglo Futuro* de anoche habrá sido dedicado casi en absoluto a dar cuenta del ar-

tículo nuestro del sábado, en que demostramos con textos suyos y pruebas intachables lo que desgraciadamente es ese periódico católico; creerán seguramente que *El Siglo Futuro* de anoche habrá tenido formal empeño en dar una prueba de buena fe, restableciendo la verdad de los hechos por él alterada en asunto grave y en perjuicio de *La Unión*; creerán indudablemente que *El Siglo Futuro* de anoche, convicto y confeso de haber cometido una acción mala, se habrá apresurado a cumplir con los más rudimentarios deberes de cristianos haciéndonos justicia, devolviéndonos la honra que nos quitó y demostrando que sólo una equivocación nacida de... cualquier cosa, ha podido ser causa de su terrible tropiezo del viernes, que no es el primero, por desgracia, ni por desgracia será el último...

¡¡¡Pero se han equivocado de medio a medio nuestros lectores!!! Todo antes que eso y nada menos que eso: *El Siglo Futuro* no dice anoche ni una sola palabra a los suyos del falso testimonio que nos levantó, ni de la tremenda cogida que debe a su notoria y constante intemperancia.

En cambio, y váyase lo uno por lo otro, trata bondadosa y prudentísimamente de echar sobre nosotros todo el peso de la ilustre y santa orden de predicadores, explotando la carta de uno de sus individuos dignísimos; y nosotros, sintiendo con toda nuestra alma que *El Siglo Futuro* haya podido utilizar un nombre respetable y un asunto que sólo a nosotros nos incumbía, debemos dar cuenta de una historia, que no tenemos la triste responsabilidad de haber hecho pública.

El Siglo Futuro, que tiene la inmensa desgracia de no saber distinguir entre argumentos buenos y malos, ni entre armas lícitas ni prohibidas, combatió a don Marcelino Menéndez Pelayo, recogiendo, contra él mismo, textos del Rvdo. Padre Fonseca, escritos más de un año antes, sin que el agredido hubiera intentado siquiera contestar por razones muy atendibles de prudencia; y el tono agresivo del periódico fue causa de que nuestros amigos queridos considerasen ya indispensable la defensa, acudiendo entonces el Sr. Menéndez Pelayo a las columnas de *La Unión*, y nosotros publicamos el artículo.

Al insertarle hicimos constar aunque no era preciso que sus doctrinas no son las de otros amigos nuestros, con las cuales *La Unión* está más conforme, declaración que, por cierto se apresuró a recoger *El Siglo Futuro* para reforzar sus cargos al Sr. Menéndez Pelayo. Y decimos que la declaración no era necesaria porque en nada de lo que *La Unión* escribe se aparta de las Doctrinas del Angélico Doctor, cuyo fervoroso apologista, nuestro amigo el Sr. Pidal, ha reñido públicas batallas contra el Sr. Menéndez Pelayo (como éste lo recuerda en su comunicado) en defensa de la filosofía escolástica; de la cual es también valeroso paladín nuestro compañero de redacción el

Sr. Isern, que ha merecido calurosísimos elogios de *El Siglo Futuro*, hasta el punto de haberle considerado como uno de los restauradores de la filosofía tomista en España.

Así las cosas el día 23 de agosto llegó a nuestras manos con retraso la siguiente carta:

"Sr. Director del periódico *La Unión*.

San Juan de Coria, 22 de agosto de 1882.

Muy Sr. mío y de todo mi respeto. En el núm. 186 del periódico que V. dirige, correspondiente al miércoles 18 de agosto, vio la luz pública una carta firmada por don Marcelino Menéndez Pelayo, y dirigida a un filósofo tomista en la cual después de unas protestas de aparente respeto hacia esta comunidad, se leen las siguientes palabras:

"Lo único que me contrista es que habiendo en España tantísimo filosofante, racionalista krausista, positivista y de otros géneros innumerables a quienes hubiera sido muy oportuno refutar, confundir y deshacer en obsequio al Angel de las Escuelas, en celebridad de sus fiestas lo único que se les haya ocurrido a sus hijos de Santo Domingo y hermanos de hábito de Santo Tomás, haya sido clavar en el palo a un escritor conocidamente católico y jugarle a las cañas durante tres días seguidos (el triduo) ni más ni menos que si se tratase del enemigo más pernicioso que tiene la filosofía católica en España".

Rector de esta comunidad y obligado a mirar por su buen nombre, no puedo menos de protestar como protesto contra las calunniosas afirmaciones. A estos hijos de Santo Tomás, lo único que se les ha ocurrido en el mencionado triduo fue celebrar las glorias de su maestro, recientemente declarado por su Santidad patrono de todas las escuelas católicas, sin pensar para nada en el Sr. Menéndez Pelayo, así que ni una sola vez se oyó su nombre en las veladas que con tal motivo se celebraron y en las composiciones que en ellas se leyeron se hizo la más ligera alusión a su persona, como de ello podrán dar testimonio las autoridades de la vecina villa de Cangas, los reverendos sacerdotes y demás señores que nos honraron con su presencia.

Ruego a V., Sr. Director, se sirva dar cabida en su periódico a esta protesta, que como en cumplimiento de un deber sagrado me veo precisado a hacer, quedándole por ello agradecido su atento seguro servidor y capellán Q. B. S. M. *Fray Manuel Ugarte*."

Ya ve el Padre Ugarte que no nos negamos a insertar su comunicación ni nos hemos negado nunca; y si él hubiera insistido la hubiéramos insertado antes en paz y en gracia de Dios con más gusto que ahora entre albortos y escándalos, pues no nos resistimos jamás a publicar no ya lo que nos envía un respetable religioso con cuya doctrina al fin estamos de acuerdo; pero ni los ataques ni las acusa-

ciones que nos dirigen nuestros adversarios y más si alguna razón de justicia pueden invocar; aunque nosotros, por el contrario, las invocamos en vano, aun tratándose de manifiestos falsos testimonios y calumnias, que siempre quedan en pie y sobre la conciencia de los que nos deshonran y faltan abiertamente a la ley de Dios.

Pero nosotros, que de mil amores hubiéramos complacido al Rvdo. P. Ugarte, creíamos prudente no proceder en ese caso sin consejo, y lo consultamos con personas de virtud, ciencia y autoridad tan respetadas seguramente por el Padre Ugarte como por nosotros; ¿qué es lo mejor, preguntamos, que publique *La Unión* esa carta o que la suspenda avisando a su autor? *La Unión,* añadimos, lo único que quiere en este asunto es la mayor honra y gloria de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. Y las respetabilísimas personas a quienes consultamos, tan respetables para el Rvdo. Padre Ugarte como para nosotros, nos dijeron: "su publicación puede ser causa de polémica y escándalo; la prudencia aconseja no publicarla". Y por esto y sólo por esto no la publicamos.

Pero, como tratándose de la ínclita orden de predicadores no podían dolernos prendas, escribimos al Rvdo. Padre Ugarte diciéndole que redactábamos un suelto en *La Unión* para satisfacer los deseos de la respetable comunidad que merecían, no solamente nuestros respetos, sino también nuestras más vivas simpatías; y nos ofrecíamos además al P. Ugarte de todas veras para cuanto quisiera mandarnos.

El suelto a que esta carta se refiere fue publicado el mismo día en *La Unión,* y decía así: "El dignísimo P. Rector del Colegio de dominicos de San Juan Bautista de Coria, nos ha honrado con una carta, en la cual nos ruega hagamos constar que en el triduo celebrado en honor de Santo Tomás de Aquino, sólo se pensó cantar las glorias del ilustre doctor angélico, sin nombrar una sola vez a nuestro querido amigo Menéndez Pelayo.

Tenemos una verdadera satisfacción en complacer al piadoso Padre Fray Manuel Ugarte, honra, de la gloriosa orden de Santo Domingo, que tantos sabios dio al mundo y tantos santos a la Iglesia de Dios".

Como es claro, creímos que el P. Ugarte en caso de no quedar satisfecho nos lo diría y al mismo tiempo ofrecimos al Rvdo. Padre Fonseca las columnas de *La Unión,* diciéndole que las consideraríamos muy honradas si las juzgaba dignas de sus escritos y quería contestar al Sr. Menéndez Pelayo.

Parecía natural que, conociendo ya los Rvdos. PP. Dominicos de Corias, nuestros sinceros propósitos, nuestros buenos deseos y nuestro entrañable afecto a la orden, si el suelto no les basta y la carta no les satisfacía, nos hubiera pedido más, bien seguro de que más les hubiéramos dado; pero vemos con sentimiento que el Reve-

rendo P. Ugarte ha preferido entendérselas con *El Siglo Futuro*, y este periódico publica anoche aparte de no sabemos cuántos artículos, tres cartas del Sr. Rector del Colegio de Misioneros dominicos de San Juan Bautista de Coria.

Cuando tales cosas pasan, no hay más remedio que levantar los ojos al cielo y exclamar: ¡Todo sea por Dios, y adelante!

Nosotros queríamos remedio y viene escándalo. ¿De qué serviría ya que *La Unión* no publicase esa carta, publicada como está por *El Siglo Futuro*?

Quizá haya contribuido a lo que pasó el ser el Rvdo. P. Ugarte suscritor a *El Siglo Futuro*, según dice, y no leer *La Unión* más que por casualidad, quizás por eso nos juzgará unos grandísimos hipócritas y casi unos herejes pertinaces, puesto que así nos pinta un periódico que él considera excelente y acertadamente dirigido y digno de su especial aprecio. Sea de ello lo que fuese, nosotros debemos repetir que no publicamos la carta del Rvdo. P. Ugarte cuando la recibimos, porque como no ignorará el P. Ugarte, así nos lo aconsejaron personas respetabilísimas para el Rector de los PP. Dominicos de Corias y para nosotros, y no la publicamos, creyendo satisfacerle de otro modo: y la hubiéramos publicado si nos hubiese dicho que no quedaba satisfecho, así como hoy la insertamos porque, habiéndose hecho pública, han desaparecido todas las razones de prudencia que teníamos para que no sirviera de entretenimiento en el desdichado juego de la política.

Sólo tres obseravciones hemos de permitirnos antes de concluir:

1.ª Que el párrafo del artículo del Sr. Menéndez Pelayo, que copia el Rvdo. P. Ugarte, estaba inmediatamente detrás de este otro que no ha merecido los honores de ser reproducido en la protesta:

"Por ningún concepto quisiera yo parecer irreverente con esa comunidad religiosa de la cual debo creer que no se hace responsable de los desahogos literarios de cualquiera de sus individuos".

2.ª Que la nota del Rvdo. P. Fonseca forma parte del ramillete literario dedicado a Santo Tomás de Aquino por los PP. Dominicos del Colegio de Corias, impreso en Oviedo en el año 1881: la cual nota consta de más de diez y seis páginas, en las que aparece el nombre de D. Marcelino Menéndez Pelayo cincuenta y cinco veces cuando menos.

Que, a pesar de esto, D. Marcelino Menéndez Pelayo ha dejado pasar más de un año sin contestar y sólo se decidió al ver que exhumaba con mal recuerdo esta cuestión filosófica *El Siglo Futuro*.

Por lo demás, queda ya publicada en las columnas de *La Unión* la carta del Rvdo. P. Ugarte, y queda el Rvdo. P. Ugarte complacido. *Francisco de P. Queveda.*—(*La Unión*, 5 de setiembre de 1882).

XIX. LAS AMBIGÜEDADES DE D. MARCELINO.

De regreso, al final de todas estas peripecias, Menéndez Pelayo tenía que pensar en muchas cosas que había dicho y hecho, desde su ilusionada intervención en tertulias intelectuales y círculos de la Unión Católica, a través de brindis y homenajes hasta esta turbia e incómoda baraúnda de intransigencias y distinciones.

Los políticos veían más de cerca el final de aquella arremetida del liberalismo en el poder; no era tan fiero como se le imaginaban; mucho mejor, estaba debilitado y entristecido. Pronto Posada Herrera tomaría la alternativa.

Los intelectuales se habían dividido. Esto era lo más grave en aquel primerizo balance. No era posible ya la ilusionada universidad católica. Trabados los escolásticos con aquel rebelde humanista que se apellidaba Menéndez Pelayo, era preciso buscar otro modo viable, sin polémicas y resquemores. Aquí se nos pudiera permitir una observación sobre nuestro catolicismo. Desde hacía siglos, entre la gente española resultaba un tanto tirante la relación de opiniones y gustos frente a la intransigencia del dogma. La conexión íntima de la realidad implica una grave dificultad para saber hasta qué punto llegan los límites de lo cierto absoluto y lo problemático opinable. Más aún; la oculta relación entre los procesos humanos hace sospechosas ciertas afinidades que, sin ser en sí comprometedoras, sí lo son comprometidas. Es decir, nos acostumbramos a asociar ciertas reacciones simultáneas aunque carezcan de auténtico parentesco íntimo.

Por ejemplo, el Humanismo y la Reforma germánica coinciden, es el caso del erasmismo español, y coinciden también el descrédito monárquico y el desorden social. Azarosas son las relaciones históricas entre ciencia y creencia, Dios y trono, libertad y absolutismo. Pero lo grave es que estos concatenamientos son férreos.

D. Marcelino como auténtico humanista no vió ningún conflicto entre la belleza pagana y el misticismo cristiano. No es fácil comprender esto para mentalidades que alteran su sensualidad poética con imaginaciones desenfrenadas, no han conocido a una Venus estéticamente pura. Son efectos de educación y de espíritu. Limitaciones humanas. No digamos nada de la infantil monomanía de esas interpretaciones ascéticas que cifran su austeridad en la falta de metáforas, y

hasta en su estilo literario hacen voto de pobreza o se consagran a un academicismo infecundo, como a la ciega obediencia de unas constituciones monacales. Ni la pureza del arte helénico, ni la llaneza de nuestro misticismo castellano, ni el sabroso buendecir de nuestros ascetas o la exactitud horaciana del Venusino, tienen por qué entrecortarse y desdecirse. Esta es la profunda sensatez de D. Marcelino, que huyó tanto de la amanerada tradición del escolasticismo como del desenfado petulante de un progresismo exhibicionista.

Dentro del catolicismo estaba impuesta una revisión de estilos y métodos, inevitable y profunda. Entonces se imponía la urgente tarea de humanizar nuestra cultura, eclesiástica en demasía, aquel deje de dómine inflexible y gruñón, bondadoso en su intimidad, pero áspero y desabrido en sus maneras. Según D. Marcelino, íbamos sobrecargados de escuelas minuciosas y taradas, preocupadas excesivamente de sí mismas, sin dignarse mirar en torno. Más aún, la ciencia española, en ciertas esferas, había adquirido un tono amortiguado y tendencioso. Había de ser reanimada, incluso sacudirla, eso sí, sin aturdimientos, sin manías persecutorias, ni desparpajos a troche y moche. Esto era el frente de la revolución liberal en su aspecto intelectualoide. Lo notable de este suceso es que los intelectuales revolucionarios consiguieron sacudirse de encima la modorra de nuestros bisabuelos, mientras los tradicionalistas no acabaron de darse cuenta de su propio aturdimiento.

La parte del grupo intelectual del catolicismo que se decidió a dar el paso, fue calificada de liberaloide por admitir ciertas circunstancias del liberalismo. Entre este grupo no nos cabe la menor duda que se encontraba D. Marcelino, y esto desde los comienzos de sus años mozos, cuando paseaba por las ramblas de Barcelona. La injuria no puede ser mayor al calificarle de tal manera, y esto sus propios correligionarios.

Terminaremos con los mismos textos de siempre. Eso sí, hay uno que nos dará muchísimo que pensar.

La Unión proseguía sus disculpas entre integristas y disidentes, al mismo tiempo que Menéndez Pelayo proseguía sus cartas al P. Fonseca. (Vid. *Ciencia Española,* t. cit.).

El Liberal señala la situación harto incómoda de D. Marcelino.

El Sr. Menéndez Pelayo a lo que parece se propone manifestar públicamente su separación de los tradicionalistas.

Ya éstos le habían separado. (*El Liberal,* 20-IX-1882).

El párrafo siguiente es el que nos reclama la máxima atención. Repásese y se comprenderá el alcance atrevido de cuanto hemos afirmado.

Varapalos que en cosas de "en pretérito" da "en presente" *El Siglo Futuro* a D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Ha poco publicó el Sr. Menéndez Pelayo el tomo tercero de sus *Heterodoxos.* Quien haya leído sus últimas páginas verá claramente que era necedad manifiesta esperar nada del Sr. Menéndez Pelayo.

Después de haber probado, hablando de los siglos anteriores, que nosotros tenemos toda la razón, al encontrarse en el curso de su historia con sus amigos, el Sr. Menéndez Pelayo se rió de la Lógica y acabó de volver la espalda a la única esperanza de salvación que le quedaba.

Sí; en el tomo susodicho llama "mi dulce Valera" al que califico de "chirimbolos" ciertas cosas que no hay para qué nombrar.

Pero como a la vez en las mismas páginas colma de injustísimos epítetos a todo el que ha hecho aquí profesión de liberal en la cátedra y en el libro, resulta que el Sr. Menéndez Pelayo ha vuelto la espalda a todo el mundo, a los católicos, lo mismo que a los liberales.

El Sr. Menéndez Pelayo no debe ganar para espaldas. (*El Liberal,* 6-X-1882).

De espaldas a los dos bandos, Menéndez Pelayo sólo pudo pertenecer a un grupo de católicos que no vendieron la tradición a los intereses de familia o de partido, ni se suicidaron en manos de irresponsables revolucionarios. Este fue su gran problema, el problema de los mejores. *El Liberal* le acompaña hasta en los más mínimos detalles.

Hablando después de la sabiduría de la santa, dice Menéndez Pelayo:

"En estilo de plática..."

Nos parece poco respetuoso para la santa decir que empezó a dar un curso de filosofía con los pies. Verdad es que el Sr. Menéndez Pelayo no respeta nada. (*El Liberal,* 16-X-1882).

Como Apéndice VII insertamos un amplio artículo sobre las dos tendencias de los españoles en el campo del catolicismo. (Vide Apéndice VII).

A final de año, *La Unión* nos recuerda los viejos tiempos de *El Fénix* cuando se sentía un poco más ilusionado.

> Menéndez Pelayo (D. Marcelino) Literatura Dramática: basada en la Poética de Aristóteles. (*La Unión,* 20-XI-1882).
>
> Notabilísima bajo todos los aspectos la I Conferencia que acerca de la Poética de Platón y con preliminares a las lecciones sucesivas sobre la Poética de Aristóteles, dió anoche D. Marcelino Menéndez Pelayo ante numeroso y escogido público. (*La Unión,* 25-XI-1882).

El Liberal tampoco cede en su interés por enfrentar a los católicos e incluso a la jerarquía. Ahora se trata también de los jesuítas.

> Si alguno creyó que las simpatías personales de León XIII podían favorecer a la Unión Católica, plaga nefanda, según el obispo de Daulia, muchos esperaron que el influjo poderosísimo que la Compañía de Jesús ejerce en la corte de Roma habría de servir de amparo y sostén a los católicos e íntegros que luchan contra los obispos. (*El Liberal,* 21-XII-1882).
>
> La encíclica del Papa —confesémoslo— no satisface nuestra curiosidad ni responde a los anuncios de los diarios clericales de uno y otro bando.
>
> Verdad es que todo el interés de la cuestión se cifra y compendia en la carta que privadamente ha dirigido León XIII a los prelados españoles interpretando la encíclica... ¿Conoceremos ese documento? O de otra manera, ¿entregarán la carta los obispos?
>
> Casi toda la prensa interpreta la encíclica pontificia como una derrota del Sr. Nocedal y de *El Siglo Futuro.*
>
> Este, empero, trata de demostrar que el documento en cuestión es favorable a sus doctrinas y contrario al sentido que ha querido darle la Unión Católica.
>
> *El Siglo Futuro,* artículo XV, sobre la masonería por dentro, es verdaderamente peregrino...
>
> ¡Como que dice en él que el santo y seña dado en las logias es que finjan veneración a la Iglesia y respeto al ejército todos los rebeldes a la verdad, desde la Unión Católica hasta el pacto sinalagmático! Y ahora que vengan encíclicas... (*El Liberal,* 22-XII-1882).

Las palabras finales de este último texto son de antología. No creo que puede imaginarse mayor confusión histórica. A todo habían de llamar masonerías estos suspicaces tradicionalistas de Nocedal en nombre de D. Carlos. Queman las palabras que *La Unión* nos trasmite des-

de *El Correo Catalán* y *El Siglo Futuro.* Llaman «libro curioso» nada menos que a la *Historia de las Ideas Estéticas.* De atrofias o algo peor tienen que ser calificadas estas aberraciones históricas, dispuestas a regir una nación hacia sabe Dios qué destinos. Menos mal que el Sr. Nocedal no tuvo la desgracia de llegar a ser Regente.

> *Política Menuda.*—En la Política Menuda, escribe el mismo *Siglo Futuro,* refiriéndose a los estudios superiores de la Unión Católica solemne y canónicamente establecidos y encomiados por el Prelado hace muy poco tiempo:
>
> "A nuestro querido colega *El Correo Catalán,* le he escrito desde Madrid lo siguiente: —anteanoche anunció por descuido, *La Correspondencia,* que el Sr. Menéndez Pelayo iba a dar una segunda lectura en la Unión Católica. Recordará usted que *La Unión* (con acento) como la llama *El Siglo Futuro,* nos habló muy seria de unos estudios superiores que se abrían en el círculo de la Unión, y llamó a las conferencias cátedras y profesores a los conferenciantes. Ahora, poco a poco se va descubriendo la verdad hasta para los que tienen la ingenuidad de creer lo que dice *La Unión,* ahora resulta que los estudios superiores, se reducen a unas tertulias en que habla alguno de los socios cuando lee.
>
> La cátedra, por ejemplo, del Sr. Menéndez Pelayo, a que cada ocho días va por allí y lee capítulos de un libro curioso que tiene en preparación. Pero lo mejor todavía no es esto, sino que el auditorio está reducido, la noche que lee el Sr. Menéndez Pelayo, a cuarenta personas y las demás noches a seis o siete. ¡Estas son las grandes obras de la Unión!
>
> —¡Y estudios superiores!" (*La Unión,* 23-XII-1882).

El último texto será el de *La Unión,* como una breve nota sobre la actividad de D. Marcelino.

> Precede a estas obras un magnífico prólogo de Menéndez Pelayo leído por primera vez la misma noche que el Sr. Rubió, de paso por Madrid, dio su conferencia. (*La Unión,* 28-XII-1882).

Su labor intelectual es el mejor gesto de aquel que bien merece el título fecundo de maestro. Las políticas humanas cuando intervienen en asuntos intelectuales, sólo producen trastornos, revoluciones, exactamente igual que los intelectuales interesados, que abusando de sus

privilegios, imponen formas de vida teóricas y disparatadas cuando sólo provocan un cansancio y aturdimiento demoledor e insano.

El mutuo respeto de los hombres que sepan tolerar tanto las creencias como las ideas y los hechos, sería la mejor garantía de una sociedad más fecunda y dichosa.

MODESTO SAN EMETERIO COBO

APENDICE I

Carta del Arzobispo de Granada.—Damos a continuación este importante documento. Es notable, no sólo por lo que se refiere a la cuestión actualmente promovida entre periódicos con motivo de cierta proyectada "Unión Católica", sino también por calcarse en él con precisión y claridad admirable las reglas generales que deben servir de norma al católico en sus relaciones con el liberalismo. Los principios de doctrina han estado siempre, gracias a Dios, muy bien deslindados en la cuestión presente, no así empero las reglas de procedimiento práctico. El insigne prelado, jefe de la primera gran romería española al Vaticano, las traza aquí con seguridad y aplomo tales, que en adelante hace imposible toda vacilación o tergiversación entre personas de buena fe. Por esta razón principalmente recordamos la lectura del citado documento, que en más de dos ocasiones creemos nos ha de servir a todos, y que (hemos de confesarlo) nos ha consolado muchísimo porque ha venido a justificar solemnemente la conducta seguida por nuestro semanario desde su fundación, conducta que no todos los que la conocen han apreciado de la misma manera. Este superior testimonio nos confirma más y más la absoluta intransigencia que ha sido siempre nuestra bandera. Dice así:

Señores Conde de Orgaz, D. León Carbonero y Sol, Marqués de Mirabel, Conde de Canga-Argüelles, Conde de Guaqui, D. León Galindo y de Vera y D. Alejandro Pidal y Mon.

Granada, 23 de enero de 1881.—Muy señores míos y de mi distinguida consideración y aprecio: He recibido la atenta y respetuosa carta-circular que Vds. se han servido enviarme con fecha 14 del actual, y con ella un ejemplar impreso del Mensaje dirigido a Monseñor Freppel, digmo. Obispo de Angers y adalid muy distinguido y valeroso de

la causa de Dios, ,de su religión y de su Iglesia en el rudo y porfiado combate que están librando contra ella en la vecina Francia las huestes de la revolución y la impiedad coaligadas y azuzadas por las sociedades secretas. Hubiera querido contestar a Vd. inmediatamente, pero mis ocupaciones son muchas y el argumento de su carta, con apariencias de fácil y sencillo, entraña suma gravedad y de fácil y sencillo, entraña suma gravedad y transcendencia, y no podía ni debía tratarlo muy a la ligera. El epígrafe de la Unión Católica con que se encabeza el ejemplar impreso del referido Mensaje, creo que nos da la clave para verdadera inteligencia de la carta misiva, para graduar y medir todo su alcance y conocer el fin y verdadero objeto que se han propuesto los distinguidos firmantes de ambos documentos; y por lo tanto la Unión Católica tiene que ser también el tema obligado de mi contestación, que quisiera fuese más digna de Vds. y de la importantísima materia de que se trata en ella.

¿Qué cosa hay más interesante, más bella y más de desear que la verdadera y estrechísima unión de todos los católicos del orbe? Nuestro Señor Jesucristo la deseó ardientemente, la pidió con muy tierna plegaria a su Eterno Padre en la noche memorable de la Ultima Cena y la dejó establecida y como encarnada en la unidad viviente de su Religión, de su Iglesia y de su Cabeza visible. Los Santos Apóstoles recomendaron y encargaron eficazmente esta unión a los primeros fieles, y sentían, a par de muerte, que hubiera divisiones y cisma entre ellos, y que dijesen, unos que eran de Cefas y otros de Pablo, y otros de Apolo; y tanto los fervorosos católicos de los primeros siglos, como todos los que de veras lo han sido en todo tiempo, han procurado siempre, como hijos sumisos de la Iglesia, estar muy unidos en el tierno regazo de su Madre, y trabajar y pelear con brío y con denuedo bajo la dirección de sus legítimos Pastores por la gloria de Dios y la santificación de los hombres, que vale tanto como decir por la consecución de todos los bienes juntos, espirituales y corporales, temporales y eternos, que el Señor ha prometido dar superabundantemente a todos los que busquen de veras y ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia en unión de fe y caridad.

Pero desgraciadamente el decaimiento en la fe y la corrupción de las costumbres, han traído, como consecuencia necesaria, el resfriamiento de la caridad y la relajación de los vínculos fraternales que unían a los hombres entre sí; y más adelante las contiendas y partidos políticos, que trabajan y consumen a todas las naciones, han cavado tan hondos abismos aún entre los fieles hijos de la Iglesia católica, que como Vds. dicen muy bien en su carta, "el volverlos a unir enteramente y para todo es empresa superior a la voluntad de los hombres", mas por esto mismo será muy digno de aplauso y merecerá bien de la Iglesia y de la sociedad todo aquel que, fiado en Dios y no en sus propias

fuerzas, acometa la nobilísima empresa de concertar a los discordes, de unir a los desunidos y congregar a los dispersos bajo el lábaro santo de la cruz de Cristo; y bajo este concepto, yo, como Prelado católico español por todas mis coyunturas no puedo menos de bendecir y calificar de bueno y de laudable el noble propósito concebido por Vds. de promover y fomentar la verdadera unión de todos los católicos españoles, tan hondamente divididos por cuestiones políticas, siquiera en todo lo que se refiere al orden puramente religioso.

La verdadera unión de todos los católicos españoles, en sí misma considerada, no hay duda que es buena. La dificultad y el peligro están en atinar con la base, pacto, fórmula y modo de ser de esta unión, para que no degenere en confusión o acaso llegue a ser una nueva manzana de discordia, arrojada al campo católico, que lleve la perturbación y división a todas partes y hasta logre introducirla en el clero y en el episcopado, lo cual sería la última y la más deplorable de todas las desdichas que pudieran sobrevenir a nuestra muy amada España... "Hic labor, hic dolor". La cuestión que acabo de indicar a Vds. es muy difícil y compleja, y a la vez de gravedad y trascendencia suma; es cuestión que ha ejercitado y ejercita en el día el claro talento de muchos sabios católicos en Italia, en Francia y en otras naciones de la cristiandad, y tengo para mí que no llegará a resolverse cumplidamente y a gusto de todos mientras no se resuelva allí donde se resuelven y terminan siempre todas las cuestiones católicas, en la santa romana Iglesia, madre y maestra de todas las iglesias y centro natural y legítimo de toda unión religiosa y de todo movimiento católico,

Yo, por mi parte, en esta vasta archidiócesis que Dios ha puesto a mi cargo, procuro y he procurado siempre según mis escasas fuerzas y talento, no sólo recomendar, sino realizar hasta donde me ha sido posible y permitido esta unión de los católicos cualquiera que sea su procedencia política, para toda empresa de religión y de piedad, de caridad y de beneficiencia; así en las varias obras de esta clase, con la ayuda de Dios, que hemos fundado y sostenemos en el día, siempre he contado y cuento con el óbolo y eficaz cooperación personal de todos los buenos católicos granadinos; y debo decir en su honor que, cuando de obras católicas se trata, no advierto entre ellos recelos ni antipatías de ninguna clase, por más que estén divididos en política. No hace muchos días que tuve el gusto de reunir en mi despacho a varios distinguidos caballeros católicos de diversas procedencias políticas, con el objeto de pedirles su cooperación pecuniaria para una obra altamente católica que les propuse, y todos ellos, con la mayor armonía y fina voluntad, me facilitaron en un instante cuantos recursos necesitaba para su realización, uniéndose en la oferta del Prelado que nunca falta en tales casos: de modo que en esta mi ciudad y arzobispado de Gra-

nada existe de hecho y funciona armónicamente, gracias a Dios, la Unión católica de que ustedes hablan, bajo la autoridad y dirección del Prelado; pues el buen sentido práctico y hasta el instinto religioso de mis amados católicos granadinos les hace comprender que ninguna obra y empresa católica deba de acometerse jamás sino bajo la autoridad y dirección de los obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios, y para cuidar y fomentar todo lo que a la misma conviene y pertenece.

Por eso, hablando a Vds. con la ingenua franqueza que me caracteriza y con la santa libertad con que debe de hablar siempre un obispo a los fieles hijos de la Iglesia, pues hijos son Vds. de ella, y con el dulce título de hijos firman Vds. la carta a que tengo el honor de contestar, me atrevo a decir que el pensamiento de la Unión católica hubiese nacido más fuerte y vigoroso y hubiese sido mejor y más universalmente recibido, si antes de darlo a la luz y esparcirlo a los cuatro vientos bajo la firma de personas muy dignas y respetables, sin duda, pero de personas seglares y en su mayor parte caracterizadas en política, se hubiese sometido íntegro al examen y aprobación de todos los obispos y se hubiese publicado por primera vez con la aprobación explícita de todo el episcopado español y con la bendición apostólica del supremo Jerarca de la Iglesia. Presentada y sostenida la bandera de la Unión católica por el brazo y respetable autoridad de los obispos, todos los verdaderos católicos hubiesen corrido a alistarse a su servicio y defensa y envolverse entre sus hermosos pliegues y nadie que de católico se precie se hubiese atrevido a combatirla y mancharla; ni los poderes públicos tendrían motivo alguno para recelarse de ella, ni atribuirla miras políticas de ninguna clase; porque sabe que los obispos, como tales, ni quitamos ni ponemos reyes, sino que defendemos a nuestro Amo y Señor, que es Jesucristo, en el Cielo, y a su Iglesia y a su Vicario en la tierra, sin que dejemos de dar y predicar a la vez el respeto a nuestros soberanos y la debida obediencia a sus autoridades en todo lo que es de su resorte y de su esfera. Y aunque Vds. ponen a Dios por testigo de que no se propone otro fin que el de "procurar en cuanto pueda la gloria y extensión del Catolicismo y la salud de la Patria", lo cual creo yo firmemente bajo la sola palabra de Vds. de honrados cristianos, de cumplidos caballeros, no faltarán, sin embargo, hombres suspicaces y desconfiados, que, al ver entre los firmantes del Mensaje hombres señalados en política, y en política activa y militante, se atrevan a juzgar las intenciones de Vds. y a tergiversar sus manifestaciones y formales palabras, y a sospechar al menos algún fin político oculto en la Unión católica que Vds. les proponen.

Pero todo esto ¿se ha de abandonar el pensamiento saludable de unir en un solo haz a todos los verdaderos católicos para la defensa de la religión y de la sociedad? ¿Se ha de desistir enteramente de la

grande obra, tan recomendada por la Santa Sede, por todos los obispos del orbe, de reunir y organizar las inmensas, pero disgregadas fuerzas católicas, para defender los grandes intereses del catolicismo, hoy tan seria y universalmente amenazados? No, y mil veces no; y mucho menos en los actuales momentos en que sus enemigos se están alistando y organizando en todas partes, tomando posiciones en los puntos más estratégicos de la moderna sociedad, y atrincherándose en ellos de una manera formidable. Pero ¿y qué ha de hacer para remediar cualquiera desventaja que acaso pudiera tener hoy la Unión Católica por haber sido iniciada y publicada por seglares políticos, que, como Vds. confiesan en su carta, "están divididos por graves cuestiones políticas, procedimientos de conducta y por afectos y compromisos personales"? ¿Qué? Hacer hoy con lo que falta a la Unión Católica lo que debiera haberse hecho al principio con el todo: me explicaré: La Unión Católica, tal cual Vds. la presentan, no es más que un simple hecho realizado en esta Corte por un cierto número de personas respetables, unidas en religión y muy divididas en política; pero este simple hecho se nos presenta sin derecho constituído, esto es, sin las bases, pactos y condiciones que especifiquen, concreten y determinen el modo de ser y de obrar de esta Unión, para que no se deshaga por sí misma o degenere pronto en confusión, o acaso se malee y corrompa por cualquier levadura de error liberal que furtivamente se introduzca en ella, y que por poca que sea viciará y corromperá muy pronto toda la masa de la Unión, según aquella sentencia de nuestro Divino Redentor: "Modicum fermentum totam masam corrumpit". Pues bien; si la Unión Católica ha de ser algo serio, formal y permanente, es preciso y urgente el que Vds. formulen dichas bases, actos y condiciones, y las sometan antes de su publicación, a la autoridad y magisterio del Episcopado de la misma Santa Sede, y en este sentido he dicho arriba que debe hacerse hoy con lo que falta a la Unión lo que yo creo que debió hacerse al principio con todo.

Acaso me dirán Vds. que las bases, pactos y condiciones de la Unión Católica están ya formuladas, pues se dice que caben dentro de ella todos los hombres de fe y de buena voluntad que quieran trabajar con Vds. en promover la gloria y extensión del Catolicismo y la salud de la patria, cualquiera que sea el campo político de su procedencia, pero esto no basta, porque bien saben ustedes, acaso mejor que yo, que hay alguna política, y opiniones y sistemas políticos que, o no caben o no encajan bien en el Catolicismo, y que ha habido y que hay algunos estadistas y políticos modernos que se tienen por tan católicos como los obispos y el Papa, y se dan por agraviados cuando se les disputa este título glorioso y creen, sin embargo, o aparentan creer, y lo dicen y lo publican en letras

de molde, que no afectan a la religión ni a los intereses bien entendidos del Catolicismo, ni a la moral cristiana, la desamortización del patrimonio de san Pedro y la usurpación sacrílega del principado civil de la Santa Sede, el despojo de los bienes, acciones y derechos temporales de la Iglesia, la supresión de las ordenes religiosas de uno y otro sexo, la introducción de la libertad de cultos en los países católicos, la completa secularización de la enseñanza pública, la absoluta libertad de la prensa, y otras mil cosas parecidas que Vds. han oído y leído sin duda muchas veces.

Ni basta decir tampoco, como para recurrir a estos y otros absurdos y monstruosas contradicciones, que la Unión proclamada por ustedes sólo admíte en su seno a los católicos políticos "que acepten universalmente como credo y norma de conducta la doctrina del *Syllabus,* cual la entienden, explican y aplican la Santa Sede y los obispos". Para Vds. y para mí bastaría sin duda el afirmar y el admitir esto seriamente; pero podrán venir a la Unión Católica con el tiempo, alguno o algunos de aquellos hombres políticos que suelen verse y oirse alguna vez, que admiten con la boca y en el círculo de su vida privada la doctrina del *Syllabus* y las enseñanzas del Papa y de los obispos, pero que las niegan después en su conducta política y con los hechos de su vida pública, pues, que o en la academia o en la cátedra, o en la tribuna o en la prensa, o en las altas regiones del poder, si alguna vez ascienden a ellas, contradicen a cada paso dichas enseñanzas y acarician sistemas y admiten denominaciones políticas y contrarias a ciertas proposiciones del *Syllabus* y muy especialmente a la octogenísima y última de este insigne documento pontificio, en la que se reprueba y condena la doctrina de los que dicen que "el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y componerse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna". Esto indicará a Vds. la necesidad que hay de optar prudentemente algunas precauciones para evitar hasta donde buenamente sea posible en el seno de la Unión Católica toda clase de subterfugios y dolorosas interpretaciones de las proposiciones del *Syllabus* y de todas las enseñanzas de la Iglesia, procurando además que los miembros de dicha unión entiendan el compromiso formal que contraen al ingresar en ella de seguir y apoyar con todas sus fuerzas las soluciones católicas en cuantos problemas se presenten, tanto en el orden filosófico, en el político y social y no prestar apoyo alguno a soluciones y sistemas que sean contrarios a la doctrina católica, ni a sociedades, publicaciones y personas que sean hóstiles a la Iglesia, a su jerarquía y a sus instituciones.

Pero aún sentadas y explicadas bien estas y otras bases y adoptadas las precauciones posibles para que nadie las socave ni falsee, todavía quedan dos cosas muy ensenciales por hacer: 1.º Dar a

la Unión Católica la organización interior de que indispensablemente necesita, para que pueda moverse y funcionar libre y ordenadamente en Madrid y en las provincias, y hacer sentir su influencia saludable en todas las esferas de la vida religiosa y social, lo cual, aunque parezca muy fácil y sencillo, y aun supuesta la jefatura y dirección interior de los obispos, dará a Vds. no poco que entender y discurrir. 2.º Señalar y acotar bien el terreno propio en que se ha de mover y funcionar la Unión Católica debidamente organizada, marcar y fijar lo más exactamente que se pueda el rumbo que en su marcha ha de seguir, y determinar concretamente los procedimientos y medios principales de que se ha de valer para lograr los grandes objetivos, que Vds. apuntan en su carta y otros análogos que en adelante se propongan conseguir; y esto segundo represéntaseme a mí como mucho más fácil de hacer que lo primero, por las razones que paso a exponer y que creo conviene que Vds. las pesen y mediten bien.

Por una parte parece inferirse de la carta de Vds. y lo dicen claramente los periódicos que le son adictos: la Unión Católica, compuesta de muchos hombres políticos y muy divididos entre sí por graves cuestiones políticas, es exclusivamente religiosa, pero no política; y digo yo para mí: ¿es posible separar enteramente el catolicismo, ni como doctrina ni como institución de la alta política con que se rigen y gobiernan los estados? ¿Hay alguna grave cuestión filosófica, política o social que no venga al fin a resolverse en una cuestión de Teología y de doctrina católica, como confesó Proudhon? ¿Hay alguna doctrina católica o algún dogma de nuestra santa fe, por abstruso que parezca, que no se relacione más o menos y proyecte vivísima luz sobre alguna cuestión, o filosófica, o jurídica, o política, o social?...

Y siendo esto así, ¿cómo dejará de reflejarse en la marcha y en los procedimientos de la Unión Católica, la profunda división política de los miembros que la componen?... Por otra parte, Vds saben muy bien, aunque hoy se combate a las doctrinas e instituciones católicas en el terreno de la filosofía, de la historia, de las ciencias físicas y de todo género de literatura, la guerra más encarnizada y desastrosa, es la que se les viene haciendo desde hace muchos años ha sin tregua ni descanso en el terreno político: la artillería de más grueso calibre que está batiendo en brecha las torres y muros de la iglesia católica es la que sirve y dispara contra ella la mala política que hoy anima a casi todos los estados modernos: y por lo tanto preciso será que ustedes piensen y determinen si habrá que ir a buscar al enemigo político del catolicismo por las vías de la legalidad y del derecho y retarle a combate en su mismo campo y con sus mismas armas o habrán Vds. de limitarse a defender el campo

católico con armas puramente religiosas de los asaltos de cualquier enemigo que intente penetrar en él, o por la astucia o por la fuerza.

En la carta-circular a que contesto paréceme vislumbrar que entra en el plano de Vds. el que algunos individuos, al menos, de la Unión Católica, haciendo uso de sus derechos de ciudadanía y por vías legales y pacíficas desciendan a la arena política para poder recobrar y defender los preciosísimos objetivos que Vds. indican en su carta, a saber: reconquistar la Unión Católica que hemos perdido desgraciadamente, procurar que la enseñanza sea cristiana y conforme a los derechos de la Iglesia, que el clero viva con el decoro y la independencia que reclama su santo ministerio, que las órdenes religiosas se propaguen libre y desahogadamente en esta tierra clásica de la fe, que se reprima la licencia de la impiedad y la blasfemia, que no se profanen los días del Señor, con otros muchos bienes a estos semejantes, los cuales no comprendo bien cómo pueda lograrlos fácilmente la Unión Católica sin salir del círculo puramente religioso, sin entrar a luchar legalmente en el estadio de la política, donde perdimos estas y otras cosas que hoy intentamos recobrar, y que es muy de temer no se recobren mientras la política dominante en el mundo no esté animada de espíritu católico. Comprendiendo esto sin duda uno de los sabios firmantes del Mensaje, en una acreditada revista científica que honra a su director y a nuestra España, en un bien pensado artículo que dedica a encarecer la apremiante necesidad que hay de que se unan y organicen los católicos en todas partes, dice entre otras cosas: "Que la organización de los católicos, para ser verdadera y completa, requiere un centro político, semejante al centro católico alemán, que defienda valerosamente en el Parlamento los derechos de la Iglesia, y los principios del derecho público y de la economía cristiana contra los partidos liberales, y proteja, en cierto modo, con su influencia y prestigio, la libertad de los católicos en las diversas esferas a que deba aplicarse su celo generoso".

No sé si todos los firmantes de la carta y del Mensaje estarán conformes con la opinión de este ilustre consocio; pero de todos modos creo de absoluta necesidad que este punto importante y los demás que dejo indicados en los párrafos anteriores los mediten ustedes seriamente y los resuelvan de la manera que más conviniera a los fines que Vds. se proponen realizar por medio de la Unión Católica, y que las bases que Vds. formulen y establezcan y las soluciones que den a los problemas indicados, sean integramente sometidas, antes de su publicación, a la autoridad y magisterio del episcopado, como arriba queda dicho, es no sólo conveniente sino absolutamente necesario para la vida, desarrollo y prestigio de la grande obra que Vds. se proponen realizar, que ésta se ponga desde ahora

para siempre incondicionalmente bajo el patronato y dirección de los obispos, que para todos entiendan y comprendan bien, en España y fuera de ella, que la Unión Católica ni quiere ni debe tener más jefes y superiores que el Papa y los obispos; que ningun católico seglar, por alta que sea su representación y categoría, y aunque ciña corona imperial o real, pueda erigirse en jefe del gremio o partido católico "ut sic", esto es, del partido católico sin aditamento político de ninguna clase; que ningun católico seglar, por más sabio y elocuente que sea, puede arrogarse el derecho de declarar autoritativamente que tal o cual política, o la política seguida por él, es la única católica, y que no hay o no puede haber otra que lo sea; que ningun católico seglar, en fin, por vasta que sea su instrucción y extraordinario su talento, puede ni debe gloriarse vanamente, ni abrigar en su ánimo completa seguridad y confianza de que entiende e interpreta fielmente las enseñanzas de la Iglesia, y de que sabe aplicar en el modo y medida conveniente a todos los negocios y cuestiones políticas que trata, como no tenga a su favor algun juicio doctrinal concreto de los supremos Pastores de la Iglesia: y que todo esto es, y debe ser así, lo confiesan Vds. implícitamente al afirmar en su carta, que no sólo están Vds. divididos por sus graves cuestiones políticas, procedimientos de confianza, afectos y compromisos personales, sino que lo están también porque "quizás no todos entiendan de la misma manera la doctrina católica en orden a la gobernación de los estados", cuya ingenua y humilde confesión que honra mucho a Vds. les debe hacer más desconfiados de su propio juicio y más adheridos al de sus obispos, y ponerles muy en guardia contra todo linaje de laicalismo en las doctrinas y negocios de la religiión y de la Iglesia, así del laicalismo impío que intenta penetrar en el santuario negando, persiguiendo y destruyendo, como del que quiere entrar enseñando, dirigiendo y mandando, o subordinando y haciendo servir la causa de la religión a sus intereses y miras terrenales, o a una causa política, cualquiera que ella sea.

Por lo demás, huyendo de los escollos indicados, la Iglesia estima y agradece muchísimo, y alaba y recompensa cuanto puede los grandes y señalados servicios que la prestan, y las gloriosas batallas que con la revolución y la impiedad están riñendo en todas partes y por su causa con admirable denuedo muchos católicos seglares, los cuales, sin salirse de la esfera de hijos sumisos, discípulos humildes, y subditos obedientes, y de soldados leales y valerosos, son la corona y ornamento de su Santa Madre, y el consuelo y alegría del Vicario de Cristo y de todos los obispos de la cristiandad, que después de Dios, de sus ángeles y de sus santos, tienen cifradas en ellos sus más halagüeñas esperanzas.

En suma, y para concluir, pues estoy abusando demasiado de la

bondad y paciencia de Vds. con tan larga y mal pergeñada epístola, aplaudo y bendigo el nobilísimo pensamiento de unir en apretado haz a todos los católicos españoles para defender la causa de Dios y de su Iglesia, cualesquiera que hayan sido o sean actualmente sus opiniones políticas, mientras éstas quepan dentro de la doctrina del catolicismo; pero creo absolutamente necesario que este pensamiento y el hecho inmediato de la Unión que ha producido, se desarrolle y organice cuanto antes y que se le den bases, constituciones y reglas para que puedan marchar y funcionar ordenadamente en todas partes, teniendo muy en cuenta para esto cuanto dejo indicado en las reflexiones precedentes, y cuanto enseñan y aconsejan a Vds. en sus contestaciones respectivas los demás prelados.

De no hacerlo así, sería muy de temer que la hermosa nave de la Unión Católica, que, a velas tendidas y con vistosas banderas y gallardetes adornadas, acaba de salir del puerto entre vítores y aclamaciones populares y bendiciones de obispos, quedándose en sus primeras singladuras encallada en algunos de los muchos bancos de arena movediza que hoy se forman en el revuelto mar de la política moderna, resultando de aquí que la marinería se dispersase y retirase a sus hogares, que los jefes y oficiales se volviesen solos a las naves políticas de su respectiva procedencia, y que cada cual se llevase parte de la jarcia y cargamento para lastre de la suya... Confieso a Vds. ingenuamente que el plantear, organizar y reglamentar la grande obra de la Unión Católica al tenor de cuanto llevo dicho, es cosa de suyo muy ardua y muy difícil, y que si mi pequeñez e insuficiencia hubieran de realizarla, me parecería tener sobre mí el problema de la cuadratura del círculo.

Pero aunque yo me reconozca inútil para esto, sé que entre mis amados hermanos en el episcopado, y entre Vds. mismos, hay esforzados atletas y gigantes que pueden levantar y mover fácilmente tan enorme peso.

El consocio de Vds. arriba citado ha empezado a publicar artículos sobre el tema propuesto; el ilustrado director de uno de estos periódicos católicos, ha prometido escribir también sobre este delicado asunto, después de bien estudiado y meditado; quizás le sigan y ayuden algunos otros en la misma tarea, y Vds. podrán utilizar en su día los trabajos de todos.

Manos, pues, a la obra, mis queridos y respetados señores; ánimo y perseverancia en la empresa comenzada y tengan Vds. fe y confianza de que Dios, que les ha inspirado el pensamiento de la Unión Católica, si les ve con intención pura y recta, les iluminará y fortalecerá para llevarlo a su perfección y complemento: así lo desea y así lo pedirá al padre de las luces y de las misericordias, y

Dios de toda consolación, este su affmo. s. s. y c. que a Vds. y a todos sus consocios los bendice y ama en N. S. J. C.

Bienvenido, Arzobispo de Granada.

Posteriormente hemos leído en *El Siglo Futuro,* y tomamos de este periódico, la sabia contestación del ilustrísimo señor obispo de Urgel sobre la misma materia. Es este documento notabilísimo como todos los que salen de la pluma del Ilmo. Sr. Casañas. Encargamos a todos nuestros lectores lo mediten detenidamente. Dice así:

Excelentísimos señores condes de Orgaz, de Canga-Argüelles y de Guaqui, Marqués de Mirabel, D. León Carbonero y Sol. Don León Galindo y de Vera y D. Alejando Pidal y Món.

Excelentísimos señores de mi más alta consideración y respeto: Recibí con mucho gusto su atenta carta del 14 del corriente, dirigida a todos los prelados de España, con un ejemplar de la felicitación que, juntamente con otras distinguidas personas, dirigieron a Mons. Freppel.

Difícil sería decir en una sencilla carta de contestación las varias impresiones que me ha causado su lectura: no obstante, no vacilo en afirmar que son, a mi juicio, sobre todo la carta que se dirige al episcopado español, documentos de altísima importancia y que pueden ser de inmensa trascendencia, ya por la respetabilidad, bajo muchos conceptos, de las personas que los suscriben, ya por el alcance de los propósitos que revelan, ya por las formales promesas que en los mismos se consignan.

Con la ingenuidad que me es propia, y porque no creo que sea una pura fórmula de atención una carta dirigida a los prelados por tan respetables personas, expondré aunque muy brevemente, algo de lo mucho que se pudiera decir sobre tan importante y transcendental asunto.

Creo con VV. EE. que una de las causas de la aflictiva situación de España con respecto a los intereses del catolicismo, es la falta de unión entre los católicos, y por lo mismo aplaudo con toda mi alma el plan de unión íntima y perseverante que une todas las fuerzas de los católicos de buena voluntad, pues considero esta unión al igual de mis respetables hermanos en el episcopado, una prenda de salud. Pero creo también que ha contribuído como concausa, a los males que lamentamos, y acaso sea la principal, la falta de verdadero catolicismo en muchos de los que se titulan católicos, y que, como tales, debieran haberlos impedido o remediado. Pero por lo mismo han de permitirme VV. EE. que les advierta que para la realización de ese laudabilísimo plan es ante todo necesario que los católicos que vayan agrupándose a su alrededor sean católicos de veras, católicos sin distingos, católicos que, como VV. EE., tengan teórica y prácticamente, como norma universal de conducta la doc-

trina del *Syllabus,* cual la entienden y explican la Santa Sede y los obispos.

Con el *Syllabus,* por criterio y norma de conducta, la Unión Católica será un hecho, porque habrá un solo objetivo, unifomidad de principios y bases sólidas e indestructibles sobre las cuales fundar todos los planes: sin aquel criterio y norma de conducta, la Unión Católica sería una quimera. Excusado es decir que con elementos que se rechazan no puede fundarse un cuerpo sólido.

En cuanto al objeto que se proponen realizar VV. EE. con dicha Unión Católica, me parece que puedo resumir todo lo que pudira decirse en elogio del mismo, diciendo que es nada menos que la salvación de la religión en España. Y es porque el *Syllabus,* que han adoptado VV. EE. por criterio y normas de conducta, condena todos los errores modernos en sus aplicaciones todas a la filosofía, a la moral, al matrimonio, a la enseñanza, a la vida social de los pueblos, a la política y a la gobernación de todos los Estados, y en este sentido lo entienden, lo explican y aplican la Santa Sede y los obispos: por consiguiente, el altísimo fin a que se dirigen VV. EE. es que el Catolicismo lo informe todo en todas las esferas; empresa salvadora que ha de hacer que Cristo triunfe en la ruda batalla que contra El libra el infierno desde mucho tiempo en España, y que desaparezcan las absurdas alianzas que muchos católicos, por ignorancia sin duda, creen posible entre el catolicismo y otras cosas que no quiero nombrar.

Bien claramente dejan entrever VV. EE. el alcance de sus loables propósitos y reciban por ello mi más cordial parabién cuando entre los muchos resultados que se proponen alcanzar señalan: la conquista de la unidad católica. una enseñanza conforme a los derechos de la Iglesia, el decoro y la independencia del clero o el ejercicio de su santo ministerio, la propagación libre y desahogada de las órdenes religiosas, la represión de la prensa, la santificación de los días festivos, etc., bienes inmensos que, como se ve en todo el mundo, están relacionados con las altas cuestiones filosóficas, sociale y políticas que ocupan hoy las inteligencias de los hombres que se hallan colocados en las esferas más elevadas.

¿Qué debemos decir de todo esto, excelentísimos señores? Yo me complazco en consignarlo a la faz de toda España: lo que debe deducirse lógicamente, lo que resultará, porque las firmas de VV. EE. lo garantizan, es que los hombres de la Unión Católica van a trabajar sin descanso, con fe, con prudencia y con perseverancia, para que se cristianicen en España todas las instituciones a tenor de la doctrina del *Syllabus:* lo que resultará es que, como particulares y como padres de familia y como hombres de bufete, y como hombres de ciencia, y como escritores y periodistas, y co-

mo catedráticos, y como políticos, y como hombres de Estado, y en su vida privada, en fin, y en su vida pública, porque así lo entienden el Papa y los obispos con la doctrina del *Syllabus,* serán católicos ante todo: lo que resultará es que, lejos de sacrificar el catolicismo a las mezquinas pasiones políticas ni a los intereses que equivocadamente se invocan por algunos en nombre de la ciencia y de los principios sociales y políticos (que en su genuina y legítima acepción nunca pueden estar reñidos con aquél), al contrario, estarán dispuestos los hombres de la Unión Católica a renunciarlos y sacrificarlos si fuere necesario, a la verdad católica y a los derechos de la Iglesia, si se hallasen en la alternativa de renunciar unos y otros como incompatibles. Es decir, católicos antes que todo.

Así interpreto yo la carta de VV. EE.: así lo entienden VV. EE., quienes en la carta a Monseñor Freppel han dicho tan acertadamente: "la cuestión política se confunde con la cuestión social; una y otra se ventilan en la cuestión filosófica, y a todos abraza y comprende la cuestión religiosa". Animo, pues, señores mios: Dios Nuestro Señor no puede dejar de bendecir semejante empresa, ni los obispos podemos permanecer indiferentes ante esta actitud de nuestros hijos. Que el Señor prospere tan laudables trabajos y sacrificios, y colme a todos de sus celestiales bendiciones dando a todos luces, fuerzas, abnegación y generosidad.

No han de temer VV. EE. las diferencias que en política, en procedimientos de conducta, en afectos y compromisos personales les tengan divididos. Si todo esto se refiriese (que no lo creo) a cuestiones que envolvieran principios contrarios a la doctrina y a los derechos de la Iglesia, es evidente que con el criterio seguro y firmísimo que han adoptado sabrían sacrificarlo todo al catolicismo: si por el contrario fuesen tan sólo cuestiones políticas en punto a forma y organismos exteriores o accidentales de gobierno, les diría como tan acertadamente les dice mi estimado amigo y mi venerado hermano el ilustrísimo señor obispo de Santander, son estas levísimas, si se comparan con la religión, y entonces tampoco podrían perjudicar la unión que se proponen.

En este sentido, mis queridos y respetabilísimos señores, bendice con todo el afecto de su corazón a VV. EE. y sus santos propósitos, y pide y pedirá al Señor que les dé desde el cielo su eficaz bendición, su atento y seguro servidor y Capellán Q. S. M. B., *Salvador, Obispo de Urgel.* (*Revista Popular,* 17-II-1881).

APÉNDICE II

El demonio mudo.—Lo que se inventa, lo que se tergiversa, lo que se amenaza, lo que se injuria, lo que se calumnia, respecto de la romería es todo ello un fenómeno harto notable para que resistamos a la tentación de escudriñar su íntima causa.

Notoria es la importancia que los partidos liberales suelen dar aun a las más baladíes de sus cuestiones domésticas; notario el estrépito que arman con cualesquiera vicisitud de sus cosas, con cualesquiera movimiento de sus hombres, que no parece sino que ellos solos ocupan la escena del mundo y que el humano linaje nada más tiene que hacer sino contemplar estáticos las representaciones y mudanzas de semejante compañía de la legua. Difícil es imaginar gestiones más pagadas de su oficio y de lo que fuere hablar de ellos y de sus farsas y de sus héroes postizos, de sus políticos arlequines de sus filosofastros laberínticos, y de sus poetastros laureados, y de sus escaramuzas académicas, y de sus contiendas mutuas que unas veces son de grillos y otras de tigres, teniéndolo por bicoca. En suma, con todo su ser y con toda su vida, no sólo dicen del Estado "soy yo", sino que se tienen por únicos miembros dignos de ser contados en el misero cuerpo social de quien ellos no son más que verrugas.

Pues bien, a despecho de esta inconmensurable petulancia con que imaginan monopolizar la vida pública, ha bastado que unos cuantos ciudadanos mirados y tratados como parias por la carta liberal, dispongan hacer juntos un viaje a Roma, para que toda esa familia se remueva como charco de escorpiones y haga los imposibles por ver de frustrar el viaje. ¿Qué hay en esta sencilla y justificada muestra de piedad filial y de religioso entusiasmo, para que pueda excitar así los delicados nervios del liberalismo? ¿Qué daño teme de esta manifestación tan práctica en sus medios y tan extraña por sus fines a todo ese teatro de polichinelas, en donde el liberalismo luce sus artes ridículas siempre, aunque alguna vez sangrientas? ¿Va la romería por acaso a disputarles el monopolio de la escena? ¿Qué entradas les quita? ¿Qué aplausos les roba?

Será que celoso de ese exclusivismo con que presumen de absorber la atención pública les molesta que haya quien ose interrumpir su garrulería desconcertada y desconcertante con el ordenado coro de voces en quien palpitan los influjos de la religión y las tradiciones patrias? Ciertamente ya ésta sería de su suyo una razón para que el proyecto de romería disgustase a todos los empresarios y

actores del gran teatro liberalesco; pero no sería razón suficiente para hacerles abandonar su primera idea de ahogar la romería en la conspiración del silencio y darse a perseguirla con el furor positivo que por todo medio la persiguen.

De seguro, ellos son los primeros en no creer que la romería sea, ni por su origen, ni por sus medios, ni por sus fines, un acto político, si bajo este nombre se ha de entender maniobra de uno de los partidos políticos militantes, con intento de trastornar el orden presente del Estado. De seguro, ellos son los primeros en reirse de sus propias declaraciones sobre que la romería sea una especie de preámbulo de guerra civil, de una forma de recomendar a los partidos de alguna determinada causa política para echar un cálculo al número y calidad de fuerzas que puedan reclutarse en un momento dado. Lo primero de puro incongruente es a todas luces absurdo y lo segundo de puro ñoño, sería ridículo. Medrado estaría un partido que para empollar una guerra civil empezara por contárselo a todo el mundo, y poniendo en medio de la plaza sus centros de conspiración, invitase para presidirlos y acaudillarlos al Papa y a los obispos. Famosa idea tendría también de su fuerza numérica ese partido si creyese tener completa su estadística después de recontar a los peregrinos, siquiera sean diez o doce mil, que vayan en romería. Donoso arte de conspirar.

No, de seguro los adversarios de la romería no la tienen por acto político en el sentido que acabamos de explicar. ¿Por ventura la creen no conspiración, pero sí manifestación política? Aunque así fuera, bien se nos alcanza que esto los incomodase; pero tampoco nos parece suciente razón de la rabia que los pone tan al descubierto. La manifestación política, si tal fuese la romería, pudiera ofenderlos como señal de vitalidad y alarde de fuerza del partido, a quien se la atribuye; pero evidentemente no les causaría género alguno de daño capaz de moverlos a tanta ira, ni especie alguna.

Como al analizar estos desates de la saña liberalesca nuestro ánimo es hacerlo seriamente, nos abstendremos de poner en música las notas de payasos con que los antirromeristas fingen deplorar lo que según el supuesto caprichoso de ellos mismos, tiene de acto político la romería, por cuanto dicen ellos también esto es comprometer la sagrada causa de la religión, poniéndola por cobertura de intereses del partido. ¡Lástima que ni el Papa ni los obispos hayan caído en la cuenta de estas sacrílegas maniobras, tan perspicazmente descubiertas por la notoria piedad y religioso celo de los liberales. En todo caso, no parece verosimil que haya un solo viviente capaz de tener este celo por bastante vivo para excitar furores tan desatados contra la romería.

¡Oh! si el liberalismo creyera de veras que la romería es tapa-

dera religiosa de un interés político, ciertamente no la trataría con rigor tan tenaz y despiadado. Ni muy lejos tendríamos que ir ni mucho tendríamos que retroceder para encontrar pruebas flagrantes de la benevolencia y hasta del mimo con que aun los liberales más crudos tratan esta clase de políticos tapados con tapadera religiosa. La persecución del liberalismo contra la romería basta y sobra para que no puedan sospecharla reo de hipocresía los que en la historia de las humanas perversiones han estudiado el odio ingénito de toda secta liberal contra toda piedad sincera.

¿De dónde, pues, nace ahora este odio? ¿Cuál es la causa próxima de combatir tan a sangre y fuego la romería? Lo indicábamos días atrás y hoy nos parece oportuno repetirlo con algunas ampliaciones. La romería es, por sus antecedentes, por su índole, por todas las circunstancias que la distinguen de cualquiera otra manifestación católica, el instrumento más adecuado para romper las mallas de esta conspiración del silencio en que manifiestamente el liberalismo quisiera sumergir otra vez la cuestión romana.

El sacrilegio brutal que Roma presenció en la noche del 13 de julio último fue un malísimo lance, un contratiempo terrible para todos los autores y fautores de la situación intolerable de la Santa Sede. Aquella brutalidad encendió en todo el orbe católico una hoguera de indignación, ante la cual las potestades de la tierra no hallaron medio de hacerse enteramente sordas. Preciso fue decir y hacer cualquier cosa que pareciera conato oficial encaminado a prevenir de algún modo la repetición de sucesos análogos al de aquella noche. Los gabiernos, en efecto, pronunciaron tímidamente algunas palabrillas en son de querella y de aviso; sus órganos oficiosos recibieron consigna de ser algo menos reservados, y de hecho la trompetería oficial y oficiosa del reino itálico soltó ciertas notas que parecían de medio. En algún que otro Parlamento se parló también del asunto. En resumen, fue inevitable que durante un poco de tiempo se hablara y se dejara hablar de la cuestión romana.

Pero las gentes a quien importaba que cesase aquel clamoreo contando con la humana flaqueza y con la misma baraunda de intereses que hoy embargan por tantos lados la pública atención, se prometieron ir echando tierra y jarros de agua sobre la hoguera encendida en el orbe católico, y en efecto, poco a poco, si bien a ojos vistos, los órganos oficiales y oficiosos de los gobiernos han ido, digámoslo así, cortando la conversación sobre las cosas de Roma. Esta conjuración de silencio, pronunció en el Senado el 15 de diciembre último las sigueintes palabras que nos ha trasmitido nuestro corresponsal en Roma. "Vengan aquí cuando quieran prelados, obispos, arzobispos y peregrinos; verifíquense concilios, cónclaves y santificaciones, todo lo que se quiera; la seguridad de la Santa

Sede y el Sumo Pontífice será mantenida a toda costa, y el orden público no será nunca turbado".

Más claro Sr. Depretis, diga Vd. cualquier cosa que nos autorice a callar. Pues, señores, "ahí va eso", y efectivamente, cada día es más vista la intención de callar, acompañada, por supuesto, de la de evitar nuevos ruidos que obliguen a coger otra vez por el mango la sartén quemante de la cuestión romana.

Pues bien, una romería como la que en España se dispone, y como se realizará, Dios mediante, con rabia del infierno, es bastante ruidosa de suyo para interrumpir ese nuevo conato de conspiración del silencio, inde irae... Lo demás que tras esta indicación pudiéramos añadir por vía de comentario, lo suple, de seguro muy bien, la perspicacia de nuestros lectores. Hay que burlarse del demonio mudo. (*El Siglo Futuro,* 4-II-1882).

APÉNDICE III

Ellos y nosotros.—Hace cosa de quince días supimos por los periódicos liberales que iba a aparecer uno nuevo en Santander con el título *La Verdad,* y poco tiempo después se nos dijo por los mismos periódicos liberales que el nuevo diario, del cual no hemos visto ni un solo número, era o sería carlista y se publicaba o iba a publicarse bajo la dirección de un sujeto que, después de habernos sido recomendado repetidas veces para redactor de *La Fe* tuvo, hallándose en Vitoria, el triste valor de firmar una carta indigna, que quedó sin respuesta, gracias a la intervención del eminentísimo cardenal arzobispo de Toledo.

El tal sujeto pasa además por ser el autor de la mayor parte de los ultrajes que por espacio de dos años se nos están dirigiendo sin cesar en un diario que no nombramos y cuyos inspiradores, a creer a los que tratan de disculparse por la oficiosa conducta que con nosotros observan, son los primeros en lamentarse del carácter atrabiliario del sujeto en cuestión.

Hoy, sin embargo, al ver que encontrándose éste fuera de Madrid, el periódico consabido redobla sus ataques contra nosotros al paso que según nos dicen desde Santander, personas para nosotros de entero crédito, el periódico *La Verdad* hasta el 22 de julio, por lo menos, no ha dicho nada contra nosotros, ocúrresenos o que el

director interino de *La Verdad*, ha sido calumniado por los que en Madrid le utilizan como redactor, o que es una persona que sirve ciegamente al que le paga, atacando o no con arreglo a las instrucciones que recibe.

Algo de esto debíamos haber sospechado ya, puesto que ese sujeto, poco tiempo después de terminada la última guerra civil, escribió a un canovista de la Unión Católica por cierto, una carta pidiendo una plaza de redactor en *La España Católica*, de Pidal, carta que vio la luz pública, que nosotros no quisimos reproducir en *La Fe*, y sobre la cual el periódico consabido no ha dicho a sus lectores ni una sola palabra ni para disculparla, ni para censurarla, ni para elogiarla. De todos modos, por grande que sea nuestra abnegación y por escasa que sea la importancia que concedamos a semejante individuo, entre el periódico que éste dirija definitiva e interinamente y *La Fe*, no pueden existir relaciones de ninguna especie. Y así lo han comprendido los que lo han fundado y lo sostienen, puesto que ni siquiera han solicitado el cambio con *La Fe*.

Con *La Verdad*, de Santander, mientras al frente de ella se encontrara el tal sujeto,, pensábamos hacer lo que con la carta al canovista de la Unión Católica ha hecho el diario que no nombramos: olvidarla.

Y eso que desde el 24 de julio ya sabíamos a qué atenernos sobre *La Verdad*, porque el 22 se nos escribió desde Santander, que por el estilo, el tono y algunas citas, parecían identificadas con el periódico consabido; pero que hasta el día no nos había aludido y que allí se presumía que abrigaba el propósito de no herir susceptibilidades para no perder el apoyo pecuniario de ciertos elementos.

En la carta en que esto se nos decía, se nos indicaba también por su autor que había recibido un volante con el sello de *La Fe* y referente a la nueva publicación.

Como para hacernos la guerra se ha apelado por nuestros implacables enemigos a medios mucho más reprobados que fingir comunicaciones, llamamos a los dependientes de nuestra administración, oyendo de labios de uno de ellos que efectivamente había escrito cuatro o cinco volantes sobre el particular, sin consultar con nadie, a otras tantas personas de Santander, creyendo que el nuevo periódico de la Montaña era lo que parece que son ciertos papeluchos que en Barcelona aparecen hoy para morir mañana, y en los cuales lo menos malo que se dice de nosotros es que abogamos descaradamente por la resurrección del antiguo partido neo-católico, y que queremos representar el papel de los Nocedales y Tejados anteriores a 1871, y que *La Fe* es la antigua *Constancia* de los señores Conde de Cheste y Nocedal, y, en fin, que somos masones, sin duda por haber renunciado desde el primer día el cargo de vocales de

la junta nacional, del próximo centenario, presidido por el señor Sagasta.

Anteayer uno de esos volantes del empleado de nuestra administración fue a parar a manos del periódico que no nombramos, y reprodujo parte, según *La Iberia* tuvo cuidado de advertirnos ayer.

Nuestra honrada palabra basta para que se nos crea, y seguramente bajo su fe nos creerán nuestros lectores, pero el periódico que no nombramos acaso trate de sacar partido de la inocente ligereza del empleado de nuestra administración, que no conoce las personas con quienes trata.

Por de pronto, nosotros deploramos que el diario que no citamos no haya copiado todo el contenido del volante.

Si tantos y tan groseros insultos contenían, ¿por qué no los reprodujo, siquiera para que sus mismos lectores comparasen lo que privadamente y una sola vez dice un empleado de nuestra administración con lo que públicamente y casi todos los días dice el periódico a cuya batuta obedece *La Vespa* y *Lo Fuet*.

Por lo demás, el que peor concepto tenga de nosotros comprenderá a poco que reflexione, que el volante ha sido escrito sin nuestro conocimiento. Y la razón es muy sencilla.

Si queríamos desprestigiar como carlista al director interino de *La Verdad*, ¿qué necesidad teníamos de escribir volantes cuando bastaba inundar la provincia de Santander con ejemplares de la carta al duque de Almenara?

Y por lo mismo que nosotros no la copiamos siquiera en *La Fe*, cuando el difunto *Fénix* la hizo pública, todos hubieran atribuído a los de la Unión Católica y no a nosotros la idea de repartir la carta, que basta para hacer enmudecer a un hombre por desvergonzado que se le suponga.

Pero si no es suficiente lo que acabamos de decir para persuadir a los malévolos de que no hemos tenido arte ni parte en la redacción y envío del volante en cuestión, haremos otra cosa.

Bien que se haya dicho que la cara es el espejo del alma, y que, a juzgar por este apotegma, la de nuestros detractores no debe ser muy hermosa; la verdad es que no todos saben leer en ese espejo y a veces engañan las apariencias y no todos le tienen delante para poder examinarlo.

De aquí que haya que recurrir a medios subsidiarios si se quiere saber quién habla con arreglo a su conciencia y quién no; quién finge sentimientos que no abriga y quién expresa lo que siente; quién por amor a una causa santa renuncia hasta su propia defensa, y quién por vengarse de sus enemigos sacrifica la causa en el momento en que jura que con ella se sacrifica.

A, fin, pues, de que nadie dude de la nobleza con que procede-

mos en todo, aun tratando de defendernos de unos enemigos pérfidos; a fin de que los que no nos conocen sino de oídas y por la pintura que de nosotros hacen los que de muerte nos aborrecen, por lo humillados que se consideran comparando su vida pública con la nuestra, comprendan la distancia infinita que de unos a otros media, lanzamos de nuevo un reto, que de seguro no ha de ser recogido.

Autoricen nuestros enemigos a todo el que tenga cartas políticas reservadas de ellos para que las publiquen, y en el acto nosotros, no autorizaremos, sino que suplicaremos a quien las tenga nuestras para que las manden al periódico que no nombramos.

Entre otras, por de pronto, aparecerán una escrita a un sacerdote respetable de Arratia por D. Antonio Juan de Vildósola, hoy ausente de Madrid, y que en vísperas de las últimas elecciones generales de diputados a Cortes no vacilaba en aconsejar que se votase por sus amigos y paisanos a D. Cándido Nocedal, en quien ve al representante de D. Carlos, pero a quien seguramente como particular no puede querer mucho, aunque haya podido perdonarle, como cristiano, el daño que le ha hecho y le está haciendo.

Seguramente el reto no se aceptará. El diario aludido hará caso omiso de él como hizo, caso omiso de nuestra proposición de publicar en un solo folleto los artículos que se cruzaron en la polémica, cerrada por nuestra parte; y nuestros detractores continuarán acusándonos de proceder con doblez y de querer engañar a nuestro público diciéndole lo contrario que en el seno de la confianza.

Pero por fortuna, el público que puede ser sorprendido, no puede ser definitivamente engañado, y los engañadores tarde o temprano, reciben su merecido. (*La Fe,* 3-VIII-1882).

APÉNDICE IV

Al señor Orti y Lara.—Indudablemente; los católicos españoles de nuestros días debemos ser muy soberbios, y Dios en castigo nos envía la confusión de lenguas. Aquí no se entiende nadie. Estamos en plena Babel.

Y ya hace tiempo que al ver la confusión en que nos encontramos, nos decía un prelado ilustre: tenga Vd. calma; porque en tales situaciones, hasta los entendimientos más serenos se turban.

Y así sucede en efecto, cuando hombres de la seriedad y respetabilidad de nuestro amigo D. Juan Manuel Orti y Lara, filósofo ave-

zado a la controversia, de grandes estudios y conocimientos, pierde el aplomo y vacila, lleno de inquietudes y sobresaltos.

Decimos sinceramente que hasta cierto punto todo lo extrañamos. Un hombre como el señor Orti y Lara, que profesa y sustenta las doctrinas más rígidas y severas, y que se oye llamar todos los días díscolo liberal y rebelde; que se ve combatido por los mismos que han aprendido en sus lecciones lo poco que saben; que es injuriado y escarnecido con epítetos burlescos y todo esto con publicaciones que alcanzan boga, tiene suficiente para sentir inquietud y turbación y decir: "Pero Sr., ¿si será verdad que ando por malos caminos?"

No, Sr. D. Juan Manuel; no andaba Vd. mal. Ahora es cuando empieza Vd. a correr peligro de extraviarse, pues los escrúpulos son mala compañía...

Hace poco tiempo, en efecto, nos manifestó el Sr. Orti y Lara ciertos escrúpulos por algunas cosas que había dicho *La Unión;* nos apresuramos a escribirle para que las señalara, con el sincero deseo de corregirlas; alabó nuestra buena disposición, declarando que, después de todo, se trataba de cosas de poca importancia, y nosotros quedamos tranquilos y dispuestos a hacer lo que fuera necesario.

Pero he aquí que a los pocos días, el periódico enemigo de la Unión Católica anunció regocijado que el Sr. Orti y Lara había hecho dimisión del cargo de individuo de la junta directiva, suceso que nos sorprendió. ¿No estábamos pendientes de un amistoso acuerdo? ¿No se trataba de cosa de pequeña importancia? Y en todo caso ¿qué tiene que ver lo que decíamos, alguna frase o concepto inconveniente que se le pudiera haber escapado a *La Unión,* con la Junta directiva que en este campo no se reúne, y que por tanto no ha hecho ni podido hacer cosa alguna que disguste a ninguno de sus individuos? ¿No conocerá el Sr. Orti y Lara que con esto, en lugar de corregir lo defectuoso que pueda suponer en el periódico, lo que hace es perjudicar a la misma Unión Católica, que con tanto celo e inteligencia ha contribuído a fundar y a sostener? Y si en el periódico había algo defectuoso, ¿no hay un consejo de redacción? ¿No hay un censor? ¿No hay un director ausente? ¿No hay un prelado que dispone y manda en absoluto y nombra y remueve para todos los cargos? ¿No podía el Sr. Orti y Lara acudir a los medios que esta organización le proporciona, para lograr todo lo que sea justo y honesto?

Parece que así debía haber sido, entre otras muchas razones porque sabía que ahora se hallan ausentes de Madrid el director y algunos redactores de *La Unión,* y que el director gerente tenía su madre, que ya ha bajado al sepulcro, gravemente enferma; y en tales circunstancias, el sentimiento de la justicia y de la caridad parece que debía de haber inclinado a la devolución y a la excusa de cualquiera

falta a persona que no tuviera con la Unión los vínculos que el Sr. Orti y Lara.

Reconocemos que los escrúpulos son muy malos, y el Sr. Orti y Lara vio en esos días un artículo que le pareció de tendencias poco aceptables; y sin detenerse, lanzó una censura, pública y solemnemente, desde la revista que dirige.

Pudiéramos creer que nuestro ilustre amigo no ha pensado bien en el paso que acaba de dar y que ha de producir asombro a nuestros lectores.

Realmente, el Sr. Orti y Lara, si lo piensa bien, reconocerá que no tiene fácil explicación la manera con que ha procedido; y la verdad es que nosotros no quisiéramos participar de la responsabilidad que contraiga por las escandalosas polémicas o perturbaciones a que dé ocasión o pretexto.

Por de pronto ya ha podido ver el Sr. Orti y Lara un primer resultado triste de su conducta y él será el primero en deplorar la satisfacción con que su escrito contra nosotros ha sido acogido, y empieza hoy a ser publicado por el periódico fomentador de las discordias y aun de tendencias de cisma que han alarmado a nuestros obispos; por el periódico de cuyas doctrinas regalistas y cesaristas tanto abomina el católico director de *La ciencia cristiana.*

No sólo hará sin duda reflexionar al distinguido filósofo, pues aunque los argumentos negativos no son siempre concluyentes, con todo dejan de tener fuerza en muchas ocasiones; esta es cabalmente una de ellas; porque es dable que cuanto sea favorecer directa o indirectamente las actuales tendencias de *El Siglo Futuro,* otro tanto tiene que pesar a la conciencia de cristiano y de filósofo del señor Orti y Lara, que tan incompatibles con la buena doctrina y tan atentatorias a la autoridad episcopal y a la independencia y soberanía de la potestad eclesiástica ha considerado siempre tales tendencias.

Con esto, pudiéramos dar por contestado el artículo contra *La Unión*; pero, por el respeto que nos merece el Sr. Orti y Lara, vamos a decir algunas aunque pocas palabras, sin entrar en polémica, pues sobre que no las debemos, ni queremos tener, y menos con quien como el Sr. Orti y Lara está conforme con nosotros en todo lo importante, la polémica a que podía dar lugar su artículo sería de las que no tienen fin.

¿Cuál es la acusación, el cargo que hace el Sr. Orti y Lara a *La Unión?* ¿Cuál es a sus ojos el pecado en que ha incurrido este periódico?

No se lo pueden figurar nuestros lectores por tratarse de una persona tan seria como el Sr. Orti y Lara. La acusación es la que ahora priva y puede decirse que está de moda: la que sirve de coco a ciertas gentes para que los tontos echen a correr y se santigüen, sin

pararse a reflexionar un momento si es ánima en pena, diablo, hombre o espantajo lo que aparece ante su vista.

La Unión ¡es liberal!, ¡liberal nada menos!, liberal, o lo que es lo mismo, o aún peor, aunque el Sr. Orti y Lara emplea la frase cabeza de un artículo como atenuante: *La Unión* es fautora del liberalismo.

Válganos Dios, Sr. Orti y Lara; que eso lo dijera *El Siglo Futuro,* que llama liberal aunque sea a San Pedro que se le ponga por delante, como ya le llamó imprudente y curioso, y para el cual son liberales Vd. y nosotros, y *La Fe,* y los carlistas más intransigentes, si no se someten ciegamente a su dirección, y los mismos prelados de la Iglesia, podría pasar porque ese periódico no necesita o no quiere tomarse el trabajo de estudiar teología y filosofía para fundar sus asertos, que, después de todo, corren entre los suyos por moneda de buena ley; pero que esta acusación nos la dirija un filósofo distinguido y formal, un amigo que nos conoce bien y con quien mil veces hemos hablado, de todo punto conformes en las cuestiones que traen perturbado el campo católico, eso, francamente, no sabemos cómo ha podido ocurrir. ¿Qué es ser liberal? Se usa y se abusa tanto de esta palabra que si Vd. se tomara la molestia de explicarlo bien y claramente, haría un gran servicio a nuestra causa común, y muy especialmente a nosotros, pues así que nos enterásemos de que alguna de nuestras ideas o doctrinas tiene algo del error condenado por la Iglesia, en el acto, lo sabe muy bien el Sr. Orti y Lara, renegaríamos y abominaríamos de ella, siendo muy capaces, gracias a Dios, de consagrarnos en cuerpo y alma a la defensa y propagación del mismo *Siglo Futuro,* si averiguamos que eso es lo que había que hacer para andar derechos.

Quiere esto decir, que si somos liberales, en el sentido condenado por la Iglesia, necesitamos enseñanza y no censura, pues lo somos material y no formalmente, y hacemos liberalismo sin saberlo, como hacía prosa el personaje de Molière.

Y no sirve decir que la palabra liberal no tiene más que un sentido, pues ayer sin ir más lejos, rezando el rosario en una iglesia, oímos en la dedicatoria del quinto misterio glorioso que el sacerdote llamaba a la santísima Virgen "Poderosa y liberal señora".

Pero por si esto no hace al caso diremos, además, que varios prelados, entre otros el ilustre difunto arzobispo de Valladolid, Sr. Blanco, en una magnífica pastoral, sobre el *Syllabus,* que mereció un Breve grandemente laudatorio de Pío IX, han dicho que la Santa Sede condenaba el liberalismo que consistía en tales y tales cosas, pero en modo alguno otras cosas y aun sistemas y formas de gobierno que también se solían apellidar liberales.

Y por si todavía no basta, el mismo Sr. Orti y Lara, en el mismo

artículo que contestamos, aunque añadiendo "que por ventura no lo tiene bueno", dice: "liberal, en mal sentido de la palabra".

Quedamos, pues, en que, en el mal sentido de la palabra no somos ni queremos ser liberales: ni en mucho, ni en poco, ni en nada: y si por ventura lo fuéramos en algo, sería como el personaje citado, sin saberlo...

Pero vamos a cuentas. El Sr. Orti y Lara funda y determina su acusación especialmente en varias frases de un artículo que apareció días pasados en nuestras columnas, frases que analiza, comenta y explica, para deducir de ellas las consecuencias que le parecen lógicas.

Repetimos que el entrar en el pormenor de esta polémica sería cuento de nunca acabar: y vamos, por consiguiente, a condensar lo posible.

En primer lugar, no está bien hacer responsable a la junta directiva de la Unión Católica de todo lo que se publica en *La Unión,* sino en todo caso, acudir a ella con las reclamaciones u observaciones que procedan

En segundo lugar, no contrariando la doctrina católica, ni los fines de la asociación, todo escrito puede caber en el periódico, sin más cortapisa que las que dicte la prudencia del director, pues sabido es, y en esto consiste su fuerza, que en la Unión Católica y en *La Unión* periódico, hay hombres que no piensan lo mismo en todo, aunque todos se someten en absoluto a la Iglesia y al prelado, y es imposible que estas diferencias dejen de traslucirse algo en los escritos

En tercer lugar, las conclusiones que el Sr. Orti y Lara saca del artículo, no se derivan directa y rigurosamente de sus palabras (como ya hemos probado justamente otro día en el titulado *De la discusión brota la luz*), y pueden negarse o contestarse; y aun admitiendo que la buena lógica estuviera de parte del Sr. Orti y Lara, todavía podría censurarse la falta de rigor científico, o de exactitud o conveniencia en las expresiones, pero no la intención del autor ni menos las tendencias decididas del periódico.

Concretando las acusaciones, aparte de lo que hemos dicho que la palabra liberal tiene varios sentidos, lo cual queda probado, las capitales que las resumen todas, son estas dos:

1.ª Que *La Unión* vuelve la espalda a la monarquía cristiana.

2.ª Que *La Unión* pide que los católicos se unan con los liberales para defender la religión, como si hubiera verdaderos católicos entre los liberales.

A lo primero contestamos:

1.º Que el artículo no dice semejante cosa, ni su autor entiende haberlo dicho.

2.º Que parece imposible que el Sr. Orti y Lara haga este cargo, porque, en cuanto a monarquía y forma de gobierno y aspiraciones a defender la Iglesia por este camino, en *La Unión* periódico, como en la Unión Católica, hay hombres de distinto modo de ver: pues mientras unos son partidarios de D. Alfonso y le creen rey legítimo, y, aunque no les gusten estos gobiernos, no esperan nada tampoco de los carlistas; otros, en cambio, como sabe muy bien el señor Orti y Lara, se han desgañitado gritando ¡Viva Carlos VII! y están dispuestos a calarse la boina y largarse al monte si se presenta buena ocasión de nuevo; otros, como el Sr. Orti, quieren ahora un centro político-católico; y también conoce el Sr. Orti y Lara otro católico (que precisamente no está en *La Unión,* sino entre los que la excomulgan), que consideraba poca ha, como el gran desideratum, una república.

Y por esto cabalmente es necesaria la Unión Católica, según estamos hartos de repetir el Sr. Orti y Lara y nosotros: porque es preciso no desamparar a la Iglesia, que, con estas divisiones políticas de sus hijos, no puede emprender obra alguna seria. Y como la Unión por otra parte, no trata de fundar gobierno, aunque no se opone a que se funde, y se alegrará mucho si son cristianos, sino de hacer obras católicas a las órdenes de los prelados, estas diferencias políticas no la estorban ni la obligan a torcerse ni a la izquierda ni a la derecha.

Por lo cual queda probado concluyentemente que la Unión no vuelve, ni puede volver, que es más, la espalda a la monarquía cristiana y que el cargo no tiene fundamento

Al segundo cargo de que la Unión quiere que los católicos se unan con los liberales para defender la religión, y que los liberales no puedan ser católicos, contestamos:

1.º Que la Unión no quiere ni puede querer tampoco en esto sino lo que establecen las bases de la asociación de que es órgano, dadas por el cardenal arzobispo de Toledo, y el reglamento aprobado por él mismo y redactado cabalmente por el Sr. Orti y Lara, en los cuales, reglamento y bases aprobadas y alabadas por el Papa, están bien marcadas las condiciones que han de tener los que pertenezcan a la Unión Católica, y se fijan los casos de expulsión, sometido todo al juicio de los prelados; por ocnsiguiente, la Unión no quiere que los católicos se unan con los liberales, en el mal sentido de la palabra, sino con los católicos; y aun así con los que quieran los obispos y no con otros.

2.º Que la Unión no da, por tanto, patentes de catolicismo y lanza censuras de liberalimo a los católicos, cosa que, como ha proclamado recientemente un prelado ilustre, y ha sentenciado solemnemente en otra ocasión nuestro propio prelado, corresponde exclusivamente a la autoridad eclesiástica.

3.º Que aparte de la vaguedad que, como queda dicho, tiene la palabra liberal, cuando nosotros decimos que en distintos partidos políticos, hay católicos que pueden prestar servicios a la Iglesia, decimos una verdad de a folio sin meternos a juzgar si son o no liberales en el sentido censurado; y para el caso, lo que importa es que se presten a hacer una cosa buena en sí y la hagan; sin que esto sea canonizar ni aprobar todos sus demás actos. El gobierno Narváez-Pidal, por ejemplo, tomando en 1848 la iniciativa para llevar a Pío IX a Roma, y la república francesa concurriendo a ello. hicieron una cosa buena, buenísima, que aplaudió y agradeció sin reservas todo el mundo católico.

4.º Que siempre los católicos han ayudado y pedido ayuda a los liberales para ciertas cosas, como en España para conservar la unidad católica y el poder temporal del Papa; y hoy es el día en que el Sr. Nocedal, jefe de los íntegros, se gloría de los trabajos que hizo en las Cortes en este sentido, siendo y llamándose liberal.

5.º Que si el liberal más calificado, y aunque sea un hereje, quiere concurrir a una buena obra, no será la Unión la que se lo estorbe y allá se las verá él para quién trabaja: pues como decía muy discretamente el Sr. Orti y Lara, no queriendo molestarse en leer todas las firmas que se publicaron en el mensaje a monseñor Freppel, principio de la Unión Católica, y despreciando las censuras de *El Siglo Futuro* a lo que llamaba mescolanza: "A mí, lo que me importa es saber lo que he firmado; si he firmado una cosa buena, católica, y quiere firmarla también Pi y Margall, me alegraré mucho".

6.º Que el Sr. Orti y Lara, como nosotros, y como los más íntegros, concurre o han concurrido a varias obras en unión con los liberales, bien liberales, v. g., en La Armonía, de que fue presidente; en las conferencias de San Vicente de Paul, en las hermandades religiosas, etc., y en cofradía, obra regida y compuesta por liberales, que organizará novenas y aun misiones y llamará a predicar a dignidades de la Iglesia, a jesuítas y dominicos, que irán con mucho gusto por tratarse de cosas buenas.

7.º Que, como canta la Iglesia y dijo San Zacarías: salutem ex inimicis nostris, y esto sucede muchas veces. Y el mismo señor Orti y Lara recordará el mensaje que, desgaciadamente sin fruto, redactó y firmaron varios católicos a ruego suyo, en la guerra franco-prusiana, dirigiéndose al protestante y liberal rey Guillermo, para encomendarle nada menos que la defensa del pontificado y la protección de la Iglesia.

8.º Que, sin tomar las cosas tan por lo alto, recientemente ha alabado el Sr. Orti y Lara (siendo fieramente atacado por ello en la prensa íntegra) lo bueno que hacía el muy liberal Sr. Moreno Nieto, diciendo que a pesar de su eclecticismo tenía "títulos a la simpatía de

los católicos, por haber defendido en el Parlamento la unidad católica y la independencia y libertad del ponticado", porque aunque no había sido del todo irreprensible, "no es razón menospreciar porque anden en él mezclados algunos granos de arena".

9.º *Que sería una locura negarse a una cosa lícita y conveniente* porque la propusiera o contribuyera a ella un liberal, y nadie negará por ejemplo que el conde de Toreno hizo una cosa excelente dando la cátedra de Metafísica de la Universidad a un filósofo como el señor Orti y Lara en vez de dársela a un racionalista; ni que los señores Moreno Nieto, liberal acérrimo, y Pidal, liberal según *El Siglo Futuro,* prestaron un gran servicio al catolicismo trabajando con ahinco para lograrlo; y el Sr. Orti y Lara convendrá también con nosotros que el duque de Santoña, liberal, hizo asimismo una cosa buena, encargándole a él la dirección del Instituto de aquella ciudad de que era fundador y dueño, sin que al Sr. Orti y Lara se le ocurriera naturalmente rechazar la oferta por esta causa, pues hubiera podido decir el Sr. duque (y perdone el Sr. Orti y Lara lo vulgar y poco serio de la frase, en gracia de lo gráfica que es): "¿A caballo y gruñes? ¿qué más puedo hacer en este particular que entregarte el colegio y que tú lo dirijas?"

10.º Que en este sentido de que un liberal o muchos liberales, por convicción, por gusto, por capricho, por lo que sea, quieran concurrir a obras católicas, sometiéndose a la autoridad de la Iglesia, es en el único que nosotros hemos hablado y no estamos arrepentidos de ello, pues en el tomar no hay engaño.

11.º y último. Que así como era tradición popular en la Edad Media en varios lugares que Satanás en persona, obligado por los santos penitentes, ayudaba a levantar castillos, acueductos y aún catedrales, sentimos mucho que esto no suceda ahora, pues como nosotros tuviéramos virtud y favor de Dios para lograrlo, aunque nos volviera a excomulgar *El Siglo Futuro,* no ya a liberarles, al mismísimo diablo, pediríamos que pagase siquiera algunas de las que ha hecho, obligándole, por ejemplo, a echar a los piamonteses de Roma y a los revolucionarios de España, y hasta levantarnos en Madrid una catedral que dejara tamañita a la de Colonia, amén de otras cosas que no son para dichas a la gente...

Hemos terminado, y confiamos que el Sr. Orti y Lara apreciará nuestra sinceridad y reconocerá que ha procedido un poco de ligero; aunque nosotros por nuestra parte, reconocemos humildemente que, en nuestras manos, el periódico no andará tan bien como cuando tenía a su frente a nuestro hoy ausente amigo queridísimo, el Sr. Conde de Canga Argüelles.

En tanto créanos nuestro ilustre amigo: en vez de entretenerse en desautorizar a *La Unión,* que se publica con censura eclesiástica

y tiene puros y nobilísimos fines, trabaje en combatir a nuestros comunes adversarios, a esos que no respetan edad, ni ciencia, ni servicios, ni dignidad, ni autoridad; a esos que desobedecen y denigran a los obispos; que a hombres como D. Vicente Lafuente autor de la *Historia Eclesiástica de España,* valeroso impugnador de la masonería, celosísimo editor de las obras de Santa Teresa, que tantos servicios verdaderos ha prestado a la buena causa, le llaman tonto, enredador y aun majadero; a D. Alejandro Pidal, elocuente defensor del poder temporal y de la Unión Católica y de los fueros de los vascongados, que agradecidos le nombraron padre de la provincia, infatigable abogado de los sacerdotes y religiosos, a cuyo celo se debe, en gran parte, la vuelta de los padres jesuítas a Loyola, le tratan de intrigante, vendido y hasta ladrón (¡¡¡); que al mismo Sr. Orti y Lara, sin consideración a sus estudios y trabajos constantes, a las publicaciones que dirige y ha dirigido, y a los libros y opúsculos que ha dado a luz, sin reparar que ha merecido recientemente una alta distinción del Romano Pontífice, le llaman rebelde, mosquita muerta y hasta mico; y que los carlistas más constantes, leales y probados los llaman ambiciosos, vendidos y traidores.

A esa clase de gentes es a la que alegrarán los escritos del señor Orti y Lara contra *La Unión*; medite en ello nuestro ilustre amigo y se parará de seguro en el camino que emprende.

Nosotros, y lo decimos con toda sinceridad y lo lamentamos por él, por su seriedad de filósofo tomista, quisiéramos no sufriese el más mínimo detrimento; pues es muy resbaladizo el terreno en que se coloca para que eso deje de suceder; porque todo lo que sea combatir a *La Unión,* que está dispuesta a retractar, corregir y emprender cuanto sea necesario, y que no tiene empeños políticos, ni de amor propio nada, y que está sometida completamente al prelado, otro tanto favorece, siquiera sea por modo indirecto, las doctrinas y tendencias de los que, o por no saber teología ni filosofía o por cegarles la pasión política, resisten a la autoridad episcopal, sostienen que aun para intervenir en cosas católicas es necesario el permiso de jefes políticos seglares, extremando el laicismo, tan enérgicamente condenado por los insignes arzobispos de Granada y Tarragona, que no se puede votar ni apoyar una disposición favorable a la Iglesia si emana de estos gobiernos, que se puede y se debe votar en cambio a un candidato anticatólico, cuando así convenga o lo mande el jefe político, con otros graves errores, tan contrarios a la buena doctrina, y muy especialmente a la del Angel de las escuelas que nosotros, como el Sr. Orti y Lara, seguimos en cuanto nuestra pequeñez alcanza.

No queremos aumentar los escrúpulos y turbaciones del Sr. Orti y Lara; sabemos y consignamos, por el contrario, con mucho gusto, que al censurar a *La Unión,* ni remotamente ha soñado en admitir

estos errores que condena como nosotros, y de que se aparta como nosotros, pero sí hemos querido, y este es nuestro único objeto, llamar su atención sobre el hecho de que sus censuras a nuestro periódico regocijan a los que los sustentan e imponen como reglas de conducta, para que por lo menos ande con mucha cautela el distinguido filósofo, no sea que por huir de un imaginado Scila, se acerque sin pensarlo a un real y peligroso Caribdis. (*La Unión,* 7-VIII-1882).

APÉNDICE V

Siempre lo mismo.—Hace pocos días recibimos por correo dentro de un sobre el número de un periódico satírico catalán, escrito en catalán, y por lo tanto ininteligible para nosotros.

Muchas veces habíamos deplorado no conocer este hermoso idioma, que tiene una brillante literatura propia y recuerda una de las más gloriosas nacionalidades que ha habido en el mundo, pero ahora nos felicitamos de nuestra ignorancia.

Teniendo delante de los ojos el número del periódico catalán, acaso hubiéramos caído en la tentación de leerle y nos hubiéramos así procurado un nuevo disgusto sobre los muchos y grandes que en silencio devoramos desde hace más de dos años y con una paciencia y una resignación que, si no son heroicas, como pretenden los que nos juzgan con pasión de amigos, son por lo menos poco comunes entre los que tenemos a nuestra disposición el arma formidable de la publicidad.

Pero si no entendimos el texto, vimos que en todo el cuerpo del periódico se citaba repetidas veces *La Fe* al lado de *La Unión* y en el margen del mismo encontramos estas palabras escritas en castellano y que nadie firmaba:

"*La Fe* está en ridículo, sus suscritores abochornados si no descargan sobre este deslenguado un golpe".

Como a todo se ha apelado y a todo se apela contra nosotros, ocúrresenos que bien podían las palabras del margen estar escritas por un enemigo con el propósito de hacernos variar de conducta. Celadas de peor especie se nos han tendido.

Suponiendo no obstante que las palabras proceden de uno de los muchos amigos que, admirando nuestra paciencia, se lamentan de ella creyéndola perjudicial a la causa en cuyo amor se inspira, sentimos no poder complacer al que manifiesta deseo de hacernos entrar en polémica con un diario semanal satírico de cuya existen-

cia no teníamos ni siquiera noticia hasta hace cosa de quince días.

Facilmente se comprenderá que si nos arrepintiésemos de nuestro silencio, si quisiéramos devolver golpe por golpe faltando a la prohibición que hasta por la autoridad eclesiástica se nos ha hecho de un modo terminante, no habríamos de empezar rompiendo lanzas por una publicación oscura, a cuyos inspiradores de Barcelona no conocemos ni aún de oídas. Antes tendríamos que condenarnos a la lectura del periódico que dirige la campaña contra nosotros, y después consagrar cuatro o cinco números a dar un ligerísimo extracto de los ultrajes que se nos han hecho y se nos hacen casi todos los días, directa o indirectamente.

Además, ¿qué cargo nuevo puede formular contra nosotros el periódico satírico barcelonés? Quien lee uno de su laya, los ha leído todos.

Que somos díscolos, que somos rebeldes, que somos apóstatas, que somos traidores, que estamos en cuerpo y alma con el periódico *La Unión,* que si continuamos llamándonos como antes es para ocultar mejor el juego, que en todo cuanto podemos, defendemos a Cánovas y a Sagasta, y la masonería del panteísmo. He aquí lo que podrá decir en catalán el periódico barcelonés, y esto lo está diciendo desde hace año y medio en castellano, la mayor parte de los días el periódico que no nombramos, y desde hace algunos meses nos repiten ciertas nuevas publicaciones semanales, sin perjuicio de exclamar de tiempo en tiempo: "Pero, señor, ¿por qué no se somete *La Fe* cuando nosotros no podemos hacer más de lo que hacemos para atraerla al buen camino y persuadirla de que no queremos sino su bien?"

Discutimos ¿con *La Unión*? Pues entonces, o se callan o siguen asegurando impertérritos que somos pidalinos desde los pies a la cabeza o dicen: "*La Fe* hace como que discute con *La Unión;* pero no lo crean VV. *La Fe* es la mejor amiga de *La Unión*".

Al atento oficio en que el Gobernador Civil de Avila nos participa que en la junta allí constituída para preparar el centenario de Santa Teresa, nos habían nombrado vocales de la Junta Nacional instalada en Madrid, respondimos con una negativa cortés, manifestando de paso que deseábamos que las fiestas del centenario correspondiesen, en lo posible, a la gloria divina y humana alcanzada por Santa Teresa.

Pues en el acto nuestros enemigos rasgaron sus vestiduras y dijeron:

"Sagasta ha sido masón, y es de creer que lo sea en la actualidad. Como Presidente del consejo de ministros, y a fin de evitar que con el centenario de Santa Teresa ocurra algo parecido a lo que ocurrió cuando las fiestas del vigésimo quinto aniversario de la exal-

tación de Pío IX al solio pontificio, ha aceptado el cargo de Vicepresidente de la Junta, en que no ha querido entrar *La Fe*. Luego tenemos a *La Fe* "convicta y confesa" de pertenecer a la masonería.

Si del hecho de que aparezca la firma del Sr. Nocedal detrás o delante de la del Sr. Pi y Margall en una invitación que se hace para costear una edición de las obras del difunto Selgas, muerto poco después de haberse afiliado a la Unión Católica, dedujéramos que el Sr. Nocedal era unionista vergonzante, y además partidario del cantón, se nos llamaría "mamarrachos, y estúpidos, y perversos, y, por supuesto, rebeldes".

Pero ocultamos ese hecho, así como el de que D. Cándido Nocedal asista un día a la semana a la Academia de la Lengua, presidida por el conde de Cheste, y de la que forman parte Cánovas, Castelar, Echegaray y tantos otros afortunados liberales; decimos que reconocemos a D. Cándido Nocedal, no obstante su procedencia y los agravios que incesantemente nos dirige o autoriza, como representante de un personaje augusto; añadimos que estamos esperando sus órdenes como tal representante, y aún así no nos libramos de oirnos llamar mamarrachos, estupidos, unionistas, canovistas, sagastinos, masones y panteistas. Esto sin perjuicio de que los periódicos que así nos tratan repitan de tiempo en tiempo: "Pero señor, ¿por qué no se somete *La Fe*, cuando nosotros no podemos hacer en su obsequio más de lo que hacemos?"

¿Estamos durante dos meses callando a nuestros lectores que no pasa día sin que se nos insulte? Pues tenemos la seguridad de que nuestro silencio se presenta como prueba de nuestra culpabilidad, y de que se dice en todos los tonos: "*La Fe* ha dejado de ser carlista y además no tiene vergüenza, porque se traga sin murmurar los insultos con que la honramos".

¿Damos cuenta de ellos al cabo de dos meses de silencio; indicamos que se trata principalmente de empujarnos a donde se dice que estamos y a donde sólo podríamos estar hechos pedazos? Pues acto contínuo se exclama: "¡Qué audacia! ¡Qué cinismo! *La Fe* no se contenta con la rebelión pasiva. Se rebela abiertamente; y ¿todavía pretenderá pasar por carlista? ¡Fuera ese papel perverso que así abusa de nuestra magnanimidad!"

Ahora se nos ocurre que nos hemos librado en una tabla de ser presentados como protestantes, o enemigos por lo menos del culto de los santos.

Si en vez de contestar cortesmente al oficio del Gobierno civil de Avila y manifestar nuestro deseo de que las fiestas del centenario fueran dignas de la mística doctora, hubiéramos respondido con aspereza expresando nuestro asombro de que liberales perseguidores de monjas quisieran honrar a la santa, así como hoy se nos llama

masones, entonces se nos habría llamado iconoclastas y se nos habría acusado de haberla querido robar los homenajes de los que aborrecen a las monjas, y de haber querido ahogar con perversa intención una gran manifestación católica.

Está visto que no hay medio de complacer a los que se admiran de nuestra rebeldía cuando se empeñan en que hemos de ser velis nolis correligionarios políticos de Pidal y masones y panteístas; ¡ah, sí! hay un medio: nuestra muerte política, y precisamente cada día tenemos menos ganas de morir y más elementos de vida. (*La Fe,* 11-VIII-1882).

APÉNDICE VI

El liberalismo y la libertad. I.—El deber de velar por la pureza de nuestro buen nombre, según el precepto del apóstol, nos ha decidido a escribir algunos artículos en contestación al publicado últimamente en *La ciencia cristiana* por el ilustre filósofo, Sr. D. Juan M. Orti y Lara, con el significativo título de *La Unión, fautora del liberalismo.* Personas de piedad, de consumada prudencia y de profundo saber, nos aconsejan también, no sólo que rechacemos los conceptos atribuidos a *La Unión* por el señor Orti y Lara, acusándola injustamente de pretender conciliaciones monstruosas entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, sino que se pueba que no existe ningún fundamento sólido para atribuir a este periódico semejantes conceptos. De acuerdo siempre en todo con el Sr. Orti y Lara es esta la primera vez que de él disentimos y no ha de ser obstáculo ciertamente nuestra amistad sincera y leal para cumplir con lo que debemos, así como no lo será, seguramente, nuestro disentimiento, para que sigamos admirando en dicho señor la profundidad de su entendimiento y su bien cimentada instrucción, Santo Tomás dice: Quoniam Sanctum est honorare veritatem prae coeteris amicis, ut dicit Philosophus in I *Ethic,* ideo virtuosi omnino non dimittunt propter veritatem amicis displicere, ea quae contraria reputant veritati, reprobando (1). Las mismas raras dotes que se reflejan de un modo especial en el artículo a que vamos a contestar, contribuyen a hacer necesaria esa contestación, no sea que logre seducir a alguno o algunos hermanos nuestros; que la costum-

(1) *De pluralitate formarum,* pág. 1.

bre de ver salir de una mina oro purísimo, hace que los explotadores tomen por tan precioso metal otros metales de falso brillo.

Quizá convenga declarar aquí, a manera de introducción, algunos antecedentes del artículo a que vamos a contestar, antecedentes que a nuestro modo de ver bastan a explicar cómo un entendimiento tan claro como el del Sr. Orti y Lara ha podido ofuscarse esta vez, cómo ha podido falsearse una conciencia tan recta y escrupulosa como la suya. Recuérdese que a propósito de las discusiones a que dio lugar el tratado de comercio celebrado últimamente entre el gobierno del Sr. Sagasta y el de la pequeña república, publicó *La Unión* un artículo en el que sostenía la siguiente tesis: "En abstracto los católicos son libres para elegir entre el sistema protector y libre cambio, el que mejor se acomode a sus preferencias meramente canónicas". Tuvo presente *La Unión* para sustentar esta tesis, el hecho de que en Alemania, en Bélgica y en Francia hay insignes publicistas y profesores de las Universidades católicas, que defienden, unos más resueltamente que otros, el libre-cambio, mientras que otros, la mayoría seguramente de los economistas católicos, profesan y enseñan el sistema protector (2); que la Iglesia nada ha dicho sobre esta cuestión y que, como enseña el Angel de las escuelas, afirmar o negar

(2) M. Herve Bacin, profesor de la Universidad católica de Angers, se muestra partidario de un libre-cambio moderado. Así escribe en su *Tratado elemental de economía política*: "La libertad comercial, tanto interior como exterior, produce siempre el efecto, cuando está regulada por la justicia, de aumentar el bienestar general". M. Carlos Perin, insigne profesor de la Universidad católica de Lovaina, se expresa en idénticos términos en cien pasajes de sus obras, Pero como nuestro propósito no es disertar sobre este punto, nos limitaremos a transcribir las siguientes líneas de *Le problème économique et la doctrine catholique*, por el Rvdo. P. de la Porte, obra que trae a su frente la aprobación del Excmo. Sr. cardenal Donnet, que dice a su autor: "Mostráis con una rara lucidez qué luces la verdad cristiana esparce sobre todos los problemas del mundo económico, y qué auxilios presta la moral del Evangelio para su solución".

Hablando del catolicismo y del libre-cambio, dice el Rvdo. P. de la Porte en la pág. 176 de su obra: "Como el trabajo, el comercio debe de ser libre, porque el cambio es un derecho natural, un corolario de la propiedad. Poner trabas al comercio es destruir o disminuir la propiedad del comerciante, y de rechazo, la del productor, cuyos intereses están ligados a los del comerciante; reducirme a vender por cinco francos, por falta de salida, lo que hubiera vendido por diez si hubiese sido libre, es exactamente lo mismo que despojarme de mi propiedad. La escuela libre-cambista ha demostrado muy bien este

lo que no pertenece a la fe como perteneciente a ella, es comprometer imprudentemente la doctrina católica. El autor de estas líneas, que es y se ha mostrado siempre proteccionista, se librará mucho, mientras la Iglesia guarde silencio en este punto, de tener por mal católico al que crea que el libre-cambio es preferible al sistema protector. En este punto no hemos olvidado que, como decía muy bien el señor Orti y Lara en 1874, los escritores católicos en las cosas en que la Iglesia nada ha establecido, deben subordinar a la Unión sus propias opiniones (3).

No creyó deber hacerlo así esta vez el Sr. Orti y Lara, antes bien combatió rudamente en *La ciencia cristiana* la tesis de *La Unión,* sosteniendo que no es posible ser un buen católico y profesar en economía la teoría del libre-cambio. ¿Por qué no acudió al eminentísimo Sr. cardenal arzobispo de Toledo contra el artículo de *La Unión* como era su deber hacerlo, si lo creía peligroso o poco ortodoxo, en vez de dar el espectáculo, poco edificante por cierto, de que un individuo de la Junta directiva de la Unión Católica combatiese en la prensa una tesis sustentada por el órgano autorizado de esta asociación? ¿No merecía esta atención la autoridad eclesiástica que había aprobado lo que el señor Orti y Lara se proponía censurar? No acertamos a comprender cuáles hayan sido esta vez los mó-

---

principio. También ha puesto de manifiesto que impedir la introducción de productos extranjeros es crear un monopolio en provecho de individuos que, viéndose dueños del mercado nacional, abusan de esta situación para trabajar flojamente y exigir mayor precio a los consumidores". Enseguida señala las prescripciones con las cuales admite el libre cambio, y prosigue: "El catolicismo, que respeta los derechos de la inteligencia humana en la apreciación de los hechos humanos, no entra en la querella entre libre-cambista y proteccionista para fijar el punto en que la libertad debe detenerse, el punto donde la protección sería tiranía. La Iglesia reclama, salvo las restricciones de orden público, la libertad recíproca de los contratos, como condición de la libertad de las transacciones. De este principio, expuesto y sostenido en todos los tratados *De Contractibus* nace la libertad de compra y venta de contrato de cambio, del contrato comercial. ¿Cómo había de censurar *La Unión* por poco ortodoxa una teoría expuesta y defendida por escritores católicos en obras aprobadas y elogiadas, una de ellas, por un príncipe de la Iglesia tan ilustre como el cardenal Donnet?

(3) Véase el artículo que con el título de *La unión de los escritores católicos* publicó el Sr. Orti y Lara en el número 19 de *La España Católica,* correspondiente al 27 de julio de 1874.

viles de la conducta del señor Orti y Lara; lo que sí sabemos es que este señor sostenía en 1874, que para dirimir las diferencias que pueden existir entre los escritores católicos, se debe acudir en todo caso a la autoridad eclesiástica. Obediente *La Unión* a disposiciones de su prelado, de todos conocidas, no debió contestar a los artículos en que había sido atacada por uno de sus amigos más respetables y queridos. Creyó el Sr. Orti y Lara que era desdén o indiferencia lo que simplemente obedecía a los mandatos de un superior legítimo, y desde aquel momento empezó a ver en dicho periódico lo que nunca había visto antes; los plácemes se trocaron en censura; notó algunas frases que le parecían oscuras o poco exactas; quiso desentrañar sus sentidos y a fuerza de ir, y de venir y de volver, llegó a persuadirse de que había descubierto lo que en realidad sólo existió en su imaginación, quizás en este momento y en esta ocasión sobrado viva. En vez de acudir entonces también con sus dudas o con sus quejas al eminentísimo Sr. cardenal arzobispo de Toledo; en vez de aceptar las explicaciones que amistosamente se le ofrecieron; en vez de admitir la dirección de *La Unión* que el Sr. D. Francisco de P. Quereda le cedía para que así viera prácticamente cuán infundados eran sus escrúpulos, escribió la segunda parte de los artículos que ya había empezado a publicar y aun debemos agradecerle que se contentara con llamarnos extraviados y que no nos declarase peores que los monstruos de la Commune; tan reñido venía con la lógica y con los antecedentes todos de su vida. Con razón dijo Balmes que cuanto más poderosa es la razón del hombre tanto más peligro se ofrece si alguna vez se deja ofuscar por los vapores que salen del corazón, que está, o por lo menos cree estar, herido en las fibras más delicadas del amor propio.

Por nuestra parte, después de recordar las palabras que Pío IX pronunció cuando dijo: "Entre los escritores católicos hay algunos a quien les falta humildad y otros que no tienen bastante caridad", palabras que el Sr. Orti y Lara comentó diciendo que "la falta de humildad se refiere a los que estiman excesivamente el propio juicio", debemos dar la voz de alarma contra las falsas imputaciones y acusaciones de *La ciencia crisiana* cumpliendo de esta suerte como va hemos indicado, no sólo con el deber de velar por nuestro buen nombre, sino también con el oficio de escritores y publicistas católicos, tanto más abligados a salir en defensa de la verdad contra las sombras con que la ha oscurecido el Sr. Orti y Lara, cuanto es más grave el compromiso del autor de estas líneas de corresponder al honor de ser contado entre los discípulos del Angel de las escuelas, reputándose desde luego libre de los lazos que constantemente le han unido a la publicación, de donde ha precedido este injustificado e in-

justificable ataque, que ha llenado de gozo así a los fautores del cesarismo, como a los sectarios de liberalismo, tanto por lo menos como ha afligido a algunos prelados, según testimonios auténticos que tenemos a la vista.—*Damián Isern.* (*La Unión,* 28-VIII-1882).

La libertad y el liberalismo. II.—Acusa el Sr. Orti y Lara a *La Unión* de haber sostenido el siguiente concepto del cual asegura que favorece claramente al liberalismo: "La palabra liberal no ha sido reprobada en el sentido político, sino en el filosófico y hostil a la Iglesia". Y deduce su acusación del hecho de haber afirmado *La Unión* que puede sostenerse que el sistema protector y el libre-cambio no son de suyo católicos ni liberales, "tomada la palabra en sentido filosófico y hostil al catolicismo", "con lo cual dábase a entender, añade dicho señor, que este término tiene otro sentido, no filosófico ni hostil al catolicismo". Qué sentido sea este, quiere averiguarlo el Sr. Orti y Lara con auxilio de otros artículos de *La Unión*; prefiere descubrirlo en otras partes, y escribe: "Qué sentido sea este en la mente del publicista que así escribía, no es difícil averiguarlo, porque no puede ser otro que el sentido filosófico, reputado en tal caso por inocente".

Este es, por lo visto para *La Unión* el sentido aceptable de la obra liberal, y de aquí que en sus ojos parezca bien la errada sentencia: que puede uno ser muy rico en religión y filosofía, pero en política, liberal.

... ...

... ...

... ...

Véase ahora de cuán diverso modo entienden estas cuestiones el señor Orti y Lara y los grandes publicistas católicos. No multiplicaremos las citas para no dar extraordinarias proporciones a este trabajo. Nos limitaremos por esta vez a transcribir algunos párrafos de una obra que trae a su frente un Breve pontificio, en el cual Pío IX felicitó al autor por la libertad y el valor con que había esclarecido verdades rechazadas por un gran número de hombres, pero absolutamente necesarias para desilusionar las inteligencias ofuscadas y prevenir mayores males.

Dice el P. Ramière de la Compañía de Jesús, autor de dicha obra, que hay varias clases de liberales: "Unos hay que sólo ven en la bandera bajo la cual militan, su color político. Su liberalismo consiste únicamente en la preferencia que creen deben dar sobre el poder absoluto a las formas de gobierno que ofrecen más garantía a la libertad del ciudadano". Enseguida añade: "No escribimos para tales liberales, puesto que jamás la Iglesia ha hecho objeto de censura el liberalismo que a semejantes límites se reduce; y hasta

probaremos por el contrario, que la teoría social enseñada por los grandes doctores de la Iglesia, es la única que puede revestir de garantías suficientes la libertad individual" (1). Luego veremos cuál es el liberalismo que el P. Ramière entiende estar condenado por la Iglesia.

Antes de pasar adelante, mostraremos de cuán diverso modo entienden estas cuestiones y procede la Santa Sede y el Sr. Orti y Lara. Hace ya algunos años que se publicó en Francia un folleto titulado *La Convención y la Encíclica.* En él se dice que es enormidad absurda suponer que el Papa pudo condenar en el *Syllabus* todo lo que hoy constituye el progreso, el liberalismo y la civilización moderna; se califica de desvarío de la imaginación el suponer que el Papa ha podido condenar con sus palabras lo que hay de verdaderamente liberal y cristiano en el liberalismo; y se dice, hablando de la libertad política, "que no hay, respecto a esto, espíritu más liberal que el de la Iglesia". Indudablemente si el Sr. Orti y Lara hubiera sido llamado a examinar y a juzgar este libro, hubiera acabado por prohibirle, o por lo menos lo hubiera mandado expurgar. Pero Pío IX obró de otra manera: dirigió un Breve laudatorio al autor del libro, con fecha, 4 de febrero de 1875, en el cual se encuentran estas palabras: "Al leer con atenta curiosididad su escrito, nos ha complacido mucho ver que no sólo has puesto en relieve y has entregado justamente al desprecio las calumnias y los errores de los periódicos que tan miserablemente han desfigurado el sentido de la doctrina propuesta por Nos, sino que además has clamado con fuerza contra la injusta prohibición, por la cual, al mismo tiempo que se dejaba a escritores incompetentes y hostiles desnaturalizar nuestra palabra, se prohibía publicar y explicar nuestras cartas a los que eran sus únicos y legítimos intérpretes y a quienes únicamente iban dirigidas". Los únicos legítimos intérpretes eran según Pío IX los obispos. ¿Dónde iríamos a parar si el criterio privado de un escritor cualquiera, por muchos y relevantes que sean sus méritos, pudiese erigirse en la Iglesia, en juez y maestro de las doctrinas? ¿Quién podrá asegurarnos de que las pasiones no influirían en el fallo? (2).

El Sr. Orti y Lara cuando emprende un camino no se detiene a mitad de él sino que avanza hasta el fin. Y de aquí que culpe a *La*

(1) *Las doctrinas de Roma acerca del liberalismo,* pág. 27.

(2) En el Canadá, las dos fracciones en que se dividen los católicos de aquella región se hacían crudísima guerra, a propósito de la Universidad de Laval, que ha cometido el pecado a juicio de una de las dos fracciones católicas de querer permanecer extraña y alejada de las agitaciones, de la política; de esta abstención sacaron partido algunos periódicos católicos para declarar a dicha institución incursa en el error liberal.

Unión de parecerle bien esta errada sentencia: "Que puede uno ser muy católico en religión y filosofía pero en política liberal", y enseguida añade: "Esta distinción del todo vana y cavilosa es por lo menos un signo indubitable del error conocido bajo el nombre famoso de catolicismo liberal". Es decir, ¿que por haber dicho *La Unión* que la palabra liberal tiene un sentido no filosófico ni hostil al catolicismo, es católico-liberal? Pues en este caso confórmese el señor Orti y Lara con serlo también, ya que *La Unión* al decir lo que ha dicho, no ha hecho sino seguir sus enseñanzas, como acabamos de probar. Y esto, que ni aun queremos citar un artículo publicado por el *Osservatore romano* ,periódico que se escribe a la vista misma del Vaticano, el cual, en mayo último publicó con el título de: *falsi liberali,* en el que después de decir que los falsos liberales son los sectarios que persiguen a la Iglesia, escribía las siguientes líneas: "El hombre religioso es el verdadero demócrata y el sincero liberal. Ama la justicia, porque la conciencia le impone el deber de obrar siempre honesta y rectamente y de trabajar con desinterés y con amor verdadero por Dios, por el prójimo y por la patria" (3). He aquí un catolicismo liberal a quien la Santidad de León XIII no ha excomulgado ni repelido ni siquiera amonestado. Preciso es convenir en que el Papa no lleva su celo por la buena doctrina al extremo que el Sr. Orti y Lara, o que lo dicho por el *Osservatore romano* no merecía censura.

Otros textos de *La Unión,* aduce el Sr. Orti y Lara en su apoyo que debemos trascribir en prueba de la lealtad con que discutimos. Dijo *La Unión*: "Hay además otros que se permiten calificar de liberales a algunos de los que han honrado nuestras columnas con limosnas para asustar así a nuestros hermanos; a éstos hemos de contestar sencillamente, que si al emplear esa palabra la usa en el

---

El episcopado entero del Canadá salió a la defensa de la Universidad de Laval, imponiendo silencio a sus detractores. Además, la cuestión se llevó a Roma, y el cardenal Simeoni al dar instrucciones al episcopado del Canadá, en nombre de León XIII, le dijo: "La Iglesia, al condenar el liberalismo no ha entendido condenar todos y cada uno de los partidos que pueden llamarse liberales; las decisiones de la Iglesia se refieren a ciertos errores opuestos a la doctrina católica y no a un partido político cualquiera determinado; por consecuencia, obran mal los que sin cierto fundamento, declaran estar condenados por la Iglesia, uno de los partidos políticos del Canadá, a seber, el partido reformista, partido apoyado ardientemente por algunos obispos".

(3) Con lo dicho por el *Osservatore romano,* concuerdan las siguientes palabras del Sr. Mateos Gago en su carta al Sr. D. Federico Rubio: "Yo soy liberal, muy liberal, de la escuela del que dijo:

sentido en que está condenada por la Iglesia, nos parece que dicen más de lo que pueden decir y usurpan en cierto modo las atribuciones de ésta, sin derecho alguno para ello y si no es tal la acepción que se propusieron dar al calificativo, no merecía la pena de emplearlos sólo por el placer de rebajar el mérito de una limosna y dar lugar a suposiciones que son contra la caridad". Este texto iba sencillamente dirigido contra los que se permiten calificar teológicamente al prójimo y a sus doctrinas, a pesar de estar prohibido esto a los escritores católicos. Pero el Sr. Orti y Lara escribe: "Concordando ahora este lugar con aquel que antes referimos sobre el sentido filosófico del liberalismo, no es difícil entender que este último está condenado por la Iglesia, mas no el meramente político, que parece lícito e inocente a *La Unión* (4)" *La Unión* no ha dicho una palabra sobre este asunto en el artículo que combate el Sr. Orti y Lara. Quien ha dicho que la Iglesia no ha condenado al liberalismo como sistema meramente político es el Sr. Alonso Perujo en sus *Lecciones sobre el Syllabus,* de las que, repitámoslo, ha dicho el Sr. Orti y Lara que son

---

Si el hijo os libra seréis verdaderamente librados". La ciencia de esta libertad está así descrita por uno de sus principales maestros: "Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad. Con arreglo a estos principios tengo también mis ideas de gobierno; creo por ejemplo, que las formas políticas no curan los males de los pueblos. Paréceme que cuando un pueblo es sobrio, morigerado y laborioso, vive muy bien, lo mismo con la forma absolutista que con la república más libre. Por el contrario, un pueblo de vagos ambiciosos y pretendientes, si anda mal con la monarquía estará peor con la república". Recordemos aquí que el Sr. Orti y Lara afirma ahora, contra lo que sostuvo en otros tiempos, que la palabra liberal no tiene ningún sentido bueno, ni aún el sentido en que lo usa el Sr. Mateos Gago.

(4) *La Unión,* en todas las cuestiones de alguna importancia, procura no separarse un punto de las enseñanzas de los prelados españoles. Así, tiene presente siempre la luminosa pastoral (así la llamó el Sr. Orti y Lara), del reverendo Sr. obispo de Santander, inserta en el número 32 de *La ciencia cristiana,* en cuyo notabilísimo documento se lee: "El liberalismo, ¿es herético?; debemos responderos con toda claridad: si por liberalismo se entiende meramente una forma exterior de gobierno en que se amplían o se restringen más o menos los derechos políticos de los ciudadanos, y en los que se les concede mayor o menor participación en el régimen de la cosa pública, pero con la debida subordinación, en lo que concierne a los principios, alma de las leyes, a Dios y a la Iglesia, no lo es ciertamente, y esto sea cualquiera la dicha exterior forma de gobierno, pues de la más expansiva y democrática, a la más observante y restrictiva, sin embargo de que,

de doctrina siempre pura y que en ellas se halla lo que más conviene saber al publicista católico y lo que más necesita en el ataque y defensa en que se ejercita.

Para evitar el peligro de que haya de adivinarse o buscarse en nuestra mente qué entendemos por libertad y qué por liberalismo, queremos repetir lo que sobre esto hemos dicho días pasados Para nosotros, de los seres creados por Dios, unos obran sin conocimiento de lo que hacen, como las aguas del río, que se precipitan en el mar; como el árbol que nace y frutifica; obran otros por natural instinto, como la oveja que huye tan pronto como descubre al lobo; obra el hombre por juicio, porque juzga por medio de su fuerza cognoscitiva lo que ha de hacer y lo que no ha de hacer. Así dice el *Eclesiástico*: Deus ab initio constituit hominem, et reliquit eum in manu concilii sui, esto es in libertate arbitrii ¿En qué consiste esa libertad? La raíz primera de la libertad humana es el entendimiento; la raíz próxima o inmediata es la receptibilidad universal de la voluntad, como energía racional y facultad del bien. Así en las escuelas suele definirse la libertad, diciendo: "Es la facultad de elegir, (5)" la cual pertenece a todos los entes libres, a Dios, a los ángeles, al hombre. Contiene esta definición las varias especies de libertad que pueden darse, y excluye como es consiguiente, toda la idea de necesidad así intrínseca como extrínseca. Ahora bien: facultad es un poder o virtud que tiende a producir algún acto determinado por su objeto, y elegir es

---

en materia de libre juicio y discusión como es ésta, unas sean y otras parezcan preferibles a las demás. En este sentido, es conciliable con la Iglesia, y hasta se ha dado el caso, bien que raro, de que una república, la del Ecuador, fuese en mejores tiempos el único Estado que se ha conducido por ella como nación sinceramente católica, ya acatando el magisterio doctrinal de la propia Iglesia, ya subviniendo generosamente las necesidades de la Iglesia y ya, en fin, formulando ella sola en el mundo, valerosa y nobilísima protesta contra la injusta y sacrílega usurpación y despojo de los Estados Pontificios. Si por liberalismo se entiende un conjunto o sistema de principios, basados en el desconocimiento y negación, siquiera sea implícita y vergonzosamente de Dios y de la suprema autoridad de la Iglesia, de cuyos principios son los fundamentales los que antes mencionamos, a saber: libertad absoluta de pensamiento, de la prensa y de la enseñanza, y de los cuales son derivación y aplicación práctica otros no menos absurdos y funestos, es a todas luces herético. Es, no lo dudéis, la gran herejía de los tiempos modernos. Es el protestantismo en el orden político. Bien así como el protestantismo fue al nacer liberalismo en el religioso.

(5) *Summa Theologica,* 1 p. c. 33 ,art. 4.º

escoger una de entre varias cosas. La acción de elegir es un acto de la voluntad y la voluntad debe obrar dentro de los preceptos que le han sido impuestos por Dios. De aquí que pueda decirse que la libertad es la facultad del hombre, como quiera dentro de los preceptos que le ha impuesto Dios, ya directamente, ya por medio de la Iglesia, así como la libertad del ciudadano consiste en moverse dentro del círculo que le trazan las leyes políticas, civiles y criminales, siempre que estas leyes no estén en oposición con la ley moral.

De esta doctrina se deduce claramente que el hombre no es moralmente libre para obrar fuera de los preceptos que le ha impuesto Dios, como el ciudadano no es libre para infringir las leyes del reino o de la república en que vive, y por lo tanto que la libertad del mal es una gravísima imperfección, y que el sistema que pretende establecer esta llamada libertad es un sistema de perdición, que se opone al orden establecido por Dios en el mundo, y quiere consolidar en el desorden. Olvidada, desconocida y destruída la ley moral, camina directamente este sistema a la secularización de las naciones, a sustituir los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia por leyes del Estado, y quiere que estas leyes sean la única valla que debe encerrar el obrar del individuo dentro de ciertos límites. No faltan quienes sostengan que también estos límites deben de desaparecer. Así hemos visto que algunos diarios radicados en París y Lisboa se han quejado amargamente de los castigos que los tribunales imponen al criminal que cae en sus manos. Ha defendido últimamente un diario portugués que debe limitarse el Estado a hacer cambiar de aires a los que hacen acciones penadas por los códigos. Ciertamente son todavía pocos los que se atreven a profesar sin ambajes y rodeos el radicalismo absoluto, pero no es menos cierto que son muchos los que a este resultado se encaminan.

Como todas las acciones del individuo están sujetas a una misma ley moral, a esta ley moral deben ajustarse las que el hombre ejecuta como ciudadano, y así, nunca puede ser buena en la política una acción que en el hogar doméstico sea mala. Por lo demás, puede resultar muy bien que una acción en el orden privado sea grave como una, en el orden público lo sea como dos, como cuatro, o como seis, no sólo por el escándalo que se puede producir sino también por las malas consecuencias que puede originar.

¿Quién puede dudar que es menos grave extrínsecamente el pecado que se comete dentro de las paredes del hogar, que el que se comete escribiendo en un periódico, en una revista, o en un libro, o hablando en un Ateneo o Academia, u obrando desde las esferas del Gobierno?

Expuesto así el concepto de la libertad es bien fácil comprender qué sea liberalismo. El P. Ramière dice que "el liberalismmo que la

Iglesia ha condenado es el que invade la esfera de los intereses religiosos, el que tiende a separar la Iglesia del Estado, el que ve en esta separación el ideal de las relaciones que en lo sucesivo deben establecerse entre la sociedad espiritual y la temporal". Otra definición del liberalismo que nos parece más exacta da el cardenal Deschamps, cuando dice que "el liberalismo es la escuela política que pretende hacer basar todo el orden social en la declaración de los derechos del hombre, sin cuidarse para nada absolutamente de si existe para el género humano una ley divina positiva". Con este liberalismo es con el que, según el Cardenal Deschamps y según los grandes publicistas católicos, no pueden ni deben reconciliarse ni transigir el Romano Pontífice, ni los fieles. Es innecesario decir que con este liberalismo no ha transigido ni transigirá jamás, a Dios gracias, *La Unión. Damián Isern.* (*La Unión,* 29-VIII-1882).

La libertad y el liberalismo. III.—La segunda falsa proposición que el Sr. Orti y Lara atribuye a *La Unión,* está concebida en los siguientes términos: "Los partidos liberales sin distinción cuentan en su seno verdaderos y fervientes católicos no contaminados ni tiznados del contagio de los errores modernos". Se funda el Sr. Orti y Lara para acusar a *La Unión* en las siguientes palabras de dicho periódico: "Nadie tiene derecho a decir contra la opinión unánime de los obispos y contra la más clara evidencia, que no hay en España muchísmos católicos que no son carlistas, desde el Jefe del Estalo a quien el Padre Santo trata como a católico, hasta los individuos de los distintos campos de la política que se congregan para formar sociedades católicas". La acusa de nuevo a renglón seguido de haber expresado la mutua conveniencia y amistad entre el catolicismo y el liberalismo, por haber dicho que el sentimiento católico no puede ser encerrado en los moldes de ningún partido político, y por haber añadido: "Tienen algunos partidos más generalizados el espíritu de entusiasmo y de sacrificio en favor de la Iglesia entre sus adeptos. Hay en otros mayor número de individuos de otras clases sociales, que por su piedad y su fe pueden venir más eficazmente en socorro de las necesidades de la Iglesia". No parecen bastante claros estos textos al Sr. Orti y Lara para el común de los lectores, y así dice: "Tampoco sobre este punto ilustra *La Unión* a sus lectores con suficiente claridad; sus palabras ofrecen aquel claro oscuro que impide ordinariamente al común de los sentimientos penetrar su sentido". Pero como nuestro ilustre amigo no pertenece al común de los lectores, deduce de los textos de *La Unión* que dejamos trascritos: primeramente que, según este periódico, el sentimiento católico y el espíritu de entusiasmo y de sacrificio en favor de la Iglesia, y la piedad y la fe, todo esto se encuentra en grado más o menos subido y más o menos generalizado en partidos li-

berales y conocidamente revolucionarios. Esto en una página algo más arriba, sin haber aducido ningún otro texto de *La Unión*, lo que aquí se encuentra en partidos liberales y conocidamente revolucionarios, se encuentra ya en los partidos liberales sin distinción. Procedamos por partes. El primer texto de los de *La Unión* en que el Sr. Orti y Lara pretende apoyarse es el siguiente: "Nadie tiene derecho a decir contra la opinión de los obispos y contra la más clara evidencia, que no hay en España muchísimos católicos que no son carlistas, desde el Jefe del Estado, al cual el Papa trata como católico, hasta los individuos de los distintos campos de la política que se congregan para formar sociedades católicas". ¿Cuál es la legítima interpretación de este texto? En él encontramos en primer lugar, esta proposición: Hay en España muchísimos católicos que no son carlistas. Esto es un hecho que a la vista de todos está, reconocido en cien mil ocasiones por el mismo Sr. Orti y Lara que ha llamado ilustre orador católico al elocuente Sr. Pidal y Mon, que no es carlista para no multiplicar las citas que podríamos sacar por docenas de artículos publicados por el Sr. Orti y Lara en *El Pensamiento Español* y en *La ciencia cristiana*. En las conferencias de San Vicente de Paúl, tan combatidas cuando se fundaron en España por un periódico carlista, que llegó a decir contra ellas cosas mucho más graves todavía que las que hasta ahora se han dicho contra la Unión Católica, no abundan, que digamos, los afiliados a las fracciones carlistas a que parece pertenecer ahora el Sr. Orti y Lara; en cambio hay no pocos que creen todo lo que la Santa Madre Iglesia manda creer y viven como católicos y sin embargo no son carlistas, ni muchísimo menos. ¿Tenemos necesidad de recordar aquí que el insigne prelado de Valencia ha declarado últimamente que tiene por católicos a muchos funcionarios públicos que seguramente no son carlistas? Añadía *La Unión*, en segundo lugar, que individuos de distintos campos políticos se congregan para formar sociedades católicas; he aquí otro hecho contra el cual se rebela el Sr. Orti y Lara: en las cofradías, en la juventud católica, en la asociación de católicos, y en otras muchas asociaciones católicas hay carlistas y alfonsinos, y también quienes creen que la época de las monarquías ha pasado y que se debe pensar en hacer posible una república católica, tesis sostenida antes de ahora y aún durante la última guerra civil por un publicista que está hoy al lado del Sr. Orti y Lara. Respecto a si el Jefe del Estado es católico a secas o católico liberal, no es *La Unión* a quien conrrespondía ni corresponde averiguarlo, porque como dijo últimamente el venerable Sr. arzobispo de Tarragona, no corresponde a los legos el dar o quitar patentes de catolicismo. Los que tal hacen usurpan atribuciones de la Iglesia y faltan a la caridad.

El segundo texto de *La Unión* que ha escandalizado al Sr. Orti

y Lara, es aquel en que se afirma que el sentimiento católico no puede ser encerrado en los moldes de un partido político, o sea, añade él, "que no pertenece tan sólo a los carlistas, sino también a otros partidos". El Sr. Orti y Lara podrá no estar de acuerdo en esto con *La Unión:* pero *La Unión* en esto, como en todo, marcha detrás de los prelados, quienes han afirmado repetidas veces lo que *La Unión* ha repetido; por otra parte, no se podría explicar fácilmente cómo pudo entrar el Sr. Orti y Lara en la Unión Católica si creía que en España no hay más católicos que los carlistas, pues en dicha asociación entraron, y en ella están no pocos que no son carlistas. Unió el Sr. Orti y Lara y saca el anterior texto de *La Unión* con el siguiente: "Tienen algunos partidos más generalizado el espíritu de entusiasmo y sacrificio en favor de la Iglesia entre sus adeptos; hay en otros mayor número de individuos de otras clases sociales que por su posición y por sus medios, al par que por su piedad y su fe, pueden venir más eficazmente en socorro de las necesidades de la Iglesia. Anda averiguando dicho Sr. qué partidos pertenecen a la primera clase y qué partidos pertenecen a la segunda, y llega a atribuir a *La Unión* los falsos y absurdos conceptos que hemos transcrito más arriba. ¿Qué partido tiene más generalizado el espíritu de entusiasmo y de sacrificio en favor de la Iglesia? Indudablemente los dos carlistas que existen en España: el de los que obedecen la voz de mando del señor Nocedal, y el de los que no aceptan la jefatura de dicho señor, siguiendo las enseñanzas del Sr. Orti y Lara en el 3.º artículo de la serie que escribió con el título de *Viribus unitis* (1). Y no dirá el Sr. Orti y Lara que no existen entre estos dos partidos diferencias de doctrina, pues los carlistas que no aceptan la jefatura del Sr. Nocedal, jamás transigirán con el error sostenido por el órgano de este señor, de que para formar parte de una obra católica se necesita autorización de las autoridades políticas, ni mucho menos la errada opinión de que se puede hacer un mal cierto, como es votar a un candidato revolucionario, con la esperanza de sacar de él un bien (2). Estos cesarismos y pesimismos jamás los aceptarán los que, ante todo y sobre todo, son católicos. ¿En qué partidos hay mayor número de individuos de otras clases sociales que por su posición y por sus

(1) Véase *La ciencia cristiana* del 28 de febrero de 1881.

(2) Recuérdese lo que sucedió cuándo las últimas advertencias dirigidas por el Excmo. Sr. cardenal arzobispo de Toledo a los periódicos católicos de esta corte. *El Siglo Futuro* declaró que para que dicho prelado quisiera mandarle respecto de la participación en la peregrinación regional de este arzobispado, debía dirigirse al jefe de su partido. He aquí una doctrina con la que jamás transigiremos los tradicionalistas que somos católicos antes que críticos.

medios pueden venir más eficazmente en socorro de las necesidades de la Iglesia? También es fácil averiguarlo: en el partido católico alfonsino de que es elocuente eco en las cortes el ilustre orador señor Pidal y Mon y en el partido moderado que después de haber declarado *El Mundo Político* en su última época, su conformidad con *El Siglo Futuro,* en cuanto se refiere a liberalismo, no puede ser acusado de heterodoxo por el Sr. Orti y Lara, sin gravísima y notoria injusticia (3). ¿Que al partido moderado le quedan pocos hombres? ¿Y qué? ¿Por ventura los partidos sólo pueden ser llamados tales, cuando reúnen tal o cual número de afiliados? Dese el poder al Sr. Moyano y a los quince días encontrará el partido moderado con mayor número de adeptos que la fusión hoy imperante.

¿Debe contarse con tales católicos para la defensa de la Iglesia?, pregunta el Sr. Orti y Lara. Es indudable: si no se debiese contar con ellos, no contarían con ellos los prelados de la Iglesia que a ellos acuden para que defiendan a la Iglesia en muchas ocasiones, en que pueden hacerlo con grandes ventajas sobre otros católicos; recordemos de paso, antes de terminar, que el Sr. Orti y Lara tiene una noble declaración respecto de los moderados en *La ciencia cristiana* y que por lo tanto no es lícito poner en duda que en este punto opine exactamente como nosotros. Si hubiese cambiado de opinión, nos limitaríamos a combatir sus nuevas opiniones con las que expuso antes de ahora.—*Damián Isern.* (*La Unión,* 30-VIII-1882).

La libertad y el liberalismo. IV.—A fin de no dejar ningún cabo suelto, vamos a contestar al señor Orti y Lara en una cuestión que en su artículo toca de pasada. Dijo *La Unión*: "Es buena y apacible la unión de los poderes y recíproca protección dentro de la verdad y de la justicia, pero nosotros queremos obligar al poder civil a proteger al religioso, porque así lo quiere y lo pide, lo exija e imponga la pública opinión católica de antemano".

Por mucho que nos hemos devanado los sesos no hemos podido comprender cómo un hombre de buena fe y de excelente voluntad ha podido sacar la siguiente peregrina consecuencia de las anteriores líneas: "No es pues, el ideal de dicho periódico, tratándose de las relaciones del Estado con la Iglesia, la unión de ambas protestas, sino la necesidad impuesta por los católicos al poder civil, aunque éste se halle en manos de Gambetta o de Sagasta, o del mismo Depretis, de proteger el poder religioso, es decir, la espada temporal en defensa de los derechos de la Iglesia". Si así interpreta un texto tan claro y

(3) Véase *El Siglo Futuro* del 4 de setiembre, de 1878, y *El Mundo Político* del día siguiente, que levantó acta de la declaración de dicho periódico.

terminante un ilustre profesor de filosofía, ¿qué extraño puede parecer a nadie, que otros, menos conocedores de la lógica, nos atribuyan diariamente tal suerte de monstruosas aberraciones? La necesidad impuesta por los católicos al poder civil, de proteger al religioso, es sencillamente un medio para conducir al ideal, o sea a la unión de ambas potestades; si no le parecía al Sr. Orti y Lara bastante explícito el texto, la buena fe y la caridad le obligaban, según declaraciones suyas, a buscar otros textos de *La Unión* que aclaran y completan el anterior. Decía este periódico en mayo último: "Como católicos queremos, no que los dos poderes se unan y confundan, como se hallan confundidos en Rusia la Iglesia y el poder del zar, sino que estén enlazados de tal manera, que la potestad inferior esté sujeta y subordinada a la superior. No quiere decir esto que la potestad espirital deba mezclarse en los negocios puramente temporales, que deben desenvolverse libremente. Si alguna vez la potestad temporal dañase con la resolución de determinados negocios temporales al fin espiritual, entonces, como dice muy bien Belarmino, la potestad espiritual debe y puede sujetar a la temporal por cuantos modos y cuantas vías aparezcan necesarias". Ya antes había declarado *La Unión,* que "la espada temporal, símbolo común de la potestad civil, conviene que esté subordinada a la espiritual, símbolo de la potestad eclesiástica", según Bonifacio VIII en la bula *Unam Sanctam Eclesiam.*

Pero no es esto lo que más disgusta al Sr. Orti y Lara, sino que se afirma la necesidad de que la opinión pública católica de antemano obligue al poder civil a proteger al religioso. Transcribe para fundar sus censuras el siguiente párrafo de *La Unión,* que al censor eclesiástico de dicho periódico y a nosotros nos ha parecido perfectamente ortodoxo: "Por eso, decía, lo primero que queremos es hacer católica la opinión, pues aunque lo ha sido y lo es en el fondo, la impotencia a que están reducidos los católicos por su desunión, hace que no aparezca con aquella virilidad y energía que tendría si estuviesen unidos, y que la de insignificantes minorías apoderadas del poder de los parlamentos, de la prensa, de las academias, de los clubs, de las asociaciones y aun de las riquezas que hace poco no eran suyas, se presenta pujante y avasalladora, y respecto al triunfo de cierto partido, como partido, por muy simpático que sea, hay que confesar que después de lo pasado, y con el movimiento y dirección que llevan las cosas es, seguramente, mucho más difícil que el triunfo de la Iglesia, porque para éste, ayudarán y pueden y deben ayudar todos los católicos, que son, repetimos, la inmensa mayoría de la nación, y no pueden desoir ni se atreverán a despreciar la autoridad del episcopado, que entero y unánime, dijo que es preciso para bien de la Iglesia". De este texto deduce el Sr. Orti y Lara, ¡asómbrense nuestros lectores!, que según *La Unión,* la Iglesia puede triunfar en las naciones

más modernas por la sola opinión de la opinión pública contra la acción deletérea del estado moderno; que el triunfo de la Iglesia en el orden social, es independiente de la monarquía cristiana y de los que la defienden, y aún del reinado social de Jesucristo, mediante la aceptación libre, fiel y amorosa por parte de los gobernantes de la suprema dirección de la Iglesia. Que para este triunfo se requiere la cooperación de todos los católicos, incluso los que militan en los partidos liberales hostiles a la Iglesia. Y aquí tenemos a *La Unión* incursa de nuevo en el error católico liberal, por obra y gracia del Sr. Orti y Lara que, por lo visto, no se deja atar fácilmente, permítanos que se lo digamos, por los preceptos más elementales de la lógica.

Respecto de la primera parte del texto de *La Unión*, ¿puede darse acaso mejor deseo que el de hacer católica a la opinión pública? ¿Por ventura es otro actualmente el propósito que alimentan los católicos de Bélgica y de Alemania? Decía pocos días antes de las elecciones del 13 de junio el Sr. Malou, jefe de los católicos belgas: "Si somos derrotados, no por eso desfalleceremos, seguiremos trabajando en la escuela, en la prensa, en la tribuna, para hacer comprender a la opinión los abismos a que conduce el partido liberal: este es un medio seguro de presentarnos de nuevo con mayores elementos de triunfo, cuando se libre una nueva batalla". En el manifiesto dado por el centro católico alemán, en 1878, se lee lo siguiente: "Nuestros males sólo pueden tener un remedio, y este remedio sólo puede ser tenido por los sentimientos de fe cristiana que deben inspirar la instrucción y la ciencia y la vida toda del pueblo, a fin de que luego se refleje en la legislación y en la vida pública; con este objeto, no hemos cesado de pedir, y seguiremos pidiendo hasta que la obtengamos, la libertad de acción de la Iglesia, la derogación de todas las leyes que atentan a la economía o a los derechos de la Iglesia". Esta misma teoría parecía expresar el Sr. Orti y Lara, cuando escribía: "Los católicos, cuyo juicio por la misericordia divina no está perturbado por las falacias de la época, se proponen restaurar en el orden doctrinal las ideas que debe dirigir a los poderes públicos, que aspiren al título de cristianos, y procurar por todos los medios que el derecho y la moral tienen por legítimos, que esa idea se siente en los consejos de la política y dé a los hombres que dirigen la sociedad moderna el gran secreto de la verdadera razón de estado". Es decir, que el señor Orti y Lara quería, cuando publicó las anteriores líneas, que se restauraran primeramente en el orden doctrinal las ideas que deben dirigir a los poderes públicos, y que se procurase luego que estas ideas se sentaran en los consejos de la política, lo cual es precisamente, dicho con otras palabras, lo que maniesta desear *La Unión*. Mr. Perin, citado por el Sr. Orti y Lara, confirma lo dicho por *La Unión*, cuando declara que "es preciso que los católicos trabajemos por restaurar el

imperio que Jesucristo debe ejercer en el mundo por medio de su Iglesia, restableciendo en las conciencias la justa idea de los derechos de Dios en las sociedades humanas". ¿Qué otra cosa hicieron que lo que pretende hacer *La Unión* los O'Connell, los Margotti, los Windthorst, los Chesnelong, los Balmes, los Aparisi? En la prensa, en la tribuna, en academias y ateneos, donde quiera que ha habido dudas que disipar, errores que combatir, verdades que esclarecer, testimonios que dar a la causa de Dios y de la Iglesia, allí se les ha visto confortados en medio de la lucha por las bendiciones de los pontífices, trabajar incesantemente por purificar la atmósfera viciada por el espíritu moderno, a fin de lograr luego que el organismo social recobrara su ordenado movimiento y pudiese Jesucristo sentarse en el trono de su soberanía sobre las naciones. Si en otros tiempos hubiese contestado alguien que "los esfuerzos de esos hombres ilustres resultarían vanos y se estrellarían en un muro de bronce, pues los gobiernos son impenitentes, no se confiesan, como decía un ministro de Luis Felipe", el Sr. Orti y Lara le hubiera replicado como contestó en otros tiempos a una objeción parecida: contra esto puede hablar el nombre de O'Connell a quien tanto deben los católicos de la Gran Bretaña; el nombre de Margotti a quien tanto deben los católicos italianos; el de Windthorst, que ha puesto en peligro de muerte inevitable e inmediata las leyes de mayo, que tantas lágrimas hicieron derramar a Pío IX; el de Chesnelong, que es el alma de la resistencia que encuentran en Francia las tiranías de los Gambetta, de los Ferri, y que con la fundación de innumerables escuelas ha colocado los cimientos de la futura restauración francesa; de Balmes, que a pesar de haber escrito en una época de transición, tanto ha influído, influye e iinfluirá en lo porvenir, en la regeneración social, a cuya alborada asistimos; de Aparisi, que sin ciertos sucesos, quizás hubiera realizado solo la restauración cristiana de España. ¿Acaso son hoy posibles las restauraciones cristianas en el poder sin regenerar antes al pueblo? ¿De qué serviría que el Sr. Sagasta abominara de los errores liberales que profesa?. De muy poco o de nada si no existía en el Parlamento una mayoría católica dispuesta a apoyar su nueva política o un cuerpo electoral dispuesto a elegir una cámara católica, porque debemos suponer que un ministerio católico no haría las elecciones como las hacen los gobiernos liberales.

Respecto a la segunda parte del texto de *La Unión,* ¿quién puede dudar de que el triunfo del partido carlista es hoy por hoy más difícil que el de la Iglesia, profundamente dividido como está? Hasta hace poco el partido carlista, en el cual se han dibujado siempre varias tendencias, se había conservado libre de toda influencia del espíritu moderno, y las tradiciones legalistas y cesaristas sólo se manifestaban en su seno por actos individuales, a los que los directores del

partido procuraban siempre quitar toda importancia. Hoy sucede ,en parte, lo contrario: el hombre político que contra toda justicia dirige una fracción de este partido, por fortuna cada vez más insignificante; los órganos de esta fracción en la prensa y sus adeptos en las manifestaciones todas de su pensamiento político, no ocultan sus aficiones cesaristas que sustancialmente no se diferencian un punto de las aficiones liberales; atacan más o menos descaradamente, según el temperamento de cada cual a la Iglesia, en no pocas de las obras por ella amparadas y bendecidas; dirige contínuos dardos a los prelados que no se avienen a encerrar el pensamiento católico en los estrechos moldes de una fracción política; un presbítero se erige en maestro de su prelado y el órgano más autorizado del partido declara al Rvdo. obispo de Salamanca enemigo del catolicismo "¿No implicit in terminis que los que tantas amarguras causan a la Iglesia y tantas lágrimas hacen derramar a sus prelados sean los únicos que puedan realizar la restauración cristiana? Porque claro está que en el estado actual de división del partido carlista sólo podrían utilizarse para la restauración política las escasas fuerzas que obedecen la voz de mando del Sr. Nocedal, excomulgada como está (pase la frase en gracia del uso que en estos últimos tiempos se ha hecho de ella). La parte más considerable y más sana de los elementos que en la guerra civil pasada lucharon unidos en defensa de las aspiraciones del Sr. Duque de Madrid ¿cómo ha de tener más probabilidades de triunfo que la Iglesia, una fracción que en algunas provincias carece por completo de adeptos, y que aun en las que cuenta con mayor número de partidiarios está en insignificante minoría, como puede probarse matemáticamente con los datos estadísticos que se han logrado reunir?

A nadie, los verdaderos carlistas a los que no quieren ladearse ni a la derecha para no contaminarse con el cesarismo, ni a la izquierda para no contaminarse con el liberalismo, entristece este estado de cosas, en el cual, dicho sea en honor de la verdad, ninguna suerte de responsabilidades les cabe. No poco habrá entristecido a estos hombres que, en unión de otros reconocidos beneméritos y declarados católicos, luchan en defensa de la Iglesia, ver que el Sr. Orti y Lara les acusa, sin nigún fundamento, como está a la vista, de haber vuelto las espaldas a la monarquía cristiana. Y aquí ha de permitirnos el señor Orti y Lara que por una vez siquiera, le hablemos con la rudeza de quien ha nacido y se ha educado en una provincia donde por fortuna se conserva puro en la casi totalidad de las familias el sentimiento cristiano. A no venir autorizado con la firma de un hombre tan respetable y serio como el de dicho señor, creeríamos que esta acusación era la más donosa burla que podía haberse concebido. ¡Que *La Unión* ha vuelto las espaldas a la monarquía cristiana! Pero, ¿acaso se fundó este periódico para defender la monarquía cristiana,

u otra cualquiera forma de gobierno en abstracto o concreto? ¿Cómo ha podido ocurrírsele esta acusación al Sr. Orti y Lara, con cuya previa censura se publicó el prospecto de *La Unión?* En dicho prospecto se dice que los fines de la únión católica son los fines de su órgano en la prensa, y entre otros fines, expuestos en sus bases, redactadas por el Sr. Orti y Lara no hemos encontrado restauración de la monarquía cristiana, ni cosa que se le parezca. Los miembros todos de la Unión Católica podrán desear la restauración de la monarquía cristiana, y defender esta nobilísima aspiración como políticos; como individuos de la Unión Católica, sólo pueden y deben trabajar para la consecución de los fines religiosos y sociales expuestos o indicados en el capítulo primero de su reglamento general. Piden el reino de Dios y su justicia, y están seguros de que lo demás se les dará por añadidura, sin querer indicar con esto que no deban trabajar en cuanto les sea dable, para que lo que se les haya de dar se les dé cuanto antes. ¿Y qué otra cosa pueden desear mejor que una política católica que imperando en el Estado les ahorre gran parte del trabajo que de otro modo deberán llevar a cabo?.—*Damián Isern.* (*La Unión,* 31-VIII-1882).

La libertad y el liberalismo. V.—Triste es a no dudarlo, tener que emplear en defenderse de los ataques de hermanos queridos las fuerzas y el tiempo que deberían emplearse en rechazar las acometidas y los asaltos de los enemigos del hombre cristiano. La culpa de que esto suceda, no la tienen ciertamente quienes llevan la abnegación y el espíritu de sacrificio a extremos pocas veces vistos en esta clase de contiendas. Diariamente se escriben contra nosotros largas columnas, en las cuales se nos ataca en lo que los cristianos y caballeros estiman más: su honor, su dignidad, su consecuencia. Los actos de la vida privada de nuestros amigos y aun de nosotros mismos, no son más respetados que los de la vida pública. Todos los medios son buenos para combatirlos. ¿A dónde se va por este camino? ¿Qué se pretende? Averígüenlo otros, que no seremos nosotros quienes derramemos nuevas amarguras en el corazón de los buenos. Si en vez de tratarse de hermanos nuestros se tratara de adversarios declarados de la Iglesia, diríamos a los católicos españoles: ved cuál es su conducta; comparadla con la nuestra, y si por los frutos se conoce el árbol, dígase en buena hora cuál de estas dos conductas se conforma más con los mandamientos de paz y caridad que dio Jesucristo a los suyos, que León XIII repitió de un modo especial a los escritores católicos del mundo entero y nuestro eminentísimo prelado a los de esta diócesis en particular. Jamás la Iglesia ha autorizado en ninguna suerte de guerras, las armas que hoy se emplean contra nosotros y que serían reprobables aun empleadas contra los enemigos más peligrosos y terri-

bles de nuestra fe. El catolicismo es caridad; las sectas son odio, rencor, guerras sin tregua y sin cuartel, según las frases de Pío IX.

Aún en esta ocasión en que se trata de defendernos de gravísimas acusaciones formuladas por un adalid de la causa católica que en el momento de combate ha desertado de la bandera, bajo cuyos pliegues se cobijaba, hemos procurado contenernos dentro de los límites de una cristiana defensa. Hemos recordado que el P. Delaporte ha afirmado en una obra aprobada y elogiada por el eminentísimo señor cardenal Donnet que el catolicismo no entra en la querella entre libre-cambistas y proteccionistas; hemos puesto de manifiesto que *La ciencia cristiana* debió buscar, antes de dar a luz su artículo titulado *La Unión, fautora del liberalismo,* el remedio al mal que ha afirmado existía, en vez del escándalo que a toda costa debía haber evitado: que no sólo no existía el mal, sino que, a haber existido, el periódico *La Unión* lo hubiera corregido a la más pequeña indicación de su prelado; que si había en dicho periódico textos que a *La ciencia cristiana* le parecían oscuros, la caridad y la buena fe le aconsejaban que procurara aclararlos y explicarlos con auxilio de otros textos claros y terminantes, o que los interpretara en el sentido más favorable posible, como hace y recomienda que se haga siempre la Iglesia; que *La Unión* no ha querido, ni quiere, ni Dios mediante querrá, conciliaciones entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, que no ha tenido por qué volver la espalda a la monarquía cristiana ¿ Qué hay en todo esto que salga de los límites de una cristiana defensa?

La Unión no ha olvidado jamás este principio que es de derecho público entre católicos. La Iglesia no censura ni reprueba ninguna forma de gobierno, y las instituciones establecidas por ella para el bien general, pueden prosperar, ya esté la administración de la cosa pública confiada al poder y a la justicia de uno sólo o de muchos. Esto no impide ciertamente que se crea que de las varias formas de gobierno que enumeran los publicistas, la mejor, hablando en general sin relación alguna determinada, es la monarquía, optimum regimen monarchicum, y que el régimen representativo allí donde legítimamente haya sido introducido, a pesar de sus imperfecciones y peligros, debe ser respetado, y puede dar algún fruto, si por ventura ha sido purgado de los vicios que le suelen corromper en el mundo moderno, como enseña el Sr. Orti y Lara, siguiendo a los Padres Taparelli y Liberatore, de la Compañía de Jesús.

Nada debemos añadir; hemos llegado al término del camino que nos proponíamos recorrer, seguros en nuestra conciencia de haber mostrado a las personas de sano e imparcial juicio, no ofuscadas por las pasiones de sectas o de partidos, lo falso del edificio de las terribles acusaciones lanzadas contra *La Unión,* por el ilustre Sr. Orti y

Lara. La razón desapasionada y serena, se coloca, esta vez, como siempre, del lado de la autoridad de la Iglesia, que ha aprobado los artículos de dicho periódico, con poco acierto censurados por el señor Orti y Lara que, en realidad digamos sin rodeos, al disparar contra un periódico que jamás se atribuirá el don de la impecabilidad ni de la infalibilidad, como lo prueba el hecho de sujetar sus escritos a la censura eclesiástica, ha venido a descargar contra una institución de la Iglesia y no ciertamente con los modos que en estos casos debe procederse según lo establecido por los cánones. El Sr. Orti y Lara no debiera haber olvidado en esta ocasión, permita su buena amistad que se lo recordemos, que como ha dicho el Rvdo. Sr. arzobispo de Tarragona, "no corresponde a los legos el quitar o dar patentes de catolicismo, y se exceden y además faltan a la caridad y a la justicia, los que se propasan a echar la infamante nota de católico-liberal, de mestizo u otra por el estilo, sobre personas que están en comunión con sus prelados, quienes lo están a su vez con el Papa; que cree en todo lo que la Iglesia cree, y profesa todas las doctrinas que la Iglesia enseña, incluso las contenidas en el Syllabus de Pío IX". También debía haber tenido presente aquel decreto en que el eminentísimo Sr. cardenal arzobispo de Toledo, su prelado, prohibió a los escritores católicos calificar teológicamente doctrinas en los periódicos, revistas o folletos que publiquen. Si bien parece la sumisión a las legítimas autoridades de los soldados de filas, mejor parece todavía en los adaliles que, como el Sr. Orti y Lara tan gloriosamente han peleado hasta ahora las batallas del Señor. Quizás previendo que pudieran llegar casos como el que hoy llena de amargura a todos los corazones sinceramente cristianos, la mirada de águila del insigne prelado, que con tanta gloria ocupa la sede arzobispal de Granada, escribió en la carta dirigida a los promovedores de la Unión Católica: "Ningún católico seglar, por más sabio y elocuente que sea, puede arrogarse el derecho de declarar autoritativamente que tal o cual política, o la política seguida por él, es la Unión Católica, y que no hay ni puede haber otra que lo sea; que ningún católico seglar, en fin, por vasta que sea su instrucción y extraordinario su talento, puede ni debe gloriarse vanamente, ni abrigar en sus ánimos completa seguridad y confianza de que entiende e interpreta fielmente la enseñanza de la Iglesia, y de que sabe aplicar en el modo y medida conveniente a todos los negocios y cuestiones políticas que trata, como no tenga a su favor algún juicio docrinal concreto de los supremos pastores de la Iglesia". Séanos permitido hacer dos declaraciones antes de poner término a estas páginas: 1.º El autor de estas líneas, reprueba y condena hasta el último ápice de sus escritos lo que no se ajuste en un todo a las enseñanzas y decisiones de la Iglesia, y reprobaría y condenaría estos artículos si su prelado o el Papa le ordenara hacerlo, toda

vez que es privativo del Papa y de los obispos, en comunión con la Santa Sede, el juicio teológico de las doctrinas que directa o indirectamente se relacionan con las verdades que el hombre necesita conocer y profesar para salvarse. 2.º Aun admitiendo según las graves enseñanzas que dejamos transcritas, y porque no toca a nosotros, simples legos, reformarlas, que pueden darse liberales y se dan aunque pocos, no incursos en las condenaciones pontificias, cree el que estas líneas escribe, que nunca deben aceptar los católicos. esta denominación de doble sentido y de pésimo gusto, y añade que jamás admitirá que ningún católico puede acomodarse ni transigir con el liberalismo tal como lo definen el eminentísimo Sr. cardenal Dechamps, el difunto arzobispo de Valladolid y el actual obispo de Santander, en movimiento de prudencia y de saber que resume cuanto se ha dicho en este punto, y que nos sirve constantemente de luminosos faros en nuestras tareas de escritores y publicistas católicos.—*Damián Isern.* (*La Unión,* 1-IX-1882).

APÉNDICE VII

Las dos tendencias.—Se agita hoy en España con caracteres extraordinarios una cuestión verdaderamente temerosísima; todos los católicos sentimos ya sus efectos deplorables; todos estamos persuadidos de que si pronto no se ataja el mal, los resultados serán funestos; todos quisiéramos pisotearlos con resolución, y... sin embargo nadie se revuelve.

Consiste quizá esta falta de ánimo en que quien más, quien menos, con la palabra algunos, y otros con el silencio, todos hemos contribuído a embrollarla, y todos estamos recibiendo el visible y palpable castigo de la justicia de Dios.

Aun a riesgo de que se asombren algunos católicos de esos a quienes los hombres, los años y los libros sólo les enseñaron a desconfiar de sus hermanos, declaramos con sinceridad que personalmente creemos en la buena fe de todos. ¿Quién puede querer equivocarse? ¿A quién ha de complacer vivir con el error a sus espaldas? Claro está que habrá algunos, porque en el mundo hay de todo; pero esas excepciones en vez de destruir confirman la regla general.

Sea de ello lo que fuere, si como aseguran los médicos hacer un buen diagnóstico es dar el primer paso para curar una enfermedad y, como dicen los filósofos, plantear claramente un problema es supri-

mir la mitad de las dificultades para resolverle, parécenos que es ya llegada, si no pasó, la hora de averiguar en qué consisten las verdaderas y sustanciales diferencias que dividen a los católicos españoles

Esta es la gran cuestión, la principal cuestión, y si mucho se nos apura desde el punto de vista católico, la única cuestión de importancia en los presentes tiempos, en que la Iglesia y la sociedad sufren las tristes consecuencias de un pugilato de catolicismo, nada edificante, del cual, aparte del gran escándalo que produce por querer todos ser modelo cuando apenas si servimos para copias, el único resultado evidente es el desprestigio de unos y otros, la perturbación de las conciencias, una nueva división en la familia cristiana y un nuevo mal ejemplo para el mundo. ¿Por qué hemos de negar nosotros, simples señores, lo que han declarado solemnemente ilustres prelados de la Iglesia en España? ¿Qué ganaría España ni qué ganaría la Iglesia con la mal llamada prudencia de cerrar los ojos a la luz, si al fin el incendio existe y el calor de las llamas han de advertírnoslo cuando quizá el mal no tenga ya humano remedio? ¿No es cosa sabida que de tener los ojos cerrados para no ver, tiene que resultar una ceguera, mil veces peor que la misma muerte? ¿No sería temeridad insigne y dura, imperdonable, desatender hoy una enfermedad más o menos ligera, pero humoral tal vez, y quizá hereditaria, dando lugar a que un posible abandono diese, a la postre, con el paciente en la sepultura?

Averiguando el hecho reconocido, cabe indagar sus causas; negándolo o despreciándolo, no por eso dejará de existir, y si la ilusión dura algo más, será a costa del paciente, que puede perder la vida y no en beneficio de los médicos que seguramente no aumentarán por estos caminos su clientela.

Pueden decir algunos que los católicos españoles están divididos por cuestiones dinásticas que nunca se resuelven y es difícil que se resuelvan jamás a gusto de todos.

Es una verdad y es una desgracia, pero nos daríamos por muy contentos si en eso consistiesen todas las diferencias; porque si tal división fuese la única, resuelto, como está por la Iglesia, que las formas de gobierno en tesis generales le son indiferentes y más aún las de simples dinastías y todavía más las sencillamente personales, que la eterna disputa de las partes litigantes convierten al fin en un pléito, todos convendrían en lo necesario, respetándose su recíproca libertad en lo dudoso, todos se agruparían en derredor de lo fundamental, guardándose lo accidental cada uno para su uso, todos formarían un solo ejército católico, bien que compuesto de distintas fuerzas en que hubiera armas para todas las aficiones y trajes para todos los gustos, parando unos a pie y otros a caballo, estos, con las espadas y aquellos, con las plumas, a los fuertes en la vanguardia y en la retaguardia a los débiles, para el mejor éxito de la batalla general, todos

defenderían siempre el altar en campos de guerra, como los actuales, adornándole cada uno en tiempos de paz con las flores que más fuesen de su agrado, todos colocarían como un solo hombre, un solo corazón y una sola fe, sus ideas, sus convicciones, sus intereses, a los pies de la santa causa de la Iglesia para mayor gloria y honra de Dios.

Cuando así no sucede, hay que reconocer que no es aquella la verdadera división, o al menos no es la esencial y la única, y en averiguar las causas debemos de poner todo nuestro cuidado, ya que son las verdaderamente graves, como origen principal sumo de nuestras desdichas.

La Asociación de católicos, la Juventud católica, las Conferencias de San Vicente de Paúl, Santa Infancia y tantas otras obras excelentes que arrastran una vida mísera en España, muestran, o que el catolicismo español ha dejado ya el libro de la historia, olvidándonos de la costumbre de llamarnos católicos en todos los tonos y a todas las horas del día, o que lo más grave ocurre entre nosotros, cuando no sabemos sumar nuestros esfuerzos y voluntades, ni aún tratándose de meras cosas de carácter religioso y social, como la peregrinación a Roma y el centenario de Santa Teresa de Jesús. No se explica de otro modo el hecho evidente, notorio, palpable, que todos vemos, que todos reconocemos, que todos deploramos.

Y esto consiste en que hay católicos que de buena fe, sin duda, creen prestar a la religión un gran servicio, sosteniendo que sólo puede salverse ésta en España con cierta forma de gobierno, cierto sistema dentro de esa forma y cierto matiz dentro de ese sistema; de donde deducen que a eso hay que subordinarlo todo, y todo cuanto no sea eso y a eso derechamente conduzca, es ineficaz, estéril, inútil y por tanto innecesario..., al paso que otros entienden que deben utilizarse siempre todos los medios legales y lícitos, y trabajar todos los días para no perder un terreno que cada vez es más difícil de reconquistar.

En que hay católicos que juzgando, con razón, mal a los gobiernos presentes quieren vivir como si tales gobiernos no existieran, y consideran un heroísmo despreciarlos y llegan a forjarse la ilusión de no darles ni la importancia que siempre tienen los hechos, al paso que otros, aunque sin grandes fantasías, no quieren sin embargo aplicar sus derechos de ciudadanos y sus deberes de padres de familia, estimando sagrada obligación suya influir siempre todo lo posible hasta donde alcancen sus fuerzas, para mejorar las leyes y las costumbres de la sociedad.

En que hay católicos que entienden hacer un gran favor a la Iglesia estrechando el círculo, al paso que otros no quieren ensancharlo, pero estrecharlo tampoco, para no usurpar sus atribuciones a la Iglesia.

En que hay católicos que, aficionados a restar, solamente se acuer-

dan de que son pocos los escogidos, escogiéndoles ellos desde luego y colocándose los primeros modestamente; al paso que otros, pensando además en que son muchos los llamados y el escoger es de Dios, aspiran siempre a sumar (tratándose, por supuesto de cantidades homogéneas) y dejan la elección o la eliminación a los que están puestos por Dios para ello.

En que hay católicos que cuando algún débil creyente es víctima de alguna tentación, batiendo las palmas exclaman: ¡Mejor!; al paso que otros, procurando leer en el alma del caído y sabiendo que de hombres es el pecar y que hasta el justo peca siete veces al día, no pueden menos de decir: ¡Qué lástima!

En que hay católicos que creen que a la altura a que han llegado las cosas, el mundo sólo puede conquistarse ya a tiros y a palos, al paso que otros, después de meditar mucho sobre nuestro triste estado social y estudiar las lecciones de la historia, entienden que hoy es precisamente cuando menos valor tienen las armas, y más que nunca son las mejores las ideas puras, los sentimientos elevados, los grandes ejemplos y las buenas obras.

En que hay católicos que pretenden convertirse en maestros de la doctrina religiosa, intérpretes oficiales y seguros de los sagrados textos..., al paso que otros creen que entre católicos no hay más autoridad que el Papa y los obispos, puestos por Dios para gobierno de la Iglesia, de la cual no debemos ser todos más que discípulos humildes.

En que hay católicos que acostumbrados a mandar como políticos quieren imponer sus sentimientos religiosos en la misma forma y de la misma manera que ellos los tienen..., al paso que otros huyendo del espíritu privado no reciben ni quieren recibir en estos asuntos más lecciones que las de aquellos que tienen la misión de enseñar.

En que hay católicos que con pasmoso desenfado excomulgan por sí y ante sí a los que se declaran sus hermanos en la fe, rechazándoles con una autoridad tan usurpada como intolerable..., al paso que otros entienden que el tristísimo empleo de separar el trigo de la cizaña está sólo reservado a los elegidos por Dios y no quieren que el sublime papel de apóstol se convierta en tráfico innoble de mercaderes, o en oficio miserable de bufones.

En que hay católicos que creen que la vida privada del prójimo no tiene dueño y debe estar siempre expuesta entre el fango, en medio de la plaza pública..., al paso que otros entienden que los pecados no deben cotizarse en el mercado de las pasiones humanas y mucho menos debe sacarse el decoro privado a la pública vergüenza.

En que hay católicos que conceden tan poco valor a la verdad y a la caridad una influencia tan mezquina, que aquélla, de suyo hermosa, siempre la presentan fea, como desfigurada, y a ésta, de suyo buena por tonta y poco hábil, la esconden en el último aposento..., al

paso que otros entienden que la verdadera hechura de Dios a la larga triunfa siempre cuando la acompaña la caridad, esa hija primogénita del cielo.

En que hay católicos que cuando el Papa o los obispos dicen algo que les gusta, les falta lengua para elogiar y manos para aplaudir, y a todas horas repiten sus frases, y por todas partes pregonan su prudencia y en todos tonos cantan su sabiduría, y los ensalzan y los vitorean y hasta los bendicen; todo sin perjuicio de perder la lengua y las manos y el corazón cuando no hablan a su gusto y discutir entonces sus mandatos y distinguir entonces su autoridad, y negarles la previsión y la prudencia y hasta el saludo..., al paso que otros entienden que la autoridad del Papa no debe ser nunca ni pública ni privadamente discutida y la de los obispos debe siempre realzarse, poniendo a aquél y a éstos en todas ocasiones fuera del alcance de los enemigos.

En que hay católicos de espíritu tan mezquino y de tan estrechos ideales que se pasan la vida dogmatizando sobre cosas que Dios dejó libres, como los vientos en el mar, a las disputas de los hombres; y si oyen hablar del parlamentarismo, se asustan; y si de libre cambio, se espantan; y si de la abolición de la pena de muerte, se escandalizan, haciéndose setenta veces siete la señal de la cruz, como para ahuyentar al espíritu maligno, que toma formas semejantes de tentación, al paso que otros piensan que el parlamentarismo es una farsa, pero no una herejía y que Jesucristo no dijo si habíamos de ser libre-cambistas o proteccionistas, y que la pena de muerte no se deriva del quinto precepto del decálogo, y entienden que la misericordia de Dios no ha querido que figuren esas opiniones, de buena fe profesadas y con prudencia sostenidas, en el gran libro de la cuenta que a todos ha de presentarnos en el terrible día del juicio.

En que hay católicos de vía estrecha (para los demás) miopes voluntarios que no quieren ver por dónde marcha el mundo, amantes exagerados de lo absoluto en todos los órdenes, como si lo relativo no fuese también obra de Dios: partidarios instrasingentes y constantes de la interpretación restrictiva, como si no hubiese otras interpretaciones para juzgar todas las ciencias, comenzando por la ciencia teológica que es la primera; cristianos pobres de fe y sólo ricos de presunción, que grande y sinceramente se extrañan de que alguien se atreva a discutir sus opiniones sobre la electricidad, y el vapor, y la pólvora y la imprenta, son compatibles con las sociedades cristianas; como si al descubrir estos elementos, el hombre los hubiera creado, y no fueran producto de leyes dictadas al mundo físico por la voz omnipotente de Dios: sabios, en fin, tan sabios que pasmarían a Tomás de Aquino si viviese, tan perspicuos y previsores que de haberles dado gusto en su atrevida tarea de saberlo todo, ex-

plicarlo todo, y fijarlo todo matemáticamente, quizá el sublime libro del Génesis, estaría ya en rehenes de los nuevos descubrimientos científicos, poniendo en grave conflicto a la Iglesia, si ésta no tuviese promesa de vida perdurable..., al paso que otros acordándose de que el cristianismo quiso y pudo triunfar del paganismo penetrando en sus propias costumbres, y aún aceptando muchas de ellas, saben que la libertad cristiana no es una vana promesa, sino la única verdadera libertad: y no sólo compatible con la religión, sino su compañera inseparable según el testimonio de San Pablo, y el único medio, además, de conseguir que se cumpla la ley de la unidad en la variedad, que, porque así lo quiere Dios, rige y gobierna el universo entero.

Y para concluir está el origen de los males que lloramos, en que hay católicos que creen que ellos solos lo son, y se han empeñado humildemente en demostrar que no lo son más que ellos, y sólo quedarían tranquilos después de persuadir al mundo que ellos y nadie más que ellos son los buenos y los óptimos, los santos en toda la redondez de la tierra..., al paso que otros entienden que los católicos son por fortuna muchos más, y como tales debemos tener a cuantos crean, quieran y practiquen como manda creer y practicar la santa Iglesia católica apostólica romana.

Estas son las verdaderas diferencias que marcan la división entre los católicos españoles, mucho mejor que la simple cuestión dinástica: y demuestran cumplidamente que éste no es su verdadero origen, el hecho de que católicos de esas dos clases hay entre los carlistas y entre los alfonsinos, entre los eclesiásticos y entre los seglares, entre los católicos fervientes y entre los católicos tibios, entre los altos y entre los bajos, entre los políticos y los indiferentes; sólo así se explica también que cada grupo de esos no se entiendan y nada pueda sólo porque consta de dos clases y representan dos tendencias que se combaten y excluyen. ¡Como que son movidos por distintas fuerzas! ¡Como que son animados por diversos espíritus! ¡Como que en rigor responden a distintas causas, se valen de distintos medios y hasta aspiran, en cierto modo, a fines diferentes! Estas dos tendencias se manifestaron en el partido carlista de un modo claro durante los últimos tiempos, más o menos disfrazadas antes de la guerra; las veían ya los que miraban de cerca y profundamente observaban los sucesos: se mostraron evidentemente después y sería empresa llana demostrarlos sin más que citar datos y recordar fechas. ¿Qué significaban los batallones del general Lizárraga, rezando el rosario al lado de los batallones de Dorregaray, que se mofaban de aquéllos y en vez de darse a Dios se daban a... otros dioses paganos?

También se encontrarían fácilmente entre los alfonsinos antes y después de la revolución, y la historia está demasiado reciente para que lo ignore nadie. ¿Quién negará que algunos de éllos, y en oca-

siones la misma doña Isabel, hicieron nobilísimos esfuerzos en el buen sentido, sin poder adelantar nunca un paso, no tanto por los enemigos de fuera, como por culpa principalmente de sus mismos compañeros?

Esas dos tendencias existen igualmente en las demás clases citadas y de aquí la necesidad imperiosa de que obedeciendo cada uno a sus impulsos y aficiones, forme un grupo y levante una bandera para que los campos se deslinden una vez al fin y sepamos todos a qué atenernos; quizás distinguidos los campos con nobleza, veamos dos carlistas que existen en España: el de los que obedecen la voz unos y otros con claridad. ¿Pasaría lo que hoy pasa si antes se hubiera hecho así? ¿Por qué hemos de quejarnos de castigos que no son más que consecuencia lógica de nuestras culpas? Si el que siembra vientos recoge tempestades, nosotros sembrando exageraciones y miserias, ¿qué hemos de cosechar más que desengaños y desdichas?

Queda expuesta la enfermedad y planteado el problema. Si aquella es todavía leve o presenta ya caracteres alarmantes que aconsejan junta de doctores, eso es lo que no nos toca diagnosticar: si esto se refiere sólo a simples diferencias de conducta o llega ya a perturbar el orden de los principios, eso no es fácil de predecir. Un seglar puede ser historiador y dar cuenta de los hechos; lo que no debe de hacer, en la presente ocasión, es convertirse en maestro para juzgarlos.

Nuestro vivísimo deseo consiste en que se allanen de una vez para siempre cuantas dificultades existan con objeto de conseguir la reconciliación de todos los católicos españoles de buena voluntad, que pueden formar distintos grupos siempre que se pongan a las órdenes de los obispos, y procuren en vez de inutilizarse, ayudarse, para servir a la que no es causa de los hombres, sino causa de Dios.—*Francisco de P. Quereda.*—(*La Unión,* 16 de octubre de 1882).